

== BIBLIOTECA ==
RAFAEL BARREDA

NOVELAS

II

Luchas de Sombras

—
I.º millar
—

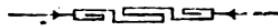
BUENOS AIRES

ADMINISTRACIÓN BIBLIOTECA RAFAEL BARREDA

5147 Rivadavia - 5147

1914

LUCHAS DE SOMBRAS



== BIBLIOTECA ==
RAFAEL BARREDA

NOVELAS

II

LUCHAS DE SOMBRAS

I.^{er} millar

BUENOS AIRES

ADMINISTRACIÓN BIBLIOTECA RAFAEL BARREDA

5147 · Rivadavia · 5147

1914

= = Es propiedad del autor. = =
Queda hecho el depósito que marca la ley.



RAFAEL BARREDA

LUCHAS DE SOMBRAS

.
Habían transcurrido dos meses desde que aconteciera la muerte de Manuel y aun cubría Mercedes su cuerpo con el simbólico ropaje de la tristeza y el llanto.

En vano pretendieron disuadirla; en vano demostrarle que el luto para una persona extraña á su familia no era propio; de que el mundo, la sociedad, consideraba ridículos esos extremos é inconveniente su proceder ..

¿Y qué le importaba á ella el egoísmo, la indiferencia y la crítica de los demás? Manuel fué su prometido esposo; el amigo de su niñez, ¡el afecto purísimo de su alma!.. Ya no quería vivir más que para el recuerdo..., ¡su recuerdo eterno!

Y allá... en el gabinetito contiguo á su dormitorio, se ocultaba á todas las miradas de aquellos seres indiferentes y egoístas, á todas aquellas reflexiones mundanas...

.

—¡Hermana!.. ¡Mercedes!.. — se oyó la voz de Julia cuando Mercedes fijaba la mirada conmovida en las hojas de una revista.—¡Hermana!.. ¡Hermana!..—repetía la voz de Julia, cada vez más cercana.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa?..—la preguntó Mercedes al ver á su hermana presentarse, radiante el rostro de alegría, y como si aquella extemporánea manifestación de júbilo la hiciera daño.

—Que ¿qué pasa?.. Que ¿qué tengo?.. Pues me pasa que ha llegado esta mañana mi adorado Guillermo—contestó Julia, con nerviosidades de gozo.

—Guillermo.. ¡Ah!, ¿sí?..—volvió á preguntar Mercedes, palideciendo al oír ese nombre.

—Sí, Guillermo.. Viene hecho un héroe... Las balas del enemigo han respetado su «preciosa vida»—replicó Julia, acentuando el calificativo.—Al verlo, hermana mía, era tanta mi felicidad, que no pude decirle nada. Él, tampoco me dijo... En cambio, nuestros ojos hablaron tantas cosas, que no las dirían nuestros labios en un siglo... Pero, Mercedes, alégrate siquiera esta vez... ¿No has notado mi alegría?

—Sí, eres dichosa...—dijo Mercedes, fijando la mirada en su hermana, mirada que volvió en seguida á las páginas de la revista, como si hallara en ella algo que sobresaltara su espíritu.

—Viene en comisión—añadió Julia.—Trae el parte oficial de una victoria... Esta tarde volverá á casa y comerá con nosotros... Y después..., después, ¡figurate!, recordaremos aquella noche en que nos despedimos, aquel «ayer» siempre dichoso, embelesados en nuestra inmensa felicidad.

—¡Tú eres feliz, Julia, tú eres feliz, mientras que tu pobre hermana no lo es! —exclamó Mercedes, ocultando el rostro entre las manos y prorrumpiendo en llanto.

—Pero, ¿qué tienes, Mercedes?—la preguntó Julia con dolorosa sorpresa.

Y sentándose á su lado y acariciándola, la volvió á preguntar:

—¿Por qué te afliges de ese modo?

—Si no puedes, hermana mía, comprender en la elocuencia de mi llanto todo el intenso pesar de mi espíritu, toma, lee... aquí... esos versos, esa «Dolora...»

—¿Estos versos?

—Son, ¡triste coincidencia!, nuestra propia situación. Lee:

— «Pálida está tu mejilla,
Secos tus labios de rosa,
Y una lágrima ardorosa
Veo en tus ojos que brilla.
Hermana, tu compasión
Pido para mi quebranto,
Porque ya en mí pecho el llanto
Inunda mi corazón.

— ¿Qué te pasa?

—Ten memoria:

Juntos marcharon los dos,
Fueron de la guerra en pos,
Y Alfredo vuelve con gloria.
¡Tú, coronas de ventura
Ceñirás hoy á su frente!
¡Yo ni aun sé, triste y doliente,
Dónde está su sepultura!..»

Conforme iba leyendo, Julia cambiaba de expresión, hasta que, como Mercedes, no pudiendo contener los sollozos, se arrojó en sus brazos.

—Tienes razón, hermana mía, tienes razón... Esos versos... ¡Perdóname! ¡Pobre Manuel! En mi inmensa felicidad ni aun recordé su memoria... Pero—añadió, enjugando, con su pañuelo, las silenciosas lágrimas de Mercedes, —¿no sabes?.. También Guillermo estuvo en una nada de que sucumbiera. ¡Lo salvó de una manera heroica Roberto O'Connor!

—¡O'Connor!.. ¡Roberto!..—repitió Mercedes, inmutándosele el semblante.

Era la primera vez que oía pronunciar ese nombre desde la muerte de Manuel.

Él también, como Manuel y como Guillermo, había marchado á la guerra contra «el tirano del Paraguay.» Él también se despidió de su familia; ¡pero sin dejar tras sí huella alguna de íntimo sentimiento!.. Olvidado, indiferente para aquella mujer, mientras en ella quedaria un sempiterno recuerdo de profundo amor para el predilecto amigo de la niñez..., ¡para el que fuera su prometido esposo!..

—¡Y se han hecho íntimos!..—continuó Julia.—Guillermo nos lo ha contado, elogiando el valor y la nobleza de Roberto. ¡Ah!, ¿no sabes?.. Guillermo le entregó á papá una carta...

—¿Una carta?..—balbució Mercedes.

—Sí, de él, de Roberto. Papá nos la leerá luego, porque dice que trae algo que nos interesa á las dos.

—¡A mí, Julia!.. ¿Y qué puede interesarme lo que O'Connor diga en su carta?—se preguntó Mercedes, con acento vacilante y gesto de sorpresa.

—Yo no sé. Ya lo sabremos luego, ó, si quieres, voy á llamar á papá para que nos la lea.

—Julia..., ¡espera!—exclamó Mercedes, deteniéndola con el gesto y el ademán, al ver que su hermana se dirigía hacia la puerta de salida.

—Es que—añadió Julia desde allí, mirándola fijamente—puede ser que la lectura de esa carta te distraiga.

— ¡No!..—musitó Mercedes.

— ¡Dice papá que hay unos párrafos tan expresivos. !— insistió Julia, — que se refieren á ti...

— ¿A mí?

— Sí, á ti...

— Pues yo...

— ¿Tú?.., ¿qué?.. ¡Vamos!.. — y Julia hizo un movimiento para marcharse.

— ¡Es que yo — exclamó Mercedes, con acento de tan extraña energía, que contuvo más sorprendida á su hermana — no quiero oír esa carta ni que me hablen de «ese hombre!»

Julia volvió á ella Las dos hermanas se miraron frente á frente. Julia interrogadora en la mirada, pretendió leer en el fondo del corazón de Mercedes. Esta, no pudiendo soportar, sin duda, las mudas aunque expresivas intenciones de su hermana, ó dominada por un sentimiento de misteriosa sugestión, bajó los ojos, coloreándosele el rostro.

— ¡Ah! — exclamó Julia, acentuando intencionalmente: — ¡que no quieres que te hablen de «ese hombre!» ¿Y por qué?

— Déjame, Julia — le contestó Mercedes bruscamente.

Julia calló: hizo un mohín de expresiva incomprensión y, sin añadir palabra, dirigióse de nuevo á la puerta de salida.

— ¡No..., no te vayas, Julia! ¡Ven!.. — la gritó Mercedes, con impulsos nerviosos.

— Pero — la preguntó Julia, acercándose á ella asombrada — ¿qué tienes?

— ¿Lo sé yo acaso? — contestó Mercedes, como alhelada en confusa admiración.

— «¡Ese hombre!..» — repitió Julia, acentuando aún más y volviendo á fijar la mirada en la de Mercedes, que tampoco pudo soportarla esta vez. Scutóse nuevamente á su lado, la atrajo á sí y levantándole el rostro hacia el suyo, le dijo en voz baja:

— «El» te ama, Mercedes.

— ¡Julia..., por Dios, Julia!.. — la suplicó Mercedes.

— Y te ama hace mucho tiempo — repitió Julia, con la

implacabilidad del clínico que tiene la conciencia de haber acertado.

—¡Calla!.. ¡Calla!..—volvió á exclamar Mercedes, estremechiéndose.

—¿Y por qué he de callar?.. ¿Acaso no somos hermanas?.. ¿Por qué no has de decirme la verdad?—la preguntó Julia, siempre en voz baja y acentuada.—¿Crees que yo no he notado tu silencioso amor?.. ¿Que no he comprendido tu sufrimiento al ver que «jamás» podría ser correspondido? En tu rostro sombrío, pero bondadoso siempre, sorprendí más de una vez el rayo de los celos...

—¡Me estás asesinando!..—exclamó Mercedes, ahogada su voz por la última conmoción.—¡Calla..., por favor te pido, Julia, que te calles?

—Bien, callaré, puesto que tú lo quieres; pero...

—Pero—repitió Mercedes, estallando en un grito de desesperación nerviosa— ¿no comprendes, y eres mujer, la lucha que estoy sosteniendo?.. ¿No comprendes que ante la memoria del hombre que «he amado» con toda mi alma, guardado como en un santuario aquí, en mi corazón, todo recuerdo profano es un sacrilegio, es un crimen? ¿No comprendes que ese amor oculto, pero reflejado en la mirada, es el fantasma que me persigue á todas horas?

—Tú amas á Roberto—la dijo Julia, inflexible, como si en aquel momento psicológico quisiera arrebatarla su secreto.

—¡Yo! ¡¡Yo!!.. ¡Nunca! ¿Le odio? No sé. ¿Le desprecio?.. ¡Oh, no! Qué sé yo el sentimiento que me inspira... Sólo sé que su nombre, pronunciado por otros labios... ¡Sólo sé que si volviera á verlo, me causaría daño, un daño inmenso, un remordimiento eterno!..—exclamó Mercedes en transiciones violentas.

Y Julia la oía con asombro, cuando, no bien terminara de hablar Mercedes, se presentó á ellas un anciano.

—Hijas mías—les dijo,—me alegro encontraros juntas, porque lo deseaba. Mercedes—añadió, atrayéndola á sí, mientras Julia seguía observándola,—¿cuándo concluirás

de vivir de esa manera?.. ¿Cuándo te quitarás ese traje que tan mal te sienta y que llevas á pesar de las súplicas de todos tus parientes?

—Señor...— balbució Mercedes, queriendo ocultar su turbación, reflejada aún, en la mirada y en el gesto, las aflicciones latentes de la crisis nerviosa.

—No me llames señor, sino padre, que sabes siempre lo he sido para ustedes cariñoso y bueno. Vaya, vaya, alegría, hija, alegría, y no se marchite tan pronto esta linda cabe-cita, esa frente tan pura, esa mirada de tus ojos negros y la sonrisa de tus frescos labios. ., como diría uno de éstos que hacen versos. Es necesario, Mercedes..

—Sí— le interrumpió Julia, aproximándose á ellos;— es necesario que Mercedes se distraiga, que olvide... Que salga á pasear... Que vayamos á Palermo...

—Eso es—repuso el anciano;—justamente la señora de Alvarez te ha mandado buscar por repetidas veces para que vayas con sus niñas en la preciosa victoria que su marido la trajo de Londres. Una victoria *nuvaté*... ¿No se dice así, Julia?

—*Nuvoté*, papá.

—Lo mismo da... Le ha de haber costado al amigo Alvarez...

—Y tienes que ir al teatro, Mercedes...

—Sí, señora—añadió el anciano,—al teatro Colón, que es donde va la gente de buen tono, á oír al célebre tenor Miratti y á la «prima donna» Medori; ó si no, al de la Victoria, donde también tenemos una compañía lírica en la que funciona un «primo cartello...» ¿Cómo se llama, Julia, ese «primo cartello?»

—Madama Lagrange .. Es un ruiseñor, según dicen los diarios. ¡Si oyeras, querida Mercedes, cómo canta *La Traviata*!

—Sobre todo cuando llega á aquella parte de «¡Gran Dio, morir tan joven!..» que todo el mundo sabe.

— ¡Por Dios, papá, que detestablemente lo cantas! — exclamó Julia riendo.

—Naturalmente que no lo haré como la «prima cartel-

lo.» Y cuando se acerque el verano te llevaremos al campo. Justamente, García me ofrece á cada instante su estancia para que vaya con la familia.

—Dejadme..., por favor...—balbució Mercedes, como si aquellas expansiones de alegría le dañaran.—Yo estoy bien aquí—añadió suplicante.

—Te enfermarás si sigues así—insistió Julia.

—Lo dicho, zoncita—la dijo el anciano, bondadosamente grave,—obedezca usted á su padre una vez siquiera en la vida. Conque...—añadió, después de un momento, observándola de soslayo;—¡ah, ya te habrá dicho Julia que ha llegado Guillermo. Ya lo creo que te lo habrá dicho, sin que me lo asegures. Como que se lo anda diciendo á todo el mundo... ¡Engreída! Y la verdad es que estoy sospechando que se quieren de veras.. ¡Eh!, ¿qué dices tú, Julita?

—Un poquito, papá—contestó «Julita,» haciendo un gesto de desdeñosa coquetería.

—Vaya, te felicito. ¿Y no te ha dicho, Mercedes, que Guillermo me ha traído una carta de O'Connor.

—Sí, se lo he dicho—replicó Julia.

—Figúrate—añadió el anciano, dirigiéndose á Mercedes: —el muy tonto, á quien yo escribí pidiéndole que me mandase datos sobre la proveeduría del ejército, no me dice una palabra sobre eso, que es lo que á mí me interesa, y sólo me habla de la estrecha amistad que le profesa á Guillermo, del cariño que éste le tiene á Julia, y sigue deslizándose en el papel renglones tras renglones tan poéticos que parece fueran dirigidos á... «una ingrata desconocida...» Como si á mí me importaran esas cosas... Pero, al fin, como se ocupa de ti, Mercedes, y del difunto Manuel, la ha traído y te la voy á leer...

—¡Padre!..—gimió más que habló Mercedes, en un grito nervioso.

—¿Qué?..—preguntó el anciano, cuidadoso al ver el estado de su hija.

—Me encuentro mal—añadió ella, con voz insegura.

—¿Mal?.. ¿Estás enferma, hija mía?

—Si..., pasará..., pasará...; pero ahora no podría escuchar esa lectura.

—Bien..., bien...; pues cuando te mejores la lees ó haces de esta carta lo que quieras. Yo no la necesito. ¿Para qué? Tómala.

Y el anciano se la pasó; pero viendo que Mercedes no la tomaba, la arrojó sobre el velador maqueado en que se hablaba la revista, diciendo:

—Conque, adiós, niñas, que no puedo seguir perdiendo mi tiempo en estas zoncernas; pero, antes de irme, te lo repito, Mercedes: no me gusta verte con ese traje, que nos entristece á todos.

Y retirándose el anciano, Mercedes volvió á sentarse en el canapé, muda y fija la mirada, sin ver tal vez lo que exteriormente había. Julia seguía observándola hasta que, acercándose á ella, se sentó de nuevo á su lado. Así permanecieron algunos instantes sin hablarse—Mercedes abstraída y Julia indecisa,—hasta que ésta, por impulso de atracción, alargó el brazo y cogió la carta, la abrió y se puso á leerla en voz baja.

—¡Qué buen amigo!—exclamó después.—¡Cómo quiere á Guillermo!..

—¿Qué?—preguntó Mercedes, como si la hubiese despertado la voz de su hermana.

—¿Qué?..—repitió Julia, que esperaba, sin duda, esa pregunta.—Oye—y sin darle tiempo á que se opusiera, leyó:—«Cuántas veces, en estas tardes tropicales que presenciarnos alejados del campamento, rodeados de la agreste vegetación y envueltos en la tibia atmósfera que en estos campos se respira, oyendo los toques del clarín, que semejan alaridos y lamentos, Guillermo pronunciaba el nombre de Julia, su prometida esposa, el Ángel de sus sueños... Yo lo escuchaba silencioso, y cuán dichoso era Guillermo, recordando que algún día su felicidad llegará á completarse... Con qué entusiasmo y conmoción me hablaba de esas pequeñas nimiedades que hacen el encanto del que ama con todo su corazón...»—Qué poético, ¿verdad, Mercedes?

—Sí. —murmuró Mercedes, luchando por no oír.

—...«¡Amor! ¿Puede avalorarse el amor cuando todo cuanto experimentamos nos está diciendo que es ello un imposible? ¿Se puede existir sin que nadie sienta por una el afecto que ve germinar en los seres que le rodean? ¡Dichoso mil veces Guillermo que ama y es correspondido!.. ¡Feliz él!»—¡Ya lo creo que es correspondido mi Guillermo!..—«Sé, por mi amigo, que la señorita Mercedes se encuentra triste y que esa tristeza la produce la muerte del que fuera su prometido esposo. ., del amigo de la infancia...»

—¡Julia!—exclamó Mercedes, pidiéndole, suplicándole, con el gesto de sus labios, con la mirada de sus ojos, con todo su ser, que callara.

—Déjame leer, hermana, déjame leer... «Amigo de la infancia Comprendo tus dolores y los respeto. Mercedes posee una de esas almas grandes para el afecto, inmensas para la ternura; una de esas almas sensitivas que lloran eternamente sobre el recuerdo del ser querido. Yo la comprendo, como comprendo su pena, que respeto como se respetan las oraciones que se aprendieron en la cuna... Y en estas tardes de melancólica tristeza; al lado de mi noble y querido amigo; pensando en que mañana la cruenta batalla me venga á dar la muerte, me parece ver que se dibuja su forma de Virgen dolorida allá en el cielo y contempló su rostro empalidecido por el intenso sufrimiento... Me parece que la veo, arrodillada al pie de un sepulcro, anegada en llanto, arrojando flores en él, como emblema de un recuerdo eterno. . Y ese sepulcro encierra los restos del que fuera su prometido esposo; del amigo de su niñez!.. ¡Ay, señor, mi tumba será la tumba del soldado que muere sin padres, sin hermanos, sin amigos!. Será el sepulcro del olvidado peregrino, adonde nadie irá á verter una lágrima, ni á arrojar una flor del cariñoso recuerdo.. Mi alma se desprenderá de mi cuerpo, sin llevar, adonde vaya, siquiera la esperanza de que alguien me guarde en la tierra el recuerdo de ultratumba.

Julia no pudo continuar.

— ¡Mercedes, hermana mía, no llores así!.. ¡Oh Dios mío!.. ¡Qué congoja!.. ¡Yo tengo la culpa!.. ¡María!.. ¡María!.. ¡Vuelve en ti, hermana mía!

Mercedes, profundamente afectada, sentía que las lágrimas la ahogaban; pero, con el ademán, con el gesto, detuvo á su hermana; con impulso nervioso le tomó la carta y atrayéndola á su boca, depositó en ella sus labios, exclamando:

— ¡Un beso, el último beso sobre la tumba de mis primeras ilusiones! — cayendo desvanecida en los brazos de su hermana.

II

Apenas alumbrada por la tenue luz de una lamparilla de cristal opaco se halla la alcoba donde duerme Mercedes. Dos cuadros que representan «la despedida del soldado» y «la tumba del esposo,» se encuentran colocados en el testero del lecho. La delicada flor del dazne perfuma con su aroma aquel ambiente. Duerme, si; duerme, agitado el turgente seno. En su rostro se señalan las huellas del dolor, de la tristeza, del sufrimiento intenso; la sonrisa de un gozo indefinible... Entrecortadas frases salen de sus labios; suspiros, sollozos, súplicas, lamentos. Sueña; lucha soñando; es la lucha de su destino que llega á su periodo álgido; la crisis moral que va á decidir de su futura vida. Como dique á la luz, sus párpados se abren; dirige la mirada atónita á todo lo que la rodea, cual si efectivamente saliera de una realidad para penetrar en un sueño. Fija el oído, creyendo que llegarán á él ecos perdidos de seres vivientes... Se incorpora, y reclinada la cabeza en el brazo, escucha, hasta que, poco á poco, se van desvaneciendo en su cerebro los fantasmas forjados, como se desvanecen las plateadas nubecillas en la infinita capa que cubre el firmamento en las obscuras horas de tormenta. Después, el sempiterno silencio de las noches solitarias—¡en el que la

Naturaleza duerme en el inmenso lecho de la vida, junto á la horrible espelunca de la Muerte!—Y aun tenía la mirada fija, cuando poco á poco fué inclinando la cabeza sobre el agitado seno. Sus manos retiraron de la frente y el rostro los ondeados cabellos que, en lascivo desorden, se plegaban á su busto. Cambió la expresión de sus ojos y sus labios murmuraron: — ¡Soñaba!.. Sí... ¡Soñaba!—Y se quedó un momento abatida por el sufrimiento de una lucha de gigante. Después, como si no pudiera alejar de su imaginación «aquella idea»:—¿Puedo olvidar?—se preguntó.—¿Puedo olvidar, siquiera por un instante, el recuerdo de mi primer amor? ¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho cuando así me abandonas á un sentimiento inexplicable? «¡Ese hombre» sufre!.. ¡Cuánta dulzura para expresar su intenso dolor!.. ¡Con qué encanto ha venido á abrir las puertas de mi corazón para colocar allí su imagen al lado de la imagen de Manuel!.. ¡Ma...nuel! ¡Ro...ber...to! ¡Ay, amado mío, yo te veo en esa tumba .., apagada la luz de tu mirada, frío, inerte, y á tu lado contemplo á «ese hombre» sonriendo tristemente y suplicándome que te enterremos en los antros de la tierra..., para que no salgas más, para que no salgas nunca! Él oculta tu rostro con su rostro... ¡Y pide compasión ante tu yerto cadáver! ¡Solo, sin nadie que le ame!.. Es que yo no puedo amarle .. No quiero amarle.. No.. , no.. Sombra querida... Manuel mío, protégeme, ampárame, puesto que Dios me desampara... No, no, yo no puedo amar más que una vez...; ¡tú, Manuel mío, eres el único objeto de mi amor!

Baja del lecho, y con paso rápido se dirige á una pequeña cómoda maqueada, colocada sobre una arquilla de ébano; abre el secreto resorte, y tomando un objeto que allí había, lo estrecha con pasión nerviosa contra su seno. Se acerca luego á la débil claridad de la lamparilla, y, cayendo de rodillas, contempla aquel objeto como si fuera un talismán. Era el retrato del amigo de su niñez, del que fuera su prometido esposo.—¡No me desampares, amor mío! Tu vista sólo robustece mis fuerzas. Manuel —añade,

como si el débil cartón que tenía en sus manos fuera «él» que la contemplara, fijos sus ojos en sus ojos, — Manuel, tú lees en mi corazón. Tú sabes mis secretos. Tú sabes que mis labios nunca se abrieron para decir: ¡te amo! sino á ti, á ti por quien aun vivo..., porque tu sola memoria me da vida. Mirame, sí, mírame: mi frente es tan pura como el primer día en que nos conocimos; tan puro es mi aliento que te juró amor eterno como el primer vagido de mi vida. No, no me mires así, Manuel mio... Perdóname si he mentado... Mis ilusiones viven siempre y con ellas iré á tu lado... ¿Por qué se cambia tu semblante? ¿Te vas?.. ¡No, no te vayas!.. ¡Ven aquí, en mi corazón tienes tu sepulcro! ¡Vive aquí!.. ¡Vive aquí!.., amor mio!.. Pero... ya no te veo; no, no te veo ..; veo á «ese hombre»..., á «ese hombre» que me mira sonriendo tristemente... ¡tristeza infinita!.. Se arrodilla... Implora compasión... Le veo... Te veo... ¡Sangre!.. ¡Cuánta sangre cubre tu cuerpo!.. ¡Y en medio de esa sangre su rostro que me implora con la mirada y los labios!.. ¡Triste, triste... como mi alma!.. ¡Ro...ber...to mio..., yo te amo! ¡Ah, no! ¡Roberto, no! ¡Manuel..., sálvame..., sálvame!..

El delirio, un delirio espantoso se apodera de ella. A sus voces nerviosas y estridentes acude Julia, cuyo dormitorio se halla al lado del suyo. Llegan en seguida sus padres. La encuentran arrodillada, con el semblante demudado, los ojos fijos y brillantes, las manos crispadas, los labios temblorosos, los pómulos del rostro, de ordinario pálidos, bañados de un color rosado, y en su frente, ardiendo, aparecen imperceptibles gotas de sudor frío.

— ¡Hermana mía!.. ¡Mercedes!.. ¿Qué tienes?—exclamó Julia, asustada, queriendo levantarla y llevarla al lecho.

— ¡Hija! ¡Hija!—clamaba su madre desolada.— ¿No respondes? ¡Dios mio, qué congoja tan espantosa!... Un médico, Federico, un médico... ¿No ves, no ves que no podemos sujetarla?.. Se va á hacer pedazos...

Mercedes, en espasmos furiosos, pugnaba por desasirse

de las manos que la sujetaban. Luego se estremeció su cuerpo en contracciones nerviosas y fuertes alaridos salieron de sus labios.

—Voy..., voy...—murmuraba el anciano, atónito, aturcido, pero sin moverse.—Tienes razón, hija. Jamás la hemos visto así. ¡Esto debe ser grave, muy grave!

Y repuesto por la mirada de interrogador enojo lanzada á él por su esposa, salió en busca del médico, con el que volvió cuando ya Mercedes había sido colocada en su lecho.

Las convulsiones habían desaparecido, reemplazadas por un sueño profundo y al parecer tranquilo.

Ordenando que no se la despertara, el médico la estuvo observando largo rato. Fija la diestra en el pulso, consultó los latidos con su reloj. En seguida movió la cabeza, levantó los hombros, y haciendo un mohín de indiferencia, murmuró:—Nada, — calzándose los guantes y disponiéndose á marchar.

Mientras tanto, Julia y su padre trataban de leer en su fisonomía el resultado de su examen clínico.

—¿Es de cuidado, doctor? ¿Peligra su vida?—le preguntaron con voz casi imperceptible.

—Bien, bien—repuso él, después de hacerles algunas preguntas sin responder directamente á las que le hacían.—Un poco de fiebre que pasará bien pronto... Esta señorita se encuentra perfectamente, pues ha entrado, con rapidez, en el periodo de la mejoría. No hay ni ha habido tal gravedad como ustedes creían, y si hubiese sabido...

—¿Y no le receta usted nada, doctor?—le preguntó la aun afligida madre.

—¿Para qué? Un vaso de agua. Soy poco amigo de dar á ganar á los boticarios con perjuicio del cliente, cuando los medicamentos son inútiles. En general, suelen serlo para enfermedades de esta naturaleza.

—¿Qué enfermedad, doctor?

—Lo que vulgarmente llaman «mal de corazón». Para ese mal, tal como yo lo entiendo, no hay droga de la far-

macopea; ó, mejor dicho, ó más acertado, todas son inútiles, como ya lo llevo dicho, y aun perjudiciales en ciertos y determinados momentos. Es más eficaz la Naturaleza. Volveré luego. Déjenla reposar, que es el mejor remedio. Buenas noches.

III

El grito de guerra al invasor, repercutió por los ángulos de la Argentina cuando lanzara el reto el «coloso» del Paraguay. En veinticuatro horas llenáronse los cuarteles de la capital provisoria y cada uno se hallaba en su puesto de honor. Después, la guerra con sus triunfos, sus glorias, sus derrotas, sus dolorosos recuerdos y luctuosas huellas, nos trajo á la metrópoli los restos, nada más que los restos de algunos de sus buenos y gloriosos hijos... Entre los heridos se hallaba el joven sanjuanino Manuel X.

Mercedes, su amiga de la niñez, era el único objeto de su grande y puro afecto, y ella le correspondía con el amor de los primeros años; con ese amor que sentido se graba, con caracteres indelebles, en las fibras del corazón y difícilmente se olvida. Mercedes comprendió, al fin, que era mortal la herida de Manuel y que la existencia de aquel desgraciado, si aun brillaba, era en el fuego de su mirada, en el eco, ¡sólo en el eco apasionado de su voz! La esperanza de un porvenir risueño convirtiéndose en melancólico cuando no desesperante aislamiento, en silencioso llanto, que es el lenguaje de las almas tristes. En aras de la patria se habían sacrificado los más bellos ensueños de la edad primera; de esa edad en que la niñez comiezuza á entrever la senda que á la mujer traza el destino. ¡Aquella herida de bala, como ya se presumia, fué fatal! ¡Manuel

dejó de existir! ¡Cuántas flores marchitas! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! ¡Cuánto fuego convertido en cenizas! ¡Ay, adorado compañero de la infancia, ya no te volveré á ver más! Y allá, en su pequeño gabinete, enlutado el cuerpo y enlutada el alma, recordaba incesantemente aquella noche, ¡la última!, en que girando en vertiginoso movimiento las cien parejas, entre el murmullo de, para ellos, indiferentes acentos, le daba su último adiós al soldado que la patria reclamaba... ¡Cuántas dudas y cuántos presentimientos convertidos después en siniestra realidad.

—Quisiera darte un talismán divino que preservara tu cuerpo del arma homicida y que te condujera á la victoria, para verte volver con los laureles del héroe—le decía ella, con el acento de su pasión ingenua.

—Yo no quiero laureles, porque sólo ambiciono tu amor. El me basta y él será quien me gufe—le contestaba él, mirándola arrobado.

—Y cuando vuelvas, ¡vuelve pronto, amor mío!, yo los colocaré en tus sienes. Mientras tanto, allá en tus horas de recuerdos, envía tu mirada á aquellas hermosas tardes de nuestra niñez en que vagábamos juntos por las campiñas de nuestra linda tierra; en que repetíamos, sonriendo, los cantos populares de nuestros viejos gauchos.

—¿Quieres que los recordemos?—la preguntó él estremecido de gozo.

—Dame ese íntimo placer.

—¡Oh, sí! Ven, vamos al piano y cantémosle á esta gente que nos rodea la historia de nuestros primeros años, sin que ella lo comprenda.

Y fueron al piano, Mercedes lo pulsó y Manuel cantó endechas tiernas y tristes, como tristes y tiernos son los cantos de la tórtola. Y resonaban en el corazón de la niña apasionada aquellas estrofas, suspirándolas en lo más hondo del sentimiento, cuando allá, como la sombra de aquel cuadro, un hombre, más bien alto, de formas robustas, de blondo cabello y de rizada barba, de labios finos, de aspecto frío, glacial, reservado, fijaba en «ella,» sólo en «ella,» la mirada que le hacía estremecer... ¡Oh, aquel

hombre debía sentir celos; porque aquel hombre la amaba, sí, la amaba, aunque nunca se lo habían dicho sus labios! ¿Qué importaba? ¿Acaso á la mujer, por más cándida que sea, ó más ciegamente enamorada que se encuentre de otro hombre, se la escapa el sentimiento que inspira? Si es amor y los labios enmudecen, la halaga para alentarle «fatalmente.» Si su corazón late por otro, agradece en silencio el ser querida por orgullo ó vanidad; pero que no se lo revelen, ¡porque entonces se despertaría ese mismo orgullo y esa misma vanidad para expresar su desprecio! Sí, Mercedes había comprendido que Roberto la amaba; pero su corazón era de otro y sólo la halagaba el mirar de «aquel hombre.» Ella notaba que su indiferencia, reflejada en la mirada, era fingida. Sí, fingía al verlos pasar, no cesando de dibujarse en sus labios aquella vaga sonrisa... y hasta creyó oír que le decía á su madre y señalándoles:

—Mucho se estiman, ¿verdad, señora?

Y que su madre le contestaba:

—Se han criado juntos.

—Y... ¿se unirán?

A lo que Julia, que cerca estaba, mientras su madre se encogía de hombros, con sonrisa burlona é incrédula mirada parecía decirle:—¿Tienes celos?

Y el canto tierno y expresivo de Manuel continuaba, mientras Roberto, sin fingimientos ya, dominado por la pasión, pálido, con los ojos fijos en «ellos» para decirle, con las terribles punzaduras de sus celos:

—¡Tendré que matarlo!

Y debió barbotar sus labios la frase, porque Guillermo lo miró con sorpresa de odio.

—¡Admirable, señor!—exclamó Roberto, acercándose el primero al piano, cuando Manuel terminara su canto.— ¡Admirable!—repetió con la finura de una ironía que sólo Mercedes pudo traducir.—En su simpática voz hay el timbre de un sentimentalismo íntimo que encanta. Es verdaderamente muy sensible que la patria, esa madre egoísta, lo reclame y tenga usted que marchar á la guerra.

—¿Lo siente usted mucho, señor O'Connor? —le preguntó Mercedes con coquetería irónica que tampoco debía pasarle desapercibida.

—¡Oh señorita! —repuso O'Connor, —debemos sentir las contrariedades que afligen á nuestros prójimos; —preguntándole á Manuel. —¿Forma usted parte de las fuerzas que mañana se embarcan para ir á pelear contra el invasor de Corrientes?

—Así es—contestó Manuel, más con el gesto que con la palabra, que, mudo y arrobado, sólo veía á Mercedes.

—Luego su canción, «su preciosa canción», ha sido una despedida muy sentimental del soldado á la dama de sus pensamientos.

—¡Señor O'Connor! —le dijo Guillermo, que estaba tras él, comprendiendo el doble sentido de su fingida admiración, mientras Manuel seguía contemplando, absorto, á la amada compañera de su infancia.

—¡Ah, señor Guillermo!.. ¿Usted marcha también?

—Sí, señor—contestó Guillermo, como si no fuera ese el terreno en que deseara entrar.

—Pues, ¡qué casualidad! Yo también cumpliré con ese deber de patriotismo y allá nos veremos. ¡Sólo que yo iré sin recuerdos y sin dejar á nadie que sienta mi partida como les pasa á ustedes, seres felices!

—¿Me permite, señor O'Connor? —le preguntó Guillermo, frunciendo el entrecejo, tomándolo del brazo con intención de alejarlo de allí.

Roberto lo miró fijamente y, volviendo á sus labios la fría sonrisa de siempre, le contestó:

—¿Cómo no? Con mucho placer.

Y, haciendo un respetuoso saludo á Mercedes, se dejó conducir por Guillermo.

—He creído notar, señor O'Connor —le dijo éste,— que se ha expresado usted con burla encubierta.

—¿Lo ha notado usted? Pues es mi modo de ser, señor Guillermo, ó, más propiamente dicho, si me burlo me burlo de mí mismo. Yo iré á batirme por la patria .., sin haber cantado.

—Señor O'Connor, prevengo á usted que está usted hablando con un amigo íntimo de Manuel.

—Y yo también lo sería, porque me parece un joven de condiciones apreciables—replicó Roberto, con fingida naturalidad.

—Sin embargo. .

Y Mercedes, que los seguía con la mirada, pudo notar que poco después aquellos dos hombres se separaban, Guillermo lanzando una mirada de reto á Roberto, éste con una leve inclinación de cabeza, sonriendo siempre.

IV

Dos horas hacía que se había empeñado la batalla y tres veces el ejército aliado se vió rechazado con sensibles pérdidas. El estampido del cañón y el silbido de las balas ensordecían el espacio. El humo de la quemada pólvora enrarecía el aire y á través de la atmósfera densa y opaca se veía surgir por todas partes bocanadas de fuego, semejando que otros tantos volcanes reventaban, arrojando á su cráter por la inmensa cima, con ruido atronador, la lava candente que ardiera en sus entrañas... Y con los redobles del tambor y los alaridos del clarín se confundían los gritos del combate, los ayes de agonía, los cantos del triunfo. Caían, unos heridos por el plomo, y otros, llenos de ardimiento, no sentían rasgarse sus carnes por el proyectil ó por el acero mortífero, hasta que el desfallecimiento los desplomaba y morían enloquecidos por el fragor de la batalla.

¡Al fin, el toque de retirada se dejó oír, con pesar de aquéllos, los más temerarios, que ya creían segura la victoria porque habían llegado hasta las mismas zanjas de las inexpugnables trincheras; de los que habían visto sucumbir á un hermano ó á un amigo y escuchado sus últimas palabras para una desgraciada madre, para una infeliz esposa, para una pobre hija, huérfana desde ese instante!..

Después .., ¡nada!, ¡el vacío infinito! Un campo extenso, poblado de cadáveres, de despojos humanos, de sangre coagulada, formando charcos negruzcos; el graznar de las aves carnívoras y el amedrentado aullido de las fieras hambrientas; una espesa niebla reemplazando el humo condensado; la sombría obscuridad de una noche de invierno; el eco de un lamento perdido; el lejano alerta de los centinelas; la débil luz de los faroles alumbrando á los camilleros que marchan en busca de los heridos; fogatas donde se prepara el rancho; grupos de milicos recostados en las «carpas;» murmullos de voces humanas apenas perceptibles... ¡Y toda esa masa, confusa, informe; ya inmóvil, ya, al parecer, moviéndose como sombras fantásticas, se observa alumbrada vagamente con los pálidos fulgores de la luna, encapotada á veces por las parduscas nubes que van sutilizando en giros rápidos las ráfagas violentas de los vientos del Sur. Luego se aspira un aire tibio de humedades acres ¡ó más bien pareciera que se aspirasen vaporizaciones de sangre en la frialdad de la muerte!

—

Entremos en esa tienda de campaña, alumbrado su interior por la luz de un farol, que pende del centro. Alrededor de una mesa de campaña se encuentran cinco oficiales. Los cinco son jóvenes y pertenecen á las tropas argentinas que en esa tarde han peleado en lo más recio de la batalla. Sus rostros, sus manos y sus trajes, conservan aún las señales del combate. Dos de ellos se hallan heridos: uno en la mano derecha y otro en la frente. Ambos vendados. Aquél sólo tiene un simple rasguño que apenas ha interesado la piel, por lo que sus compañeros, recordando burlescamente que ése ha sido su bautismo de sangre, le dan ligeras bromas, alabando su valor, con frases y expresiones hiperbólicas. Los cinco comen y beben con el hambre y la sed de los campamentos, recordando las distintas acciones de ese día, riendo del julepe que «éste» se llevara al explotar una granada cerca de él y ponderando la imper-

turbabilidad de «aquél» al llevar una carga al enemigo.

—Pues lo que es yo—dijo uno de los cinco, bajando la voz y señalando á otro oficial que envuelto en un grueso poncho pampa, se hallaba de espaldas á ellos, recostado en un catre,—pocos he visto con una sangre fría como la de ése. ¡Qué agallas, compañeros! Mientras que yo me estremecía, francamente lo confieso, al oír el silbido de las balas, él sonreía siempre impasible. Con la misma soltura lo vi avanzar hacia las trincheras que si se hubiera encontrado haciendo una figura de cuadrilla en el club del Plata. Yo estaba cerca de él porque me atraía transmitiendo al mío su valor. Cuando recibió la herida que lo tiene postrado, ni un músculo de su rostro se contrajo. Y lo que es más, compañeros, sonreía tan agradablemente como si en vez de una bala hubiera chocado en su epidermis el beso de una mujer querida.

—¡Linda comparación, che!—replicó otro riendo;—aunque prefiero el beso.

—Pues ahí verás, ché—dijo el del rasguño en la frente, con cierto menosprecio;—yo no lo tengo por guapo... Pura fanfarronada.

—Y tú eres voto en la materia—le contestó el que estaba herido en la mano con expresión tan maligna que hizo reír á los demás.

—Sin embargo—objetó otro de los oficiales, el que, con mirada recelosa, observaba disimuladamente al herido del catre,—tal vez tenga razón éste.

—Tal vez no—replicó aquél.

—Se dicen tantas cosas de él...

—Cierto—afirmó el cuarto;—yo he oído decir que por unos amores desgraciados, ó, mejor dicho, no correspondidos, anda buscando la muerte.

—Quién sabe—murmuró el de las miradas recelosas;—es más que probable que en lugar de no importarle morir le importe matar á quien le estorbe.

—Es claro—rearguyó el de la herida en la mano—que le importa matar á los enemigos de la patria.

—Como derribar á traición á su rival afortunado...

—Me parece que estás calumniando, José Juan;—le replicó el de la herida en la mano.

—No calumnio: el rival afortunado ha muerto. ¿Os acordáis de Manuel X, aquel joven sanguinario? Pues él era. Cuando volvió al campamento y le reconocieron la herida que le atravesaba un pulmón, no pudo dar cuenta exacta de dónde pudo haber partido la bala que le extrajeron.

—¿Y eso qué tiene de particular? Yo también ignoro quién me ha herido en esta mano, ni de dónde vino la bala.

—Es muy distinto; en el caso de Manuel hay quien asegura...

—¿Quién asegura, José Juan?—le preguntó con acento vibrante el que se hallaba en el catre, arrojando nerviosamente el poncho en que se envolvía, presentándose de frente, con la mirada fija y terrible en el que hiciera la imputación.—Vamos á ver—repitió,—quién asegura. O mejor preguntado: ¿Qué asegura el capitán José Juan Pérez?.. Porque supongo que es á mí á quien se refiere...

—¡Yo... no aseguro nada!—contestó éste desconcertado, agregando, como si quisiera eludir la responsabilidad de lo dicho.—Tal vez sean esas murmuraciones sin fundamento alguno... Sí, han de ser calumnias...

—Luego, como te lo dije—le replicó el de la mano herida, frunciendo el ceño y con voz enérgica,—eres un calumniador.

—No—repuso el calumniado, con un gesto de supremo desdén,—es aún más despreciable, porque, según él, se ha hecho eco de la calumnia. José Juan Pérez, eres un cobarde.

—¡Yo cobarde!—gritó éste, yendo á él con ademán amenazador—¡Vos llamarme cobarde á mí!.. ¡Atrévete á repetirlo, caualla!

Y fué á lanzarse á él con la mano pronta á abofetearlo; pero los otros lo contuvieron.

—Déjenlo, compañeros, déjenlo—les dijo el del catre, incorporándose sobre el brazo, fija la mirada en José Juan,—déjenlo, que aunque me ve postrado por esta

maldita herida no ha de acercarse á mí si no viene bien armado por temor de que lo haga disparar á ponchazos.

—¡Cobardel!—rugía José Juan,—¡vos llámarne á mí cobarde; vos que fuiste el asesino de Manuel!.. Sí, vos, ¿á qué andarse con tapujos? Sí, vos, y te lo repetiré cien veces. ¿Crees que nadie te vió? ¡Pues yo te vi cuando lo heriste! Vos sí que fuiste felón y cobarde, porque en vez de desafiar á tu rival como lo hacen los hombres de honor, esperaste el momento del combate para hacer fuego sobre él y se creyeron que había muerto por una bala enemiga. Cobarde y más que cobarde fuiste cuando, viendo que tu víctima no caía aniquilada en ese momento, te humillaste, hipócrita y felón, haciéndote el pesaroso...

—¡Eh, basta!—exclamó el de la herida en la mano.

—¡Déjenme hablar!—vociferó José Juan, saliéndole las palabras á borbotones de sus labios, con los ojos desencajados y con gestos de furioso, queriendo desasirse de los que lo sujetaban.—Déjenme hablar para probarle á ese miserable que él sí lo ha sido y lo será toda su vida... ¿Te acuerdas? Cuando el pobre sanjuanino murió en Buenos Aires de tu herida, hiciste una mojiganga para que creyeran en tu valor... Aquella farsa de ir á salvar la vida de Guillermo, el novio de la hermana de la que tanto te ha despreciado y te desprecia... Lo hiciste para atraértelo y sin que él supiera que eres el asesino de aquel desgraciado... ¡Levántate de una vez y ya verás como yo te voy á probar que eres el hombre más ruin de la tierra.

Roberto O'Connor hacía, efectivamente, esfuerzos sobrehumanos para bajarse del catre y colocarse frente á frente á José Juan; pero, no pudiendo, seguía mirándolo de tal manera que parecía atraerlo, rodearlo, envolverlo, estrecharlo con los ojos.

Fuera que comprendiese la inmensa ventaja física que sobre O'Connor tenía en ese instante ó que impulsivamente lo deseara, José Juan logró desasirse de los que lo contenían, y se arrojó á él levantando de nuevo la mano para

abofetearlo; pero antes de tocarlo sintió en su frente el frío cañón de un revólver que Roberto empuñaba. Retrocedió con espanto, porque sin tiempo para sacar el suyo, su muerte era segura; pero al ver la actitud burlona de sus compañeros y el altivo desprecio con que O'Connor lo contemplara, reaccionó, y cruzándose de brazos y parodiando el gesto de éste, le dijo:

—Tira, cobarde, que no he de ser yo el primero á quien hayas madrugado.

—Te equivocas, por no decirte que mientes: ¡ni á vos ni á nadie!—le contestó Roberto, vagando en sus labios aquella sonrisa que caracterizaba su semblante, bajando el arma y dejándola caer en el catre; —aunque en este momento —añadió, — estaría en mi derecho matándote como á un perro. Tu actitud y el desprecio de todos te ofuscan de tal manera, que sabiendo que nunca he precisado de personero para estas cosas, llamas madrugador á lo que no lo es. Vos mismo has expuesto tu vida en la boca de mi revólver; pero no la quiero así, porque te voy á hacer el inmerecido honor de que nos batamos en toda regla.

José Juan iba á contestar, cuando se presentó en la carpa un milico, el que después de hacerle la venia, se dirigió al que estaba herido en la mano y le habló en voz baja.

—¿Qué hay, Jiménez?—le preguntó O'Connor cuando el milico salió.

—Que el coronel nos llama para darnos órdenes.

—Vayan.

—No corre prisa.

—Vayan y de camino arreglan este asunto. ¿A muerte, no, José Juan? ¡Ah, te pido que mientras tanto te quedes conmigo. Pueden decirle al coronel que se ha quedado á cuidarme. Quiero hablarte á solas antes de que nos batamos á muerte, porque así debe ser. Quiero que me oigas .. Así, si tú mueres, llevarás á la otra vida el convencimiento de que has mentido y de que éste ha sido el premio de tu infame mentira. Si yo muero, me habrás hecho el más

grande de los favores que ambiciono, y así quedarás compensado. ¿Aceptas, José Juan?

—Acepto, porque después nos batiremos á muerte.

Como si Roberto no esperase más que la contestación de José Juan, cayó desplomado en el catre, agotando sus fuerzas. Luego pasóse las manos por el rostro, y después de contener, en una fuerte aspiración, el intenso dolor físico que en ese instante experimentaba, dijo, con tono chancero:

—Amigos, y te exceptúo a ti, José Juan, que nunca lo has sido, aunque alguna vez fingiste serlo.. Estos bruscos movimientos han hecho que se desprenda la venda... Jiménez, ¿quieres hacerme el servicio de ver, si es que tu herida te lo permite y no te lo impide?..

—¿Cómo no, Roberto?..—contestó Jiménez yendo á él, mientras José Juan llenaba un vaso de ginebra y lo bebía de un trago, escupiendo después.

—Si yo fuera Mitre—le decía Roberto á Jiménez, mientras éste arreglaba el apósito de su herida,—te nombraría cirujano mayor del ejército. Tienes una habilidad especial para colocar la venda y sobre todo mano de dama. No te pareces á Biedmo, que aprieta sin miramientos, como si se tratara de un fardo de lana. Gracias, Jiménez. Ahora ya estoy mejor. Hazme el servicio completo, ¿quieres?

—Dí.

—Darme un poco de ginebra.

—¡Ginebra, vos! .. ¡Si nunca la pruebas!

—Pues... ¡ahí verás!..—contestó Roberto, siempre chancero, llevando á los labios el vaso que le alcanzara Jiménez. Fué á beber, pero al percibir el aroma alcohólico hizo un mohín de repulsión y se detuvo, diciéndole á Jiménez:—Si hubiera un poco de agua...

—¡Agua!..—exclamó éste riendo;—para los patos, Roberto.

—¿No hay? Pues .. allá va sin agua..—y Roberto bebió con estremecimientos de repugnancia.

Los demás oficiales, pretextando el ejemplo, se habían servido y ya iban á beber, cuando uno de ellos, llamado

Carlos, propuso un brindis antes de ir á ver al coronel.

—Aceptado el brindis—contestó Jiménez.

—Porque estos valientes amigos se den toda clase de explicaciones y lo pasado, pasado. No vale la pena...

—Antes que aceptar rompería mi vaso — dijo José Juan.

—¿No?—preguntó el llamado Carlos.—Pues entonces cambio de frente: brindo porque en las nueva batalla obtengamos la mayor de las victorias.

—Así, sí—dijo José Juan;—y porque la goce el que viva, ya sea el asesino de Manuel...

—O el infame calumniador que tal dice — concluyó O'Connor la frase, bebiendo á su vez lo que quedaba en el vaso.—Ahora, compañeros, al cumplimiento del deber. No te vayas, José Juan, que van también á arreglar nuestro asunto y luego nos batiremos en toda regla...: ¡á muerte!

2

— Vas á escuchar de mis labios la confesión de un hombre. Vas á escuchar de mi conciencia el delito más grande de mi vida: amar con toda mi alma. Me obligas á hablarte como si estuviera en la presencia de Dios. Sea, José Juan, y que Dios nos lo tenga en cuenta al purgarnos de culpa— dijo Roberto, como si hablara consigo mismo.

Luego continuó:

— Conoci á esa mujer..., «eso» á que tú te refieres, José Juan, cuando sin la experiencia y los desengaños necesarios, me iba sintiendo escéptico; cuando dudando de todo, llegué á imaginarme que en el mundo no había más mujer virtuosa que mi madre ni más honradez que la del hombre que me engendró. Conoci á Mercedes, y mi carácter, uraño y desconfiado por las cosas de este mundo, fué doblegándose y ductilizándose de tal manera, que lo que el mundo no había conseguido con sus superficialidades ó apariencias brillantes que ocultan un fondo de barro, lo consiguió esa mujer: mi espíritu se abrió á la esperanza... ¿Te ríes? ¿Crees, acaso, que despertara en mí el deseo brutal de la carne? No, «pobre hombre...» Aquel afecto, que yo traduje en simpatía momentánea, se convirtió muy luego en eso que llaman amor... El amor tuvo poder maravilloso de convertir al escéptico en creyente. Llegué á creer que aquella mujer reunía todas las perfecciones, todos los

atractivos, todos los dones para hacer feliz al más desgraciado de los hombres... ¡Ay!.. Esta condenada herida me está haciendo sufrir de una manera horrib!e... Hazme el servicio de darme otro poco de ginebra... ¡Vamos, José Juan, que lo cortés no quita á lo «valiente!..» Y tú eres un valiente.. ¡Oh, sí, lo vas á probar dentro de breves instantes!..

Aunque con cierta repugnancia, José Juan le dió lo que pedía y Roberto bebió algunos tragos con la misma repugnancia que antes, devolviéndole el vaso á José Juan, que lo tiró en la mesa, dirigiendo á Roberto miradas de odio.

—No te impacientes—le dijo Roberto, asomando en sus labios la fria sonrisa;—nada pierdes con escucharme mientras llegan nuestros padrinos.—Y continuó como si divagara:—Pero... el hombre propone y Dios dispone...

—Me parece que tienes fiebre y entonces mejor es que... —dijo José Juan impaciente:

—¿Fiebre?... —repitió Roberto.—Pues te equivocas. Ven, cuenta las pulsaciones de mis arterias. Tengo la seguridad de que tu pulso no marcha tan tranquilo Es que—añadió, haciendo un brusco movimiento nervioso y fijando la terrible mirada en José Juan—esta confesión no quiere salir de mi boca.

—¡Pues que no salga!—gritó bruscamente José Juan, y tan terrible y amenazadora debió ser la mirada de Roberto, que, impulsivamente, metió las manos en los anchos bolsillos de su pantalón.

—¿Buscas tu revólver?—le preguntó Roberto sonriendo.—¿Quieres asesinarme? Ya te he dicho que me harías con ello un señalado servicio.

—Demasiado servicio te haré cruzando mis armas con las tuyas. Me preparo por si pretendes madrugarme como antes.

Roberto volvió á fijar la mirada en él impregnada en cólera, mirada que poco á poco fué cambiando, rellejando relámpagos de ironía burlesca.

—Paciencia, José Juan, paciencia; te has propuesto ser

guapo y me vas á hacer creer que lo eres, aunque lo has venido disimulando. Pero—añadió Roberto, haciendo una nueva transición y como hablando consigo mismo—¡había llegado tarde! Dios ó la fatalidad se había propuesto otra cosa: Mercedes amaba á Manuel... ¿A qué contarte toda la intensidad de mis sufrimientos si no me comprenderías? Bástete saber que ahogué en el más profundo y silencioso respeto mi pasión que, sin embargo, fué creciendo hasta esclavizar mi voluntad y mi vida. La idea de que otro hombre llegase á ser poseedor de aquella idolatrada mujer me enloquecía.

—Me estás contando una historia que poco me interesa —le interrumpió José Juan, esperezándose brutalmente.— Así es que podrías ahorrarte palabras.

—Calma, José Juan, calma que ya llegaremos al final —continuando, después de un momento, fija la mirada en la luz que pendía de la carpa:—Pensaba... ¿Sabes que si pecara con el pensamiento tendrías sobrada razón de llamarme asesino de Manuel?.. Porque yo tuve mil veces la idea de agarrar á aquel hombre que me robaba toda mi felicidad y estrecharlo en un abrazo de muerte, no dejando tras él ni huella de su paso; pero reaccionaba y en mi lucha continua había momentos en que se operaba en mí un fenómeno extraño, porque todo el odio que le tenía se cambiaba en un cariño respetuoso. ¿No adoraba él á la misma mujer que era el objeto de mi purísima pasión?.. ¿Y no se quieren y se respetan los que adoran á un mismo Dios?.. Y así pasaba, sufriendo en silencio mi tormento, contemplando, con aparente gozo, ese cielo y ese infierno que me había deparado la fortuna; esa dualidad de mis propios sentimientos. Esperaba, como debe esperar el condenado en la otra vida la eternidad de sus tormentos... A todo se acostumbra el hombre y yo llegué á acostumbrarme á vivir sufriendo. Manuel tenía que alejarse de su «prometida,» para venir aquí, á los campos de batalla, á defender su patria. Yo los vi separarse, y mientras el llanto de ambos corría desahogando el dolor que la despedida les produjera, yo sentía mis lágrimas caer en mi cora-

zón gota á gota como plomo hirviente. Y sin embargo, en su fisonomía se retrataba el sentimiento aparente del que comparte la desdicha de la separación. Dos personas llegaron á comprender mi fingimiento y las luchas latentes de mi alma: la hermana de Mercedes y su prometido Guillermo. Este llegó á odiarme y no desperdió, valiente como es, ocasión de provocarme. Era íntimo amigo de Manuel y yo traté, por todos los medios, que también lo fuera mío.

—Hasta que al fin lo lograste. Acabemos de una vez.

—Vamos á ello. Manuel vino á la guerra. Cualquiera otro, sin excluirte á ti, se hubiera quedado allá. Yo no. Vine como él y, te lo confieso, por un instante concebí una esperanza. Manuel era arrojado, valiente hasta la temeridad..., ¿por qué no? Sucumbiría y entonces...

—Lo hiciste sucumbir—concluyó José Juan, con cínico desprecio.—En la guerra como en la guerra... Una bala perdida... ¿Qué más da apuntar al enemigo de la patria que al amante afortunado?.. Lo asesinaste.

—¡Mientes!

—¡Canalla!..—gritó José Juan, echando mano á su revólver.

—¡Mientes!—repitió Roberto con voz firme y ademán despectivo.—¡Mátame; pero mientes! Lo traté como un caballero trata á un rival digno de su rival. Oye, que ya concluyo: aquel día en que fué herido de muerte, habíamos recibido las órdenes necesarias, debes acordarte, para disponernos al combate—continuó Roberto, apoyando su mano derecha sobre la herida y con acento sombrío:—Nos hallábamos solos, solos ante Dios y nuestra conciencia... Atiende bien, José Juan, que por mis labios te está hablando la mía. El destino ó la casualidad dispuso aquel encuentro. Hablamos, al principio, de cosas indiferentes y después él me habló de Mercedes con toda su noble pasión, enamorado, ardiente, confidencial, llegando al extremo de mostrarme una carta de «ella» que empezó á leerme. ¡No pude más! Con ademán impulsivo le arrebaté aquella carta, diciéndole: «¿No comprendéis, señor, el daño inmenso que

me estáis haciendo? ¿Estáis tan ciego y tan alucinado que no habéis visto en mí al rival que os odia con toda su alma? Manuel me miraba asombrado y se estremeció como si un resorte poderoso hubiera tocado su sensibilidad. Nos estuvimos mirando largo rato, sin que ni una palabra proaunciaran nuestros labios. ¿Para qué? Sobraban palabras ante la elocuencia de nuestras miradas: todo nos lo habíamos dicho con los ojos «Devolvedme ese papel — dijo al fin. — Tomadlo; pero... Aunque tarde, os he comprendido, O'Connor, y vuestra revelación me dice que es imposible la vida de los dos en la tierra. Necesitáis de la mía y ahora la vuestra me incomoda; pero que quede todo en el más profundo secreto. Eso quiero; ¿pero cómo? — le repliqué. — Escuchadme, — me dijo — Dentro de breves momentos debemos ir á la batalla. Separaos de vuestro cuerpo como si avanzarais sobre el enemigo; yo os seguiré y, donde no nos vean, cambiaremos los tiros de nuestro revólver hasta que uno de los dos caiga. ¿Os parece bien? Con un movimiento de cabeza le dije que aceptaba. Nos estrechamos las manos y nos separamos.»

Yo te juro, José Juan, que si aquel hombre no hubiese sido el amado de Mercedes, habría sido mi único y verdadero amigo... Nuestro duelo se llevó á cabo con todas las reglas que el honor exige. Yo, que deseaba la muerte en ese instante, lo dejé que tirara dos veces y no dió en el blanco. Viendo que esperaba á que yo lo hiciese, tiré una y lo vi caer y quedar tendido, sin movimiento alguno. Lo creí muerto y me lancé al combate por la patria. Mi triunfo inmune me llenaba de desesperación. Sentía remordimientos, ansias de morir y, sin embargo, defendía mi vida, atacando al enemigo con la ferocidad del tigre. La batalla concluyó con la victoria de nuestras armas y me llamaron el héroe de la jornada .. ¡héroe, cuando lo que yo buscaba era la muerte!.. Premiaron mi valor cuando ante el reflejo de mi conciencia aparecía el cuadro en que Manuel sucumbió; veía á Mercedes, pálida y llorosa, desgraciada para toda su vida, ¡y, desbordando en sentimentalismo, llegué á odiarme! ¿Por qué la mano de Manuel no fué más

certera? ¿Qué derecho era el mío para interponerme entre la dicha de los dos? ¿Si llegaba á oídos de Mercedes el nombre del matador de su amado, cómo me odiaría? ¡Cuánto tedio y horror sentiría por mí!. Pero Manuel no había muerto. Mi sorpresa fué tan grande como mi alegría. Volvimos á vernos. Nos hablamos y al despedirnos, me dijo: — «Tengo la convicción de que la bala de vuestro revólver ha de causarme la muerte temprano ó tarde. De todas maneras, creed Roberto, que lo que ha pasado entre nosotros irá conmigo á la tumba.» «Y yo os prometo» —le dije, — «que si vivís y yo vivo, nunca volveréis á oír hablar de mí.» — «Y si yo muero, Roberto» —me contestó commovido, — «hacedla dichosa, que merece serlo.» — Lo demás ya lo sabes, José Juan, Manuel murió...; y ahora, creas ó no la confesión que acabo de hacerte, aun que has sido un «cobarde calumniador» te haré el honor de medir mis armas con las tuyas.

—Y yo puedo aseverar que cuanto acabas de decir es cierto—dijo un oficial que momentos antes se había presentado en la carpa sin ser notado y que vino á colocarse entre Roberto y José Juan.

—¡Guillermo! —exclamó Roberto.—¿Has oído?

—Casi todo, y lo que no he oído lo supongo. Repito que lo que has dicho es verdad.

—Será—replicó José Juan, arqueando el cuerpo, estirando el pantalón y sirviéndose las heces de una limeta, mientras Guillermo acudía á Roberto, que hacía esfuerzos por comprimir los agudos dolores de su herida;—pero sea verdad ó sea mentira, después de las palabras cambiadas y de las demostraciones hechas, no hay más remedio que romperse el alma.

Y escupiendo fuerte, apuró el vaso.

VI

Gruesas gotas de abundante rocío iban bañando la superficie de aquel campo. Millares de nubes se agrupaban entrelazándose, y confundiéndose se mezclaban, se fecundaban en sus átomos infinitos, desgarrándose luego, alejándose y desapareciendo; pero llevando en sí, éstas y aquéllas, la concepción de graves tormentos ó perfumadas auras, mensajeros de prosperidades y heraldos de desgracias y desolaciones. Los astros volteaban en la incommensurable bóveda del cielo y, de intervalo en intervalo, llegaban á la tierra sus titilantes resplandores. Los fogones, consumidas sus llamas, eran ya montones de cenizas que el viento recogía y esparcía como si obedeciese á la fuerza impulsora que crea ó destruye, que da la muerte con la vida y la vida con la muerte. Cuerpos humanos destrozados; abiertos las arterias; agotada la savia; roída la carne; triturados los huesos... Y si es cierto que el alma de los que fueron existe, «ellas»—las almas—asistirían al banquete que «seres» de la tierra le propinaban con sus mutilados é inertes despojos, ¡como prueba fehaciente de que la materia es nada! Todo yacía en lúgubre calma. Las fatigadas fuerzas se reponían en la tregua para recomenzar la nueva lucha... Y allá, lejano, plañían los ecos del aullido de un perro que junto al aun insepulto cadáver

de un soldado, impedía con su gesto amenazador la horrible profanación de las fieras que acudían al olor de la carne muerta. Patrullas silenciosas y jinetes aislados marchaban de un lado á otro. Allá va un grupo que se detiene, que retrocede ó avanza. Se oye una voz que sale de aquel grupo:

—Podría dejarse para mañana, después de la batalla.

—Después de la batalla —repuso otro,— tal vez no exista uno de los dos.

—Es que Roberto no puede mantenerse en pie.

—Y si no puedo me arrimáis al tronco de un árbol.

—La noche no es muy clara.

—Acortáis la distancia...

—Pero es que se nos ha ordenado que no salgamos de la carpa.

—Ya encontraremos pretexto si es que tropezamos con alguna patru la.

—Justamente ahí viene...

Roberto y José Juan habían resuelto que se habían de batir esa misma noche, y á pesar de la herida del primero, que casi lo imposibilitaba de hacerlo, éste insistió en ello, haciéndose conducir casi en brazos de Guillermo y Jiménez, precedidos por José Juan y los otros tres oficiales. El valor de Roberto estaba dando pruebas supremas. Vencido ó vencedor, era ya admirable su serenidad, su tranquilidad, su gesto casi burlón y su sonrisa de siempre.

El oficial que comandaba la patrulla, les dijo:

—Con sentimiento tengo que llevaros, pues ya sabéis que está severamente prohibido hallarse fuera de la carpa á no ser de comisión.

—Es cierto, teniente —le dijo Roberto, al ver que los demás callaban; —pero estos amigos que se encontraban en la mía, viendo que allí no tengo la suficiente comodidad para atenderme la herida que recibí en el combate de esta mañana, me conducen á la carpa de sangre... Uno de ellos iba á manifestárselo al jefe de guardia.

—Si es así —contestó el oficial, acercándose á Roberto y reconociéndolo, —la cosa muda de especie.

—Si quiere, teniente, puede acompañarnos — le dijo Jiménez.

—¿Para qué se va á molestar?—replicó Roberto prontamente. —Hasta luego teniente, que nos veremos...

—Pasarlo bien y que se mejore, mayor.

—Gracias, teniente.

La ronda siguió su marcha y el grupo esperó que se alejase para seguir también, alejándose poco á poco del campamento del ejército aliado.

—Aquí..., sí..., aquí fué —dijo Roberto, como si reconociese el terreno.

—Es cierto—replicó José Juan que lo oyera; —aquí fué donde «cayó» el desgraciado sanjuanino.

—Que nos alambre entonces su espíritu—añadió Roberto.

—¿Estáis, pues, decididos á batiros?—preguntó la voz de Jiménez.

—Sí —contestaron los dos.

Roberto, que se apoyaba en Guillermo, le indicó con el gesto un árbol pidiéndole que lo recostara en él.

Las vaporizaciones se habían sutilizado en la atmósfera, desapareciendo por completo las cenicientas nubes. La pálida brillantez de los astros alumbraba el infinito espacio. Las sombras de la agreste vegetación se suavizaban en esa erosión. No había, pues, necesidad de antorchas funerarias para alumbrar el blanco:—Bastaba la firmeza del pulso y la certeza de la mirada.—Los padrinos discutían: resolvieron proponerles un aplazamiento y así lo hicieron. Roberto se contentó con hacer un gesto desdeñoso; pero José Juan les contestó, malhumorado:

—Si no os conociera como os conozco, creería que sois de aquellos danzantes que van á la calle de la Florida á galantear mujerzuelas y cuidar el moño de la corbata. ¿Acaso sois de esos padrinos que le andan buscando el cuerpo á las consecuencias propicias, siempre á labrar actos de mutuas satisfacciones y siempre dispuestos á asistir á las comidas de reconciliación? ¡Eh, basta!

—Debes tener en cuenta—le rearguyó Jiménez, sin hacer caso á sus impertinencias, aunque fruncido el ceño,—que Roberto no está en estado de batirse.

—¡Ah!, bueno; si Roberto no quiere batirse le dan por el gusto, y conste.

—Ya ves que yo no he dicho una sola palabra—contestó Roberto;—ahora sí la digo: colócate á la distancia que quieras y concluyamos.

—No—repuso Guillermo,—ya que lo desean los dos, arreglemos las condiciones.

—A quince pasos—dijo José Juan.

—Sea á quince pasos—repitió Roberto.

—Avanzando—continuó José Juan.

—Sea avanzando—repitió Roberto, riendo de la proposición, puesto que él no podía avanzar ni retroceder.

—El que caiga podrá seguir haciendo fuego desde el suelo...

—También.

—Hasta que se le concluyan las balas, no pueda ó esté muerto.

—Se supone.

—A muerte.

—Bien.

—Señores—dijo Guillermo,—yo no puedo consentir en este duelo, que es completamente desfavorable para Roberto.

—Es que yo lo quiero así y te pido, Guillermo, que no te opongas—dijo Roberto con voz resuelta y enérgica.

—Entonces no hay más que decir y concluyamos—manifestó Jiménez, midiendo los pasos desde el árbol donde se hallara Roberto de pie, apoyado en él.

Medidos los pasos, José Juan se colocó donde le correspondía, y dada la voz de fuego por Jiménez, sonaron dos detonaciones y en seguida otras dos. Uno de los combatientes cayó sin volverse á levantar. Transcurrido un breve espacio, se oyó la voz de uno de los padrinos, que acudió al caído al ver que no hacía más uso de su revólver y que permanecía inmóvil:

—Es inútil que sigas tirando, Roberto: José Juan ha muerto.

Y entre las sombras negras de la noche, los padrinos y el actor sobreviviente de aquel extraño duelo escucharon un eco triste que partía del bosque: era el arrullo suave y armonioso del tierno urutau.

VII

Era don Federico Leiva, rama de honorable tronco aunque de abolengo en pergaminos dudoso, nacido en la provincia de San Juan. Escaso de fortuna y sobrado de promesas hechas por amigos y parientes, decidió venirse á Buenos Aires, con los más sanos propósitos de asegurarles un porvenir á sus hijos. Don Federico había leído, en los diarios de propaganda para la inmigración, que en la gran capital del Sud no había pobres y que bastaba resolución habilidosa para nadar desahogadamente en este relativo «mare mágnum,» regado por el cuerno de la abundancia. Comparó, pues, en sus tardíos sueños de grandeza, las costumbres vegetativas de su patriarcal villorrio con las vertiginosas de la gran aldea, y en la tarde de un día risueño llamó á su «cuya» y le comunicó la proposición indeclinable. Era la señora de don Federico de carácter sencillo, dócil y obediente á los mandatos de «su hombre» y, por lo tanto, no opuso óbice alguno. ¡Qué había de oponer!.. Al contrario, aplaudió de todo corazón la resolución tomada, y esa misma noche, después de la cena, comenzaron los adioses á amigos, parientes y conocidos, terminando aquello en una tertulia de confianza casera como por costumbre se tenía. Ello trajo á la mente de la buena señora el recuerdo de un sinnúmero de cuentos y de

anécdotas á que era apogadísima y que sintetizaba su carácter lugareño.

—¡Si vieran, mis hijitas —decía con su «tonada» sanjuanina á las de su sexo, que la escuchaban en rueda,— cómo nos despidieron una vez de Jujui á mi hombre y á mí! De esto hace ya muchos años. Pues... fuimos allí á visitar unos parientes...

—A ver, cuente cómo la despidieron— la dijo una de la rueda, tocando, con el pedido, la cuerda sensible de la buena señora.

—Bueno, pues... Cuando ya nos volvíamos á esta que-
rencia, nos dieron un baile espléndido.

—¡Espléndido!

—Sí, hijitas, con guitarra y organillo. ¡Si vieran qué tímidos eran los mozos jujeños!.. ¡Y cómo les costaba para sacarnos á bailar á las mujeres!.. La sala estaba alumbrada con puros candiles; pero tan escasa era la luz, que casi no nos veíamos la cara. Y estábamos descansando las mujeres á un lado y los hombres á otro, cuando un mozo, medio achinado, pero muy decente..., ¡como que estudiaba para doctor!, según me dijeron después, se nos acercó á las mujeres, con una bandejita en que había bizcocho de anís, diciéndonos á cada una:— «Tome y guarde...» —Ahora verán, hijitas. Cada una tomamos un bizcocho y lo guardamos. Al rato, se presentó otro mozo, medio achinado también, pero también muy decente, que estudiaba para cura, que traía en las manos una como palangana llena de chocolate. Se nos vino á las mujeres, y dando vuelta al ruedo, nos iba diciendo á todas: — «Moje y chupe.»

—¿Y ustedes qué hicieron las mujeres?

—Mojamos y chupamos, mis hijitas, hasta que se nos concluyó el bizcocho y volvimos de nuevo al baile.

Festejada la anécdota y concluida la tertulia casera, se dispuso todo, y al día siguiente vinieron mulas sanjuaninas y carretas tucumanas, y empaquetados los patates y dispuestas las relativas comodidades para la familia; aquí caigo y allí levanto; vengán cuartos y aynda de comevi-

dos; descansar allá y acullá; la contemplación de la exuberante naturaleza mientras apacentaban las bestias, y más tarde la llegada á la celebérrima posada donde había ò se exhibía un monstruo con una cabeza de carnero y otra de hombre, dos piernas de chivo y otras dos de humano; y después los aires salitrosos y los grandes calores y el empacamiento de las mulas y la falta de bueyes de relevo, y todos los grandes é insoportables inconvenientes que en la época aquélla encontraban á cada paso los que viajaban del interior al litoral y del litoral á la Atenas del Plata... ¡Qué viajesitos aquéllos!..

Después de transcurrir el tiempo que hoy se emplearía en dar la vuelta al mundo descansadamente, don Federico, su mujer y «la cría,» llegaron, sanos y salvos, al Paseo de Julio y de allí á su modesto hotel, donde, provisionalmente, se alojó la familia mientras el jefe se fué á visitar los parientes y relaciones. Poco tardó para que, del modesto hotel, pasaran á una casita de los suburbios, que se amuebló como se pudo. Y era lógico que en medio de aquella Babel comparativa con aquella Arcadia, don Federico se hallara aturdido al extremo de darle intenciones de volverle grupas y tornar á su tierra; pero no lo hizo por aquello, sin duda, de que, una vez en el río vadearlo, y entre gruñidos y suspiros y gritos de malhumorado y enfermedades comprimidas y agriamente de genio — que no por ser de buena cepa dejaba de agriarse, — fué encarrilando hasta que, tocado por esta «tierra de promisión,» por este «gran país,» siguió viaje directo á una posición que aunque no del todo desahogada, por lo menos le permitía guardar las apariencias y eso era como poner una pica en Flandes. ¡Las apariencias! ¡Pues ahí es nada! El que no logra guardar «eso» aquí, como en Londres ó Madrid, Roma ó París, Viena ó Berlín, ya puede tirarse á muerto para que lo coman los gusanos del desprecio por más méritos que tenga y se encuentre ahito de saber...

Siguió, pues, don Federico, guardando las apariencias, y de la casita suburbial encaramóse á una de altas del centro con muebles de lujo, porque aunque allí no había má-

quina de coser que tan buenos servicios suele prestar á las honestas madres de familia, á fe que no faltaba el indispensable Pleyel, el «chiffonier» ni el «tête-à-tête» ó «vis-à-vis;» ni las arañas con caireles de cristal; ni la alfombra de tripe, imitación—nada más que imitación—de las de Persia; ni las cortinas con encajes y cenefas de grueso velludo encarnado; ni los cuadros «á lo Doré;» ni las repisas de nogal, con incrustaciones de papel maché; ni el juego de damasco, al parecer de lana y seda, y las otras chucherías. Eso por lo que se refiere á la sala, que en cuanto á los dormitorios, comedor y demás habitaciones no habia nada que desear, relativamente hablando.

La verdad es que el señor Leiva debia haber levantado cabeza en algunos negocios de felices resultados, porque, de vez en cuando, se daban en su casa fiestas de confianza, en las que se hacía música, se bailaba y se lucían los hermanos Roverano, cuando no los Costa, de las más afamadas confiterías del Gas y de la Victoria, en la disponibilidad de mesas confortables y hasta «comilfautables,»—como decía su «cuya.» ¡Y lo cierto es que esas fiestas solían ser frecuentadas por familias de retintines que trataban á la de Leiva con las consideraciones debidas á sus limpios pañales... y á lo de saber guardar las apariencias!

Componíase la familia de don Federico de su conjunta persona, «misia» Pepa, que contara, cuando llegara á la entonces capital provisoria, sus cuarenta bien conservados, y como ya está insinuado, era amable y expansiva, sencilla y partidaria radical de intriguillas y cuentitos, con relativa candorosidad y sin aviesas intenciones. Criada de tierra adentro ó arriveña, se le pegó «el vicio» con el que pasaba las horas muertas y aun las vivas en compañía de señoras mayores. Profesaba cariño apacible por «su hombre» y por sus cuatro hijos: Mercedes y Julia, á quienes ya conoce el lector; María y Federiquito á quienes van á conocer. María, que contaba sus catorce años, «hubo de haber sido» la niña mimada de todos y no lo era por su carácter frívolo, soberbio, despreciativo. El empacamiento de los ilustres ascendientes del tronco genealógico de su ilus-

tre familia la hace ridícula y un tanto antipática; pero hay que tratarla á fondo: una tontuela ingenua. En justicia, no puede negársele belleza y perfecciones físicas; pero con ese conjunto del sorbete, frío, glacial ó, usando de un criollismo, «aguachento.» Y, sin embargo, para un observador sería «objeto» curioso cuando pone gesto de menosprecio al tratar con las personas que considera inferiores á su genealogía. Por lo demás, es toda una señorita, educada con el siglo de las luces, que toca el piano, frasea dos ó tres trozos de ópera y pronuncia, aunque mal, algunas palabras en francés, amén de que borda primorosamente letras en relieve y va á la misa de doce, con mayor frecuencia, seriedad y devoción que sus otras hermanas.

En cuanto á Federiquito tiene un año más y es un caballerito cuadrado: serio, callado, respetuoso, inteligente y apasionado por el estudio, que desdeña las vanas diversiones á que sus compañeros de clase se entregan. No le gustan las «calaveradas» y se encoge de hombros con desdenosa burla cuando le hablan de amores ó pependencias. Mira con lástima á los que hacen versos y le causan profunda aversión los escritorzueros de su edad que quieren, como él dice, elevarse, con alas de cera, á las regiones solares... ¡Pobres Ícaros!..

VIII

Nos hallamos en la sala, donde se encuentra reunida la familia, con excepción de Mercedes. Algunas amigas de «misia» Pepa, amigos de don Federico y amiguitas de las niñas, se encuentran también allí. Julia y María, con estas últimas, forman un grupo de animada conversación. Risas burlonas y entrecortadas frases se escuchan en aquel grupo. «Esta» se apoya en el brazo de Julia, á quien habla al oído; «aquella» le toma las manos cariñosa. María escucha, con grave desdén, risas y palabras. Se dirigen al balcón; abren las puertas y se asoman. Julia mira á hurtadillas hacia la calle:

--No se ve—le dice una de sus amiguitas, maliciosamente.

—Ha de venir—contesta ella, ruborosa y baja la vista sonriente.

En otro grupo se encuentra «misia» Pepa, con las señoras mayores: madres, tías, parientes cercanos ó lejanos de las niñas que acompañan á Julia y María.

En un tercer grupo está don Federico con dos ó tres viejos, conversando de la guerra, de los abastecimientos, de los negocios de la Bolsa, de la venta de tierras, de las disensiones políticas.

Separados de todos se encuentra Federiquito, leyendo

en un libro con aspecto meditabundo y como si no se diera cuenta de aquel mundo

—Pero... ¿y Mercedes?..—pregunta una de las señoras mayores á «misia» Pepa.—¿Se encuentra enferma?

—Restablecida; pero ya sabes que desde la muerte de Manuel no hay quien la haga venir á la sala.

—Ó tal vez se estará arreglando para recibir al que pronto será su cuñado.

—¡Abí está Guillermo!..—se oyó una voz con timbre de cristal que venía desde el balcón

—El novio ..—murmuró una señora con cierta prosopopeya.

—Y viene con ..

En ese instante se presentó Mercedes en la sala, con su vestido negro, y la usual tristeza velando su semblante.

Niñas, señoras y caballeros, se pusieron en movimiento, dirigiéndose á saludar á Mercedes y á los que la esperaban del exterior ..

Una negra vieja anunció:

—El «niño» Guillermo y sus amigos.

—¡Adelante..., adelante!..--dijo don Federico yendo á recibirles.

Guillermo, precedido de sus amigos, se presentó en la sala; el rosado de la dicha asomó en el rostro de Julia, que fué á recibir á su prometido esposo, mientras que Mercedes inmutóse conmovida al ver á uno de los acompañantes que en ella, sólo en ella, clavó la mirada con expresión vehemente.

—¡Roberto!..—borbotó Mercedes.

—¡Oh, señor O'Connor!—exclamó don Federico, saludándole afectuosamente.—¡Qué agradable sorpresa! No esperábamos tan pronto su retorno..

—Efectivamente, señor Leiva—contestó Roberto, correspondiendo á aquel afectuoso saludo,—no pensaba volver tan pronto á Buenos Aires; pero una pequeña molestia adquirida en el hombro izquierdo de resultas de una herida...

—¡Una herida!.. ¿Y es grave?..

—Ya pasó, señor Leiva...

—Vaya, me alegro. . Y este pícaro Guillermo sin avisarme...

—Es que hoy mismo ha llegado - repuso Guillermo, —y no ha tenido dificultad alguna en acompañarme á este tan grato momento de mi vida.

—Señor—volvió á decir la negra vieja, dirigiéndose á don Federico, —ahí buscan...

—¡Adelante.. , adelante!..—repitió don Federico.

Era el notario eclesiástico que venia á formular el contrato de esponsales y á que lo firmasen los contrayentes Guillermo y Julia.

Y mientras el grave cartulario, porque todos lo son ó aparentan serlo en casos tales, tomaba asiento junto á una mesa y desdoblaba papeles, se ponía las gafas y preparaba lo necesario, don Federico seguía estrechando la mano de Roberto, diciéndole:

—Bien, bien, yo le felicito, porque supongo que no será de cuidado...

—Señora...—dijo Roberto saludando á «misia» Pepa;—señorita—añadió dirigiéndose á Maria, que era la que más se había acercado á él y lo observaba con curiosidad impertinente; hizo una inclinación de cabeza á las demás personas, y dirigiéndose á Julia, que, con la vista baja y encendido el semblante por la dicha, aguardaba al lado de sus amigos, la expresó:—Señorita Julia, celebro la coincidencia que me permite asistir á este acto...

Julia levantó la mirada á él, contestándole con acento conmovido:

—Grato es para mí, señor O'Connor, y mi mayor placer es que todos los amigos de esta casa participen de la felicidad que en este instante experimento.

Después.. , Roberto se dirigió á Mercedes, haciendo un esfuerzo.

—Mercedes—la dijo, —he sabido por Guillermo que ha estado usted enferma...

—Sí—contestó Mercedes, tratando de ocultar su turbación;—pero ya casi me encuentro restablecida.

— He comprendido su dolor... y lo deploro en el alma.

Don Federico hablaba en voz baja con el notario. Los amigos y parientes hicieron rueda, con excepción de Federiquito, que siguiendo extraño á cuanto allí pasaba, apenas había levantado la cabeza á la llegada de Guillermo y sus amigos, para volverla á inclinar sobre el libro.

Después de las fórmulas de práctica, el notario hizo firmar á los contrayentes, padres y testigos, y saludando con su gravedad de cartulario, salió, dejando á los que le rodeaban entregados á una exteriorizada satisfacción de agrado.

Guillermo y Julia veían realizadas sus esperanzas. Hubieron abrazos y besos, lágrimas y apretones de manos y deseos de eternas felicidades para el porvenir. Las únicos que no tomaban parte en aquellas hiperbólicas congratulaciones eran Mercedes, Roberto y Federiquito, el que, dejando su libro en una silla, como si le obligaran á ello, se acercó á los demás, escuchando y observando indiferente todas aquellas manifestaciones.

Mercedes vagaba la mirada en toruo, sin atreverse á fijarla en Roberto... Tres meses hacía que había marchado en compañía de Manuel... Manuel había muerto y él estaba allí, en su presencia, con la melancólica sonrisa en los labios, con la misma mirada de siempre en sus ojos, suplicantes, empapados de ternura para ella; con aquel tinte triste, como su corazón, en su semblante, que la dominaba, la atraía, sin explicarse la causa en la incierta confusión de ideas que combatían en su cerebro... ¡palpitante de sentimiento y mudos los labios!

Y él, sereno, sonriente, cuando en su cabeza ardía un mundo de recuerdos, contemplando á la mujer por quien hubiese dado la vida, allí, libre y «tal vez» interesado en su suerte, ignorando que él era... ¡él!, quien había roto la cadena de su dicha. Nubes de dudas, de terribles dudas obscurecían su esperanza. Ella amaba aún «la memoria» de Manuel..., esa «memoria» que se interpondría siempre y no la dejaría ¡jamás! en libertad para corresponder á su cariño inmenso...

Y los demás seguían festejando á Julia, dando los parabienes á Guillermo, mientras ellos, Mercedes y Roberto, que vivían en otro mundo, eran mirados con indiferencia, ¡sin que nadie comprendiese ni participase de las luchas que en ese momento supremo sentían sus almas!

—¿Ulogará á amarme?—se preguntaba Roberto, queriendo leer su sentencia tras la palidez del semblante de Mercedes —¿Amará siempre «el recuerdo» de su primer amor?

Y Mercedes pensaba:

—¿Por qué siento en su presencia el consuelo que me faltaba? ¿Qué sentimiento es éste, Dios mío, que me hace olvidarlo todo, que me domina, esclavizando mi ser en su mirada?

Don Federico, después de saludar y acompañar á algunas de las personas que sólo habían ido para asistir al acto del desposorio, se dirigió á Roberto.

—¿Creo, señor O'Connor que nos dará usted la satisfacción de acompañarnos á comer?

—Agradezco infinito, señor, la invitación, pero...

—Aunque no creo que haya aún descansado del viaje —repuso con prontitud Guillermo,—ese ha sido mi objeto al pedirle que me acompañara, y espero...

—Una comida de «familia,» señor O'Conuor—añadió «misia» Pepa.

—Acepto—contestó Roberto.

Y, pocos momentos después, se dispuso la marcha al comedor.

Al pasar Julia al lado de Roberto, le dijo, con coquetería sonriente:

—Ya haré que no le sea á usted muy molesta la comida poniendo su cubierto al lado del de una persona que no le será desagradable.

—¿Usted, Julia?—preguntóle él señalándola con expresión galante.

—No—contestó ella riendo;—yo ya tengo mi asiento indicado.

—Entonces...

—Una persona con quien creo tiene usted algo que conversar.

—Julia—dijo Mercedes aproximándose á ellos,—deja que yo también participe de tu dicha—y abrazándola maquinalmente la besó en los labios.

El eco de aquel beso estremeció las fibras del corazón de Roberto.

Una de esas señoras mayores que todo lo observan y á las que nada se les escapa, dijole, con malicia, á «misia» Pepa:

—Me parece que tendremos, dentro de poco, otro casamiento...

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Aquí! ¿Con quién?

—¿Por qué no eres franca? No se está viendo que Mercedes y ese joven Roberto...

—¡Estás desvariando, hijita! ;Yo no lo creo ni lo quiero creer! Ese hombre no me es simpático y tengo el presentimiento de que ha de hacer desgraciada á la mujer con quien se una. Por otra parte, Mercedes no ha olvidado aún á Manuel, por cuya memoria lleva luto, á pesar de la oposición de la familia...

...Y llegados al comedor, cada uno se fué colocando donde Julia, que se había hecho á sí misma maestra de ceremonias, le indicaba: Don Federico en una cabecera; en la otra Roberto. Al lado derecho del señor Leiva, «misia» Pepa, y al otro lado, un amigo de confianza. A la diestra de Roberto, Guillermo, y al lado de éste—por supuesto,—ella; á la siniestra, Mercedes, y en los demás asientos.. , «ésta,» «aquella, «el otro» y la de «más allá.»

La familia de Leiva y sus amigos se entregan á los llamados gratos placeres de la mesa. Se habla de todo lo que viene oportuna ó no oportunamente. «Misia» Pepa les cuenta anécdotas de su tierra. Don Federico habla de los negocios. Su hijo observa. Julia y Guillermo cambian miradas soñadoras y hay suspiros que se apagan y alegres risas que no se comprimen...—Y como ya ha

terminado la comida «en familia,» dueños de casa y comensales pasan de nuevo á la sala.—La anciana señora, aquélla á la que nada se le escapa, le dice á «misia» Pepa:

—Tu hija Julia, va á ser muy feliz con Guillermo. Se quieren mucho...

—Así lo espero.

—Y te prevengo, Pepa, que insisto en que dentro de poco, se te casa Mercedes...

—¿Con «ese hombre?..» ¡Dios no lo quiera!

—¿Por qué, mamita?—la dice María, que no deja de observar á Roberto;—el señor O'Connor tiene maneras muy distinguidas. Debe ser descendiente de los nobles O'Connor de Irlanda.

Del grupo que formaban las amiguitas de la novia, salió una voz:

—Muchachas, cantemos algo «al» piano —mientras don Federico le decía á su viejo corredor de Bolsa:

—Eso; justamente es lo mismo que yo había creído: el oro va á subir á las nubes. Es necesario hacer toda clase de sacrificios y jugar al alza.

—Sí, pues; á «la fija...»

—¡Qué dichosos somos, Guillermo mío! —le decía Julia á su novio, aprovechando un momento en que no los observaban.

—¿Me quieres mucho?

—¡Mucho..., mucho!

—Le sienta á usted bien ese vestido negro, Mercedes —la dijo Roberto con acento en que había finísima ironía. —¿Hasta cuánto piensa usted llevarlo?

—¿Hasta cuándo?.. Ay, yo quisiera llevarlo siempre, porque es el color simpático de mi alma.

—¿Quién se lo impide? —la preguntó Roberto con expresión tal, que Mercedes bajó la vista

—¿Impedírmelo?.. Nadie.

—¿Y si yo —añadió Roberto en voz tan baja, que sólo á ella llegara—la suplicara que lo cambiase por otro menos triste?..

Mercedes se estremeció, quedando reflexiva. Luego, levantando á él sus ojos, le dijo en voz tan baja como la suya:

—Dentro de un año tendrá usted mi respuesta, Roberto.

IX

¡Como el náufrago vagando en una tabla á impulso de las encrespadas olas; como el peregrino que marcha por errada senda, sin huella fija, sin indicio siquiera del fin de su jornada, así creyó Roberto que viviría en el piélago de su destino ante la inmensa desventuranza que le infundió la primera mirada de Mercedes. Como aquel que contempla en lontananza la luz de una estrella que le señala el rumbo fijo que ha de llevarlo al oasis dichoso de la vida, allí donde brindan en gratas caricias seres queridos los halagos de su alma, allí creyó encontrarse Roberto, al escuchar las últimas palabras de Mercedes; esas palabras querrian decir: —«Dentro de un año desaparecerá este vestido negro que te aflige; que te hace recordar que mi corazón está enlutado por la muerte de otro hombre, cuyo recuerdo has borrado, puesto que va á desaparecer la negra huella que en mí dejara. ¡Si no te amara, Roberto; si no hubieras vencido en la lucha que sostuve, no borraría jamás de mí ese recuerdo; no te daría esperanzas de un porvenir risueño; no escondería en el sepulcro del olvido mis primeras ilusiones de niña y las primeras y más caras afecciones de la mujer!

Y así interpretaba Roberto aquellas palabras que ensanchaban su corazón y le hacía palpar, cual bella realidad, el soñado mundo de ventura.

¡Roberto era feliz por la primera vez de su vida, porque creía haber vencido!

¡En tanto, Mercedes, aturdida al pronto, confusa, agobiada, como si el peso de un delito la golpeará en lo más íntimo; pero que, sintiéndose robustecer por otra fuerza superior irguió la frente, brilló en la mirada el relámpago del triunfo, y escapando de sus labios un suspiro— hasta entonces contenido en su pecho,—aparecieron en su fisonomía los tintes melancólicos semejantes á los que se forman en las plácidas tardes del estío en las nubecillas del cielo! Ella le devolvió su mirada; pero su mano fría parecía la mano desgonzada de una muerta. Roberto sintió al estrecharla el hielo precursor de transiciones violentas que auguran la tempestad; que llevan al cerebro la desconfianza, el sentimiento, el dolor al ánimo: el remordimiento. ¡Se halló suggestionado y creyó que aquella mano era la mano de su víctima que iba, con su contacto, á despertar su conciencia!

María se sentó al piano y preludió varias piezas de baile, rodeada de sus amiguitas.

«Misia» Pepa seguía en rueda con las demás señoras.

Julia conversaba en voz baja con Guillermo, hasta que Mercedes se acercó á ellas.

Don Federico, dejando á sus amigos, tomó del brazo á Roberto y paseó con él dirigiéndole preguntas sobre los negocios que podrían hacerse en el ejército, mientras aquéllos saboreaban el aromático moka, fumando cigarrillos de papel.

Federiquito había vuelto á la lectura de su libro.

Después, la conversación se hizo general, y al decirle alguien á Roberto que narrara alguno de sus hechos de armas en la guerra, Julia, conmovida, le dijo:

—Si no fuera demasiado exigente, yo le suplicaría que nos contara cómo salvó la vida de Guillermo.

—Sí, mi querido amigo —agregó éste;— nada nos sería más grato, y á mí sobre todo, que recordaras el hecho en que te debí la vida.

—Pero Guillermo — contestó Roberto, sonriendo indife-

ronte;—poco mérito tiene una acción que cualquiera de nuestros compañeros hubiera llevado á cabo cumpliendo su deber.

—No, Roberto replicó Guillermo,—porque si bien el hecho en sí hubiese podido ser llevado á cabo por cualquiera de nuestros compañeros, no «cualquiera» de nuestros compañeros se hubiera animado á ello.

—Acéptalo entonces como un deber de amigo.

--De verdadero amigo; nunca lo olvidaré—añadió Guillermo, estrechando la mano de Roberto.

—¿Cómo fué?—preguntó Mercedes.

Roberto fijó en ella la mirada y al notar en sus ojos la súplica:

—Bien—dijo, y mientras los demás hicieron rueda, empezó su relato:

—Guillermo había ido con un «pelotón» de milicos á hacer una descubierta, pues había que saberse si tras unas lomas existía ó no un fuerte destacamento de avanzada, perteneciente al enemigo. Cumpliendo su misión valerosamente, Guillermo llegó hasta el punto indicado, y no viendo allí fuerzas enemigas...

—Cometí la imprudencia de avanzar hasta intrincarme en un tupido bosque de naranjos...

—Es que, fiado en su valor, creyó que debía tener el convencimiento de que, por ese lado, no habría nada que temer. Debido á ello, sin duda, volvió hacia el campamento sin tomar las debidas precauciones, por no imaginarse que pudiera ser sorprendido en una emboscada; pero, de pronto, se vió rodeado, á distancia de un tiro de fusil, por tropas enemigas que le hicieron fuego graneado nutridísimo.

—Sí—repuso Guillermo, interrumpiendo de nuevo á Roberto.—Me vi rodeado por fuerzas diez veces mayores que las que yo mandaba, y al comprender lo desesperado de nuestra situación, alenté á mis milicos para venderles caras nuestras vidas.

Roberto, después de un momento de silencio, continuó:

--Sabía yo la orden que se le había dado y me ofrecí á

acompañarlo; pero Guillermo se negó, so pretexto de que no valía la pena. Sin embargo, un presentimiento extraño me decía que mi amigo corría peligro, y aunque mi acción podría calificarse de demasiado previsora, elegí algunos hombres de mi entera confianza y salí con ellos á encontrarlo, haciendo un semicírculo por el pie de la colina que se le había ordenado remontar. No bien llego al otro lado, oigo las detonaciones de las armas de fuego y á lo lejos distingo los fogonazos que las producen. Mi presentimiento se había, pues, realizado. Lanzo mi caballo á todo correr y llego al sitio del combate cuando mi amigo Guillermo y los pocos hombres que lo acompañaban estaban tan estrechamente acosados por el enemigo, que ya la lucha se hacía al arma blanca, cuerpo á cuerpo y uno contra diez...

—Y ya iba á sucumbir - continuó Guillermo, viendo que Roberto callaba—porque, aunque ileso de heridas, me iban faltando fuerzas, cuando, atravesando la doble hilera de mis encarnizados enemigos, llegó Roberto, quien, con un valor imposible de describir...

—¡Guillermo!..

—Se impuso inmediatamente. Su potente brazo no descansaba un momento. Cubrió con su cuerpo mi cuerpo y deshizo á nuestros enemigos que huyeron derrotados...

—¡Oh, mi buen Guillermo exagera!—replicó Roberto con su natural sonrisa—y cualquiera creería que está contando las hazañas de un héroe legendario. Los valientes paraguayos retrocedieron y huyeron, gracias á la inesperada cuanto enérgica carga que le llevaron los milicos que me acompañaban.

—Sea como sea—dijo Guillermo, estrechando de nuevo la mano de Roberto, -- desde ese día mi gratitud y mi amistad hacia él son profundamente sinceros.

—Gracias, Guillermo—respondió Roberto emocionado y, acentuando más la melancólica alegría de su rostro, repitió:—¡gracias! Yo no tuve nunca un amigo de tus condiciones, y hasta llegué á creer que nadie en el mundo pudiera interesarse por mi pobre existencia. Acepto con toda mi

voluntad, Guillermo, ese dulce nombre que me das tan sinceramente.

—¡Oh Roberto—le dijo Julia, con cariñosa emoción, —á usted le debo la vida de mi Guillermo y á su gratitud amistosa se une la mía!

—Y la de toda mi familia—añadió don Federico.

—¡Ah, sí! —murmuró Mercedes, más conmovida que ninguno, pudiendo apenas contener la alteración que en su ánimo había producido aquel relato.—¡Sí! —repitió con voz entrecortada:—¡gratitud eterna para tan noble corazón!

Roberto sintió aquellas palabras como si un bálsamo divino aliviara de repente todos sus sufrimientos.

Las niñas volvieron al piano.

Las señoras mayores formaron nueva rueda, y entre los hipos y ponderaciones que aquel relato les produjera, sacaron á colación otros hechos de allá de los tiempos de la independencia, ó de la tiranía, en que sus novios fueron los héroes.

Y Roberto, aprovechando el instante en que nadie les observaba, preguntó á Mercedes:

—¿Nada más que gratitud?

—¿Y qué más, Roberto?—le preguntó ella á su vez, titilando, rápida como el relámpago, la respuesta en el fuego de sus ojos.

Roberto la contempló un instante como si tras aquella mirada quisiera leer en lo más profundo de su corazón: ¡Amor, Mercedes!

Mercedes bajó los ojos ante la elocuencia anhelante de los de Roberto, que la atraía, la fascinaba de manera tan poderosa, y:

—¡Dentro de un año, Roberto, dentro de un año!—murmuró.

Asistimos á otra ceremonia nupcial; pero hay en ella tanta falta de animación; de esas alegres manifestaciones tan naturales en ese acto, que se siente hasta en la atmósfera que se respira un «algo» de siniestro, de glacial, que más que una boda pareciera un entierro.

Son ellos, Mercedes y Roberto, cuyos pálidos rostros denotan sufrimiento latente.

No lleva Mercedes ya, como había prometido, aquel traje negro, negro como sus dolores; pero el blanco vestido de la novia, haciendo resaltar las sombrías huellas de su rostro, semeja la triste mortaja de la virgen. ¡Y qué aciagos deberían de ser los pensamientos que en ese instante vagarían en la mente de Roberto, cuando al tocar la realidad de una dicha que él consideraba la mayor de su vida, no ocultaba en su rostro las señales de una profunda contrariedad!

Julia, á quien Guillermo, su esposo hacía un año, nada la ocultaba, supo, por imprudencia de éste, que no había sido la contingencia de la guerra la que había herido de muerte á Manuel, sino el mismo hombre que iba á casarse con su hermana..., ¡matador de su amado! Desde ese día fué trocando su gratisimo afecto en mal disimulada aversión. Sin embargo, calló: nada le dijo á Mercedes, en

cuyo espíritu fué creciendo la pasión por «aquel hombre,» que se le presentaba siempre como la más acertada expresión de la noble caballerosidad, del afecto más puro.

«Misia» Pepa accedió á ese casamiento contra toda su voluntad y nada más que por complacer á su hija; pero Roberto la inspiraba un terror inexplicable. Por su parte, don Federico, que llegó á saber no eran muy abundantes los bienes de fortuna de Roberto, asintió á él con la mayor indiferencia y por las mismas razones de su «cuya.»

María se hallaba contrariada, pues al casamiento de su hermana no asistía la «selección» de la alta sociedad, ni las crónicas de los diarios habian dicho nada de ese «notable» acontecimiento.

El único semblante inconvencible era el de Federiquito. Para él era un hecho lógico y natural ó que fatalmente tenía que producirse.

Entre las demás personas se encontraba un hermano de Roberto, su padrino en ese trance: un hombre alto, seco, de mirada un tanto aviesa, de fisonomía poco simpática, pero irreprochable en sus externas manifestaciones.

La ceremonia se llevó á cabo. Forjóse el lazo indisoluble y Mercedes y Roberto fueron el uno del otro «para siempre.»

Aquel sí, en los labios de Mercedes, hizo estremecer á Roberto, que al pronunciarlo también, clavó en ella su mirada como si el rencor ó un sentimiento de ultratumba lo dominase en ese instante.

No bien el sacerdote los bendijo, consagrando el acto solemne, cuando Mercedes, arrojándose en los brazos de su madre y de su hermana Julia, dejó escapar sus lágrimas, sollozando, como si la hubieran herido en mitad del corazón.

Roberto observó aquel movimiento de la que ya era su esposa, y después de un instante de transiciones violentas, reflejadas en su rostro, pasó la mano por él, como si quisiera borrarlas, volviendo instantáneamente á sus ojos y á sus labios la sonrisa y la mirada vaga de siempre.

Después, tomó á Mercedes de la mano, estuvo contem-

plándola por un instante en silencioso arrobamiento, hasta decirle, con dulce y pausada entonación:

—Mercedes: ya que la suerte ha sido tan generosa para conmigo, que me ha deparado lo que más ambicionaba en la tierra; ya que al fin eres mía, yo te prometo y te juro, como he jurado ante Dios velar por ti, que todo mi anhelo, que todos los esfuerzos de mi vida, se consagrarán á hacerte dichosa.

—Roberto—la respondió ella,—quiera Dios que yo pueda «haceros» feliz.

Y Roberto besó la mano de Mercedes, haciendo un gesto de mal disimulado disgusto «misia» Pepa, volviendo Julia el rostro para ocultar su desagrado.

Y Guillermo, mudo, no tuvo ni siquiera una palabra de afecto para «el salvador de su vida,» para «su muy querido amigo Roberto ..»

Ni siquiera don Federico, el cual, una vez terminada la ceremonia, se dirigió á conversar con el otro O'Connor.

Ni María tampoco, que allá, de pie, junto al piano, lanzaba miradas de despecho, tocando maquinalmente, con un dedo, las marfiladas teclas del piano.

Sólo se oyó la palabra tranquila y reposada de Federico, quién, acercándose á Roberto y estrechándole la mano, le dijo:

—Ojalá que podáis cumplir vuestro juramento.

Roberto había vencido; ¡pero á costa de cuántos sacrificios, de cuántos sufrimientos y hondas penas!

En los grandes combates de la vida moral, difícilmente se sale ileso, aunque el triunfo nos envuelva en sus arrebatadores goces, y mucho menos si es el corazón el que lucha; mucho menos si se ha tenido que luchar como luchó Roberto.

Carácter indomable, pero templado por la más grande perseverancia y aconsejado por un espíritu sagaz, antes de obrar y de que sus naturales arrebatos lo dominasen, tenía la fuerza de voluntad suficiente de no manifestar, con abierta franqueza, sus hondos pensamientos, que velaba, casi siempre, con la vaga sonrisa de sus labios. Cuando él creía recibir una ofensa ó un desaire, pintábase en su rostro la duda, el disgusto, el bondadoso sentimiento que un «hombre de bien» manifiesta para llevar al ofensor el conocimiento de que ha obrado mal, mientras que en su fuerza moral ardía con furor el fuego de la ira. Era uno de esos seres que perdonan difícilmente una ofensa, ó mejor dicho, que no la perdonan nunca.

Poseía la rara cualidad de leer en el gesto y en la mirada de los otros aquello que pensaban, los afectos que pretendían esconder, sus intenciones...

No se escapó, por lo tanto, á su penetración, la mala im-

presión que causara á la madre de Mercedes, y la indiferencia de los demás. Convencido estaba de que, á la familia de la que ya era su esposa, no inspiraba verdadera simpatía.

Y aun la misma Mercedes; pero esto no podía, ¡no quería creerlo! La contemplaba á su lado, la estrechaba junto á su ser, y aquellos labios tan puros, aquellos ojos fijos en los suyos, anhelantes de amor, espejos de ternura, no debían sentir ¡Dudaría de todo, antes que de aquella mujer adorada, suya en sus pensamientos, suya en su alma!..

Pero... aquella repentina frialdad de Julia... Roberto no se engañaba: Guillermo le habría contado su duelo con Manuel; que él lo había herido de muerte, y Julia, ¡ah!, Julia, se lo diría alguna vez á Mercedes... Entonces se pondría á prueba el corazón de aquella mujer, en donde aun no estaría apagada la llama de su primer amor... ¿Empezaba á sentirse de nuevo ofuscado por los celos? ¡Celos de un muerto!.. ¡No podía estarlo .., no debía estarlo! Era ella, Mercedes, la mujer más virtuosa de la tierra... La duda sólo lo rebajaba á sus ojos... ¡No, mil veces no! ¡Creo y confío!—se dijo.—Olvidaremos los dos y seremos felices.

Después de su casamiento, Roberto pensó en la prosa de la vida: dirigió su pensamiento á su pequeña fortuna, confiada hasta entonces al cuidado de su hermano, hombre de negocios y uno de tantísimos idólatras del tanto por ciento. Tuvieron una conferencia y se mostraron tal para cual. No hubieron enojos, sin embargo, dudas, desagradados, ni ninguna manifestación discordante. Las cuentas estaban claras, en regla y se entendieron inmediatamente; pero el hermano miró con desdén aquel enlace que ningún provecho le reportaba á Roberto; pero qué le importaba á él. Que con su pan se lo comiera y en paz. Roberto recibió hasta el último peso de su pequeño patrimonio y después los dos hermanos se despidieron para volverse á encontrar cuando la casualidad ó los negocios les ponía frente á frente; no se odiaban, pero tampoco se amaban...

El tiempo transcurrió. Las visitas de la familia fueron

escaseando. Verdad es que ella—Mercedes—les correspondía de igual manera. Con pena llegó á tener el convencimiento de que sus parientes no estimaban á Roberto, sin poder, sin embargo, penetrar la causa de aquel cambio, especialmente en Julia. Ella notaba que Roberto trataba á ésta con desconfianza; que no le hablaba con la afabilidad de antes; que enmudecía en su presencia. Ajena completamente á la causa que habia operado ese cambio, creyó que ello fuera debido á delicadezas ofendidas; creyó mil otras cosas distintas; pero todas ellas lejanas, muy lejanas de la verdad. Sin embargo, Mercedes callaba y observaba. Esas pequeñas nubes solian disiparse cuando veía, con gozo, la conducta ejemplar de Roberto; esposo amante, sólo se alejaba de su lado para dedicar algunas horas á un porvenir social. Para ellos, no habia paseos ni distracciones fuera del hogar; no habia más panorama que recreara el ánimo que el que les ofrecía su casita. Allí eran dichosos, completamente dichosos... ¡Mercedes iba á ser madre!.. ¡Cómo se encantaba con esa inmensa felicidad!

Una vez que fueron á visitarlos «misia» Pepa y María, ésta le dijo:

—Yo no sé, Mercedes, cómo pueden ustedes vivir de esta manera y sin hastiarse de no ir á ninguna parte. Siempre encerrados aquí, solos... ¡Jesús, qué vida más zonzona!

Roberto, que la oyó, le contestó bruscamente:

—¿Acaso nos hemos casado para exhibirnos, María?

María, que no esperaba esa aspereza, miró sobresaltada á su cuñado y replicó de la misma manera:

—No; pero tampoco creo que nadie se case para huir de la gente.

—Cuando tú te cases, María—la dijo Roberto, con mayor acritud y ya irritado,—harás de tu esposo lo que te dé la gana

Mercedes lo miró á su vez con sorpresa; nunca se habia manifestado con tan brusca franqueza y falta de consideración hacia su hermana.

Por su parte, «misia» Pepa se puso livida, y sin contes-

tar palabra á «eso» que ella consideraba un insulto por parte de un hombre «que la tenía preparada,» salió al patio, llamó á Maria, y despidiéndose de Mercedes con un movimiento de cabeza que queria decir:— ¡Ya lo decía yo! —marchóse acompañada de Maria, que salió murmurando:

—Nunca me hubiera imaginado que un «gentleman,» descendiente de los O'Connor de Irlanda, se convirtiera en un «guarango». Creo que hemos emparentado muy mal, mamita. ¡Pobre Mercedes!

Y Mercedes, cuando quedaron solos, no pudo reprimir sus lágrimas y lloró, diciendo á Roberto:

— ¿Por qué has tratado de esa manera á mi hermana?

—¿Por qué, Mercedes? ¿Pero no has comprendido que ninguno de tu familia me quiere?

—¡Oh, no digas eso, Roberto, que me haces daño! Eres tú el que no los quieres á ellas.

—Si te empeñas.. , bien puede ser—la contestó Roberto despreciativo.

—¡Roberto..., querido Roberto!..—exclamó Mercedes, conteniendo apenas sus lágrimas.

Roberto se acercó á ella; tomola cariñosamente entre sus brazos, y estrechándola así, la dijo:

—¿Pero no ves, vida mía, que no hay más mundo para mí que tú y que con tu amor me importa nada lo que me rodea?

Mercedes echó los suyos al cuello de su esposo, y en un sollozo de dicha, le contestó:

—Sí; nuestro mundo somos nosotros dos y... ¡nuestro hijo, Roberto mío!

Estuviéronse mirando arrobados el uno al otro, y acercando sus rostros, ¡confundieron en uno dos besos y dos lágrimas!

XII

Doble hilera de lujosos carruajes, tirados por soberbios troncos, manejados por empingorotados «factones,» se hallaba frente á un semipalacio, del que se escapaban torrentes de luz por balcones y puerta, de la que salían y entraban y ante la que había un mundo de gente. Los unos, con traje de etiqueta; los otros, con distintos trajes. Aquellos, convidados á la fiesta; éstos, curiosos de calle, aumentaban el número de los de la vecindad, que en puertas y ventanas comentaban el suceso con elogios hiperbólicos.

— ¡Qué familia más distinguida! — decían entre los unos.

— ¡Da verdadero tono de distinción al barrio! — exclamaban entre los otros.

— ¡Si ahí no viene sino «la crême» de la alta sociedad!

Y cada convidado que entraba y cada regalo que pasaba duplicaba los puntos de admiración.

Y seguían llegando carruajes, que se detenían en la puerta del semipalacio un momento, mientras bajaban de ellos los conducidos, retirándose de allí para dar lugar á otros que llegaban...

Entre aquellos vehículos los había de todas clases, formas y edades: desde la berlina al cupé, desde la victoria al milord. Los unos propios, y eso se conocía inmediata-

mente; los otros aparentaban serlo, pero también se conocía que no lo eran.

¿De qué fiesta se trataba? Nada menos que del bautismo del hijo de uno de los más ricos comerciantes bolsistas. Aquello debía ser regio, dándole publicidad con bailes «ambigü» y sobre todo con «crónicas» en los diarios, aunque todavía no se había «inventado» la importantísima sección titulada «vida social.» ¡Una gacetilla ó «crónica,» como entonces se decía, sonaba tan agradablemente en los órganos auditivos de.. los vanidosos! ¿Sonaba? .. ¡Y aun suena y sonará! ¡Cuántos hay que por conseguir esa «distinción» fueron, son ¡y serán! capaces de los mayores sacrificios! «¡Vanitas, vanitates, etc., omnia vanitas!»

Pues... se trata del bautizo del segundo hijo del muy rico é influyente caballero don Guillermo***, esposo de la muy bella señora Julia Leiva de***.

Ante el cúmulo de «presentes» é invitados, y ante la perspectiva de interesantes gacetillas ofrecidas y aun preparadas de antemano, María, la tontuela ingenua, estaba marcada de orgullo. Aquel era el «centro» que ella ambicionaba... ¡Pobrecita! ¡Pobre flor que vería abrir sus hojas á la luz del día y seca de perfumes en su alma sólo encontraba placer en los falsos oropeles!..

Allí estaban todos nuestros conocidos, menos Roberto y Mercedes.

Aquellos oficiales que encontramos en la tienda de campaña de Roberto y que fueron padrinos del duelo con José Juan Pérez, también estaban allí; pero...—y debe suponerse,—con distinta apostura, cambiado el traje del militar y las maneras del campamento por el etiquetero frac, por botita de charol de lo de Bernasconi, guantes de Jouvin, blancas pecheras de fino hilo de Holanda, donde brillaba el grueso solitario. Y en vez de aquellas barbasas y aquellas melenas y el cutis ennegrecido por la pólvora, esmerados afeites y odoríferas esencias ..

Jiménez, aquel que tenía mano de dama, según Roberto, era hijo de un rico estanciero santafesino y sabía gastar admirablemente la fortuna de su padre.

Carlos, el del rasguño en la frente, aturdido y fanfarrón, hablador por hablar, sin dar valor á sus palabras, que lo mismo producían un agravio que un elogio, era sobrino de un gobernador de provincia lejano y emparentado con un diputado nacional, con tonada, por lo que, no en mérito á sus luces, que ni brillaba ni pecaba por idoneidad en nada de provecho, desempeñaba uno de esos empleos de buena renta, creados para saciar á aquéllos y cuyo desempeño era tan fácil, que sólo se requería para ello ponerse bien el lazo de la corbata, tomar postura á la puerta de la confitería del Aguila, hacerse servir muchas tazas de tila por los ordenanzas, convidando con ellas á los amigos de farra y tener el convencimiento de que se vale algo á la sombra de cualquier personaje político. Por otra parte, el fanfarrón Carlitos era, aunque su hoja de servicios no estuviera muy limpia, nada menos que guerrero del Paraguay de «verdad», porque los hay y los ha habido que, aunque figurando como tales, jamás salieron de la Metrópoli, ó si salieron fué como simples espectadores ó por breves momentos.. Y después... ¡déle entorchados, charreteras y medallas!..

La orquesta sonó y en veloces giros moviéronse cien parejas.

¡El baile! Costumbre que nos viene desde los tiempos prehistóricos y que el «Monsieur Todo el Mundo» acepta y practica como cosa necesaria y natural... ¿No habéis tenido la curiosidad de taparos los oídos y observar ese «mare mágnum» que se mueve, que bulle, que se estrecha, se choca, se separa, se atrae, se confunde, se dilata, brega, fuerza, cansa, rinde é impasible se detiene, de pronto, como tocado por un resorte cuando la música cesa?

Hallándonos en una casa de locos, acompañados por un amigo, sordo como una tapia, éste se reía al ver á aquellos infelices haciendo gestos y contorsiones, correr, saltar, dar vueltas, alzar los brazos, mover la cabeza, el cuerpo, y confundirse los unos con los otros en giros desordenados y decía:—Me parece ver á la «Humanidad» bailando.

¡Bailan! ¿Y quién se acuerda del bautismo? ¿La madre, los amigos, los parientes? Eso dura un instante, mientras llevan al niño con ringorrangos y el cura lo bendice y lo constipa en la crisma y le abre la boca con un dedo no muy limpio y le pone sal en la lengua y el niño hace pucheros y llora...

—Rece usted el «credo»—le dice el «páter,» muy formal, al padrino.

Y el padrino dice para sí:—¡El «credo!» ¿Qué será eso del «credo?»—Y hace como que lo sabe y hace como que reza, mientras la una dice:—¡Qué hermoso!, refiriéndose al chico, no al padrino.—Y los otros añaden:—¡Es el retrato de su madre!—Y los ojos del padre.—«Va á tener la boca de la abuela.»—Y la frente del tío. ¡Y siguen repartiendo las facciones del chico, como si el pobre angelito fuera obra de todos sus parientes y no de .. Dios!

¡Termina la ceremonia y se le acuesta al niño, que se duerme ó no se duerme hasta que le dan «aquello,» para que nadie se vuelva á acordar de que aquella fiesta es para él y por él!

El vals ha terminado y ahora va la cuadrilla: las parejas se preparan y se hacen la «vis-á-vis.» En torno de varias niñas se encuentran Jiménez y Carlos. Este acompaña á María y Jiménez á una amiguita de ésta.

—¿Aún dura la luna de miel?—le preguntó Jiménez á María.

—¿Quién?

—Merceditas.

—¡Ah, sí!—respondió María con cierta indiferencia despectiva.

—¿Por qué no ha venido esta noche?—preguntóle la amiguita.—¿Está enferma?

—Creo que no.

—¿A quién se refieren?—preguntó Carlos.—A Roberto .. ¡Bah, no es extraño que oculto á la bella Mercedes. Debe ser celoso y por eso no la habrá traído...

—¡Pero á casa de su familia!—dijo la amiguita maliciosa.

—Es muy ridículo eso de ser celoso—continuó Carlos, convencido de que estaba ocurriendo.—Si yo me llego á casar no lo seré nunca. Verdad que yo...—y se irguió, tosiendo con petulancia y mirándose á un espejo que tenía enfrente.

—Ahí viene Guillermo—dijo Jiménez.—Che, Guillermo, ¿por qué no ha venido Roberto?

—Iba á venir—contestó Guillermo, como si le disgustara la pregunta;—pero me ha escrito diciéndome que no puede, porque Mercedes se encuentra indispuesta. Como se halla tan delicada...

—¡Ah!, es verdad: «de-li-ca-da»—recalcó Carlos riendo; —«delicada.» Las señoras lindas como Mercedes no deberían estarlo nunca..., ¿verdad?—Y como había terminado la cuadrilla ofreció su brazo á María, la que al aceptarlo y seguir con él, le dijo:

--Si Mercedes no viene es sólo por los caprichos de su marido...

—¡Oh!—exclamó Carlos; --¿Roberto es caprichoso con su mujer?.. Un marido caprichoso... Pues entonces ¿qué se deja para los amantes?

María, como tocada por una pila eléctrica, sorprendida y rojo el semblante por la vergüenza que aquella inesperada expresión la produjera, soltó el brazo de Carlos y fué á tomar asiento junto al círculo de «misia» Pepa, murmurando:

— ¡Qué guarango!

Por su parte, Carlos, creyendo que la acción rápida de María era de natural impulso, no le dió importancia y se dirigió al comedor, acompañándolo otros amigos. Allí pidieron dulces y licores y Carlos se propuso brindar por...; pero al levantar la copa hizo un gesto como si le hubiera dado hipo y prorrumpió en carcajadas mal contenidas, llamando la atención de los que allí estaban.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué tienes?—le preguntó uno de aquellos amigos.

—Tengo que...—y lanzó otra carcajada que se convirtió

en risita burlona—me estoy acordando de los celos de Roberto.

—¡Roberto celoso!..—exclamó otro de los que le acompañaban, sirviéndose la tercera copa de Jerez

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó aquél, sirviéndose en su vaso de una botella de Oporto como si fuera agua.

—Me lo ha dicho..., me lo ha dicho... Nadie me lo ha dicho; pero lo supongo.

—¿Por qué?

—Porque oculta á Mercedes de la mirada de nosotros...

—Pero si dicen que está muy adelantada. . .

—Qué adelantada. . , *delicada* se dice. Me gusta más la palabra, es más propia y más correcta—añadió Carlos apurando el vaso y pidiéndole al amigo que se lo volviera á llenar, con el gesto, mientras añadía:—Sostengo que Roberto es celoso, porque sin estar adelantada la ocultaba lo mismo.

—La luna de miel...

—¿Hasta cuándo? Y, por otra parte, no hay tal luna de miel, sino que como veterano en la «filfa» tiene desconfianza de las «delicadezas» de su mujer, vulgo «antojos»; tiene desconfianza de mis galanterías...

Un joven, al cual aun no le apuntaba el bozo, se acercó á él: era Federiquito.

—¿Y usted se llama amigo del señor O'Connor?

—Amigo..., amigo... Sí, somos amigos; pero...—continuó con su risita burlona—el ser amigo no importa para que yo no esté dispuesto á dirigirles galanterías y nada más que galanterías á las mujeres de los amigos... Una cosa es la amistad...—añadió, con malicioso cinismo, apurando el vaso de Oporto.

—Y otra cosa—le interrumpió Federiquito con desprecio—la chusma dogradada que tiene la audacia de rozarse con la gente decente.

—¿Eh? ¿Cómo ha dicho?—preguntó Carlos, aturdido y sin saber qué hacer con el vaso vacío que cambiaba de una á otra mano.

—¡Aquí tiene usted mi respuesta, miserable!..—respon-

dió Federiquito dándole un bofetón en el rostro con el guante.

Esta acción de Federiquito produjo la consiguiente confusión; pero como en ese instante no había damas en el comedor, no hubieron gritos ni desmayos.

—¿Un duelo?.. ¡Nol—decía Carlos, preguntándose y respondiéndose mientras sus amigos lo contenían ó se hacía contener por ellos.—Sería risible que yo me fuera á batir con un «chiquilicuatro» atrevido, con un mocoso. Déjenme. . que le voy á dar una «paleadura.»

Y mientras forcejeaba, ó hacía que forcejeaba para cumplir su amenaza, Guillermo, á quien se le había avisado de lo ocurrido, conversaba en voz baja con Federiquito y Jiménez.

Viendo que sus esfuerzos se debilitaban, los amigos soltaron á Carlos, que se fué directamente al grupo en que se encontraban aquéllos, cuando Guillermo se interpuso, diciéndole:

—Carlos, estás en mi casa, y no solamente has proferido palabras inconvenientes delante de una niña, sino que has ofendido gratuita y supuestamente á miembros que son de mi familia; me has ofendido á mí y espero que es conmigo con quien quieras «conversar.»

—Con vos no quiero nada, porque nada me has hecho, pero con ese mocoso...

—Pues entonces espero que no seguirás faltándome y que te retirarás inmediatamente de mi casa.

Y mirándolo fijamente, hizo una seña á Federiquito y salió con él del comedor.

Los amigos de Carlos, menos Jiménez, que observaba, rieron, mientras Carlos, desconcertado y haciendo muecas que querían ser sonrisas de desprecio, les dijo:

—Está bien; ¿pero ustedes creen que esto va á quedar así? Ni que lo piensen. ¿Qué se imagina ese zonzó que á mí me importa su baile? Ya procederé como corresponde. ¿Vamos?—añadió dirigiéndose á Jiménez.

—¡Vete solo á dormir la «mona,» imbécil!—le contestó Jiménez, volviéndole la espalda y retirándose.

—¡La mona!..—repitió Carlos más atontado aún.—La mona...—repitió, y dirigiéndose á otros de sus amigos, después de pedir su sombrero y sobretodo á un sirviente que se le habla aproximado, le preguntó:—¿Venís?

—No, che—le contestó éste.—Tengo un «camote» desesperado.

—¿Y vos?—le dijo á otro.

—¿Cómo quieres que deje el baile á lo mejor?.. Ni que lo pienses.

—¿Pues entonces acompañaré vos?—añadió, dirigiéndose al de más allá.

—Si fuera para volver te acompañaría; pero como tengo la seguridad de que con lo que te ha pasado vas derecho á meter «bochinche» á otra parte y yo tengo que llevar á manita á casa...

—¡Oh, qué embromar!..

—¡Es que sos muy comprometedor! Convéncete, Carlitos...—le dijo su amigo en tono de chunga.

—¡Váyanse al diablo! ..—exclamó Carlos poniéndose el sobretodo y el sombrero; y apurando un nuevo vaso de Oporto, le echó el último vistazo al salón del baile y se fué cabizbajo, mientras los demás esperaron á que se fuera para reirse á sus anchas del «papelón» aquel...

A un baile se va..., en primer lugar... á bailar (se supone); en segundo lugar, «á pasar el rato», y en tercero, á observar. Y hay observadores que van á los bailes á quienes no se les escapa nada de lo que en los bailes ocurre. Les basta una simple mirada para «adivinar» lo que dice «Fulano» á «Mengano», «Zutano» á «Perengano» en el gesto del rostro, en el movimiento de los labios, en la expresión de los ojos. Son «ellos» los que «planchan»; son «ellos» los «rezagados», que suelen convertir, y no suelen, sino que convierten en taller de confección la sala, y... «tijera» por aquí y «pespunte» por acá, hacen trajes á la «minuta» á éste, á aquél, á las de más allá.

Dios sabe cómo y de qué manera se supo; pero lo cierto

es que no había concluído de acontecer lo ocurrido entre Federiquito y Carlos, cuando ya se hablaba en la sala de ello.

—¡Y qué bofetón tan fuerte le dió!

—¿Y por qué ha sido? ¿Por qué fué?

—Porque dicen —siempre «el dicen»— que ese Carlos, que es un calavera, habló de ciertos amorcillos que ha tenido con Mercedes...

—¡Qué imprudente! ¡Delante del hermano!..

—Había tomado una copa de más.

—¡Qué nos cuenta!.. ¡Con Mercedes!.. ¡Qué mosquita muerta! Pero, ¿á cuántos ha querido esa muchacha?

—Y se le deslizaron algunas palabras imprudentes...

—¿Imprudentes?

—O poco menos Parece que Roberto no la ha traído al baile por eso.

—¡Oh, luego era cosa seria!

—Así parece...

Y seguían las murmuraciones, corriendo el «venticello» como cefirillo juguetón..

Y mientras el baile y la murmuración continuaba, en una pieza apartada se encontraba Guillermo, tratando de eludir las preguntas que, sobresaltadas, le dirigian Julia y «misia» Pepa.

—Dime la verdad: ¿qué ha habido?

—Nada, Julia, nada.

—Tú nos engañas, Guillermo—agregó «misia» Pepa.

—Le digo á usted que no es nada, mamá. Un amigo que se ha propasado bebiendo, por lo que me he visto precisado á pedirle que se retirara.

—Hablan de duelo entre tú y él.

—¡Ni pensarlo!

—Sí—añadió «misia» Pepa;—tú, por defender á Roberto, á ese hombre fatal que se nos ha introducido en la familia.

—¿Con que ha sido por «ese hombre?..»—preguntó Julia sobresaltada.—Ese hombre aborrecible ..

—No pensabas así «ayer», hermaná mía—repuso Fede

riquito, que en ese instante estaba en aquella habitación buscando á Guillermo.

—No pensaba así ayer—repuso Julia, con expresión enconada;—¡pero hoy sí! Mis motivos tendré para ello —añadió, dirigiendo la sonrisa significativa á Guillermo.— ¡Aborrecible y muy aborrecible!

—Sí—añadió «misia» Pepa, apoyando con el gesto y la voz las palabras de Julia,—¡aborrecible! Ya verán ustedes como ese hombre nos ha de dar qué sentir.

Añadiendo, sentenciosamente, la tan repetida frase en novelas y melodramas:

—¡El corazón de una madre no se engaña!

;

XIII

Salimos de los bulliciosos y confortables salones del afortunado comerciante don Guillermo*** sin temor de que los pulmones, semiasfixiados por la pesada atmósfera que hemos estado aspirando toda la noche, se nos congestionen al cambiar de temperatura.

Sigamos por esas calles, dejando tras nosotros á los lacios convidados, que se hacen conducir á sus moradas en sus abrigados carruajes, en los que, descansando en los mullidos asientos y testers de las fatigas y el cansancio que el placer les ha proporcionado, dormitan hasta llegar á sus distintas viviendas. Y aunque dicen que las substancias acríformes de que se llena el espacio en las primeras horas de la mañana suelen dañar al que las aspira, es de creerse que ese es un cuento inventado por algún perezoso que, no «pudiendo» levantarse temprano, deseó que los demás imitasen su ejemplo. Y para convencer el género humano, le habló de los gases que exhalaban tales y cuales plantas y de la descomposición del oxígeno y del hidrógeno y de la separación del aire. Y agregan que al aspirar el uno demasiado, produce la muerte, y que el hacerlo con el otro en menos cantidad, quita la vida. Sea como sea, la verdad es que ningún ser humano aspira mayor cantidad de lo que exhalan las plantas, ni se levanta más tem-

prano que el modesto labrador, y digan los que duermen en mullido lecho y se despiertan y aspiran los aires de las calles, á la hora en que el humilde artesano es llamado al descanso del mediodía, si no envidia la salud y los pulmones de aquél.

Seguidme, pues, y no temáis á los gases deletéreos de la mañana, que la muerte vendrá... cuando Dios quiera, como aseguran los fieles creyentes, que no creen en la fatalidad. Vamos á caminar algunas cuadras, porque adonde nos dirigimos, la distancia es larga: desde el aristocrático barrio del Noroeste al del plebeyo Sudoeste lejano. Salimos de una gran casa, en donde el lujo y el bullicio del buen tono os habrá aturcido, y vamos á penetrar en una modesta y solitaria casita. Sus habitantes acaban de dejar el lecho cuando los de aquélla van á tomarlo. Así es el mundo: unos vienen y otros van.

Es Mercedes, la que, apoyada en el brazo de Roberto, acaricia y riega las flores que adornan el primer patio y las da nombres caprichosos, como si cada una fuera para ella símbolo de su bienaventurada vida de esposa. Sonríe y coloca su mano en el hombro de Roberto, á quien mirando fijamente le pregunta:

—¿Eres feliz?

—Sí, muy feliz, porque tengo la convicción de que me amas.

—¡Mucho, Roberto mio! ¡Eres tan bueno conmigo! —y la voz de Mercedes timbraba con sonido melancólico.

—Sin embargo, quisiera serlo más—añadió Roberto.

—¿Sí? —preguntó Mercedes, sonriendo.—Pues podrías serlo. De ti depende...

—¿Cómo? —preguntó Roberto, sorprendido.

Mercedes bajó un momento la cabeza, como si reflexionara; luego levantóla y repuso:

—Más de una vez me has dicho que tu voluntad es inquebrantable y que basta que te propongas una cosa para que la consigas; que serías capaz hasta de perder la vida si no consiguieras lo que tu voluntad desea.

—Jactancias de momentos locos; de esos momentos en

que tú me enloqueces y no sé lo que digo...—contestó Roberto, con burla aparente.

—Sin embargo, Roberto mío, yo soy una prueba de la fuerza de tu voluntad.

—Cierto—repuso Roberto, maquinalmente.

—Y nunca pensé quererte lo que te quiero—añadió Mercedes con apasionada coquetería.

—Porque quisiste á otro—articuló Roberto, vagamente y sonriendo.

—¿A qué recordar eso?—preguntó Mercedes, cambiando el gesto de su fisonomía con estremecimiento nervioso.

—¿A qué?—repitió Roberto, mirándola fijamente.

Mercedes palideció; pero reponiéndose en seguida, desafió la mirada investigadora de Roberto, sin pestañear, fijos sus ojos en sus ojos.

—Y bien, Roberto—le dijo después con el semblante severo;—mírame, lee en mis pupilas y en las niñas de mis ojos lo más recóndito de mi alma. Aquí estás tú—añadió, señalando su corazón;—aquí tú, rodeado con la aureola de nuestra felicidad presente, vislumbrando un porvenir de dichas; pero te pido que no me vuelvas á mirar de esa manera si no quieres hacerme desgraciada—añadió con acento conmovido.

Roberto volvió á soureir.

—Pero qué, ¿mis miradas—dijo con frialdad glacial—han llegado á asustarte? ¿Te pasará ahora á ti, lo que á tu familia?.. ¿Estás arrepentida de haberte unido á mí?

—¡Roberto, por Dios, Roberto!..—exclamó Mercedes, mirándolo con medrosa desesperación

—Mercedes, ¿qué quieres de mí para que sea más bueno de lo que soy?—preguntóla Roberto, cambiando de tono y acentuando sus palabras como si ellas fueran la expresión de un cariñoso reproche.

La sirvienta se presentó trayendo el servicio de te Mercedes, en silencio, cogió una taza y se la presentó á Roberto. Roberto la tomó y, distraído, aparentemente, movió la cucharita como si derritiera el azúcar. Mercedes lo estuvo observando un instante; luego, cogiendo la otra taza, des-

pidió á la sirvienta con el gesto y, volviendo á acercarse á él, le dijo:

—¿Te has disgustado?

—¡Qué esperanza, Mercedes! Estas son niñerías—contestóla él con su más cariñosa expresión.—Es necesario que nos dejemos de ellas. Olvidémoslas para siempre. Quieres que sea más bueno de lo que soy y tengo todos mis deseos empeñados en satisfacerte. Habla, y haré lo que tú quieras.

—¿De veras?

—De veras.

Después de un momento, Mercedes, se atrevió á decir:

—Yo no sé de dónde habrá dimanado la separación de afecto entre tú y mi familia. Hace tiempo que lo vengo notando.

—¿Si?..—preguntó él con indiferencia aparente.

—Sí y sobre todo Julia, que siempre me habló de ti con amistad sincera, con el mayor interés; que te elogiaba á cada instante; que te hacía aparecer á sus ojos como el hombre más interesante.

—Veleidades de mujer, querida Mercedes.

—Pero es que también he notado en ti cierto despego por ella y por Guillermo. Tú, antes tan amable, tan respetuoso con mi madre y con mi hermana María, las trataste la otra tarde de manera tan brusca, que se fueron enojadas.

—Tal vez fastidiado de sus palabras, las habré dicho alguna impertinencia

—Y hasta papá...

—¡Oh, en cuanto á tu padre, no es extraño! Los suegros y los yernos no suelen tratarse con mucho cariño.

—Pero, ¿qué hay, Roberto?—concluyó Mercedes, pretendiendo hacer lo que él había hecho antes: leer en su mirada el fondo de su conciencia; pero Roberto disimulaba magistralmente cuando quería y, encogiéndose de hombros, repuso con fría sorpresa:

—¡Pero... nada, Mercedes, nada!

—¿Y si yo te pidiera que con el poder de tus palabras y

acciones, los atrajeras de nuevo á nosotros; que volvieran á tratarnos como antes; que yo volviera á tener á mi lado á mis padres, á mis hermanos, sin que te causara disgusto?.. Porque estoy segura de que nuestras amigas, las amigas de mi familia, que es la tuya, Roberto, han de extrañar este alejamiento, esta separación que enturbia nuestra dicha.

—Lo tomas con tanto calor y tanto interés demuestras —dijo Roberto con burlona sonrisa,—que estoy temiendo...

—¿Qué?

—Que son «antojos» tuyos, mi querida Mercedes—añadió riendo.

—Si te burlas...—dijo ella, contrariada y bajando la vista.

—No, amor mío, no; basta que tú lo quieras. Yo te acercaré de nuevo á tu familia hasta donde sea posible.

—¡Ah, gracias, Roberto, gracias una y mil veces!—exclamó Mercedes, y, con transportes de vehemente alegría, lo besó en los labios.

Un espíritu prevenido y observador hubiese notado el poderoso esfuerzo que Roberto tuvo que hacer para contestar así á Mercedes. La separación de «esa» familia de su hogar, era como si le quitaran de encima un peso enorme; pero, por otra parte, su orgullo, su amor propio, reprocharían su debilidad si no sabía afrontar las consecuencias de lo que resultase con las revelaciones de Julia; revelaciones que indudablemente vendrían con las nuevas intimidades. Y era lógico suponerlo como él lo suponía: él, por su dignidad propia, por su altanería ingénita, no subordinaría su carácter, esclavizándose á la voluntad de Julia, por evitar que ésta dijese á Mercedes que él era el matador de Manuel. ¡Eso no! Si por Mercedes lo hirió, fué exponiendo su vida en lucha leal y noble, como le constaba al mismo Guillermo. Por último, Roberto, mientras tenía en sus brazos á su amante esposa y la besaba en la frente, la dijo cariñosamente:

—Puesto que tú lo quieres, ellos vendrán á ti y.. ¡ojalá

que nunca volvamos à tener disgustos por esa nueva intimidad!

¡Y los dos parecían dichosos; pero con una de esas dichas sugestivas de un «algo» que oprime, que entristece, que desconsuela!

XIV

Ese mismo día, y á indicación de Roberto, Mercedes mandó llamar á «misia» Pepa, en una expresiva carta, so pretexto de su próximo alumbramiento.

La buena señora, que tenía por su hija un cariño entrañable, se apresuró á acudir á su llamada ese mismo día, acompañada de Julia.

Estando juntas las tres, y después de enterarse de que no era tan urgente ni tan necesaria su venida, le dijo «misia» Pepa á Mercedes:

—¡Ay, hijita, y qué susto nos has dado! Creyendo que ya negaba el momento nos levantamos, porque recién nos acostábamos después del baile de anoche... ¡Bendito baile!

—¿Ha estado bien, Julia?—le preguntó Mercedes.

—¡Admirable, hija!—se apresuró á contestar «misia» Pepa,—y si no hubiera sido por un contratiempo...

—¿Sí? ¿Qué fué?

—Un disgusto insignificante—dijo Julia, tratando de que «misia» Pepa no continuara dando detalles.

—¡Insignificante!.. —replicó la anciana.—¡Ni que lo pienses, Mercedes! Federiquito tuvo que darle una bofetada á un mozo que se atrevió á... Guillermo echó al mozo... Se creyó que iba á haber desafío...

—¿Y por qué se atrevió Federiquito á abofetearlo?.. —preguntó Mercedes.—El, tan comedido, tan prudente y tan

callado siempre... Muy grave debió ser lo que aquel mozo diría. Cuéntemelo—añadió, dirigiéndose á las dos.

—Pues sí, hijita, es muy grave—repuso «misia» Pepa, á quien se le salían las palabras de la boca como si la imprudencia las empujara, no haciendo caso de las disimuladas y significativas señas que Julia le hacía para que callara.—¿Y qué tiene que lo sepa si ya lo sabe todo el mundo?

—¿Y qué sabe todo el mundo, mamá?—preguntó Mercedes sonriendo y muy ajena de sospechar «lo que todo el mundo sabía»—Yo formo parte del mundo y nada sé.

—¿Y qué has de saber tú, infeliz, encerrada en estas cuatro paredes? Justamente por eso empezó todo el barullo... ¿Está tu marido?

—No..., mamá... ¿Conque... fué por «eso?»

—Sí, hijita mía; unos mozos se pusieron á hablar en el comedor...

—Mamá...—la dijo Julia.

—Déjala que hable, ya que no lo haces tú...

—Pero si no merece la pena...

—No importa.

—Pues sí, hijita; unos mozos se pusieron á hablar en el comedor de lo encarcelada que te tiene tu marido; de si es un celoso, que no le mereces confianza.

—¿Eso dijeron?

—¡Y mucho más! Usaron de bromas pesadas, y el peor de todos fué uno que se llama amigo íntimo de tu marido, muy amigo, á quien Federiquito se vió obligado á darle el bofetón. ¡Figúrate las cosas que diría!..

—¡Pero esos hombres son unos infames! exclamó Mercedes exaltada.

—Eso he dicho yo...—repuso Julia, tratando de tranquilizar á su hermana.

—¡Calumniadores! ¿Qué les importa á ellos que yo vaya ó no á los bailes y reuniones? ¿Soy, acaso, esclava de la sociedad?—preguntó Mercedes, demudado el semblante por la indignación.

—No, Mercedes; no, hermana mía, y si te retiras de

ella es porque quieres y nadie tiene derecho á criticár-telo.

—¡Pero nos critican á nosotros!—dijo «misia» Pepa con una acritud chillona.—Es muy justo que se extrañen de no verte á nuestro lado. Preguntan, indagan si estamos reñidos, si no te llevas bien con nosotros, si estás enferma ó si estás enojada con tu marido. Todo eso es muy justo, muy natural. ¿O vivimos ó no vivimos en el mundo? Que hicieras la tontería de retirarte y ponerte luto cuando murió Manuel, á quien ya mirabas como á tu esposo, aunque no era de mi agrado que lo hicieras, pase; la sociedad encontraba eso romántico y nada más; pero una niña que hace poco menos de un año que se ha casado «á su gusto» y con un hombre que, según dico, quiere retirarse así, esconderse de todos, da qué pensar y mucho. El pobre Manuel, si no hubiera muerto, te hubiera hecho más feliz.

—¡Y si yo soy feliz, muy feliz!..—repuso Mercedes, pudiendo apenas contener los sollozos que la ahogaban.—Si Roberto me ama y yo lo quiero con todo mi corazón... Si yo al casarme ha sido para ser suya..., toda suya..., ¿por qué se empeñan en que sea también de esa sociedad egoísta é indiferente, cuya infame chismografía, cuya atmósfera se desata y se esparce tan sólo para envenenar el alma? No, mamá, no...; ¡déjeme usted, ya que tanto me quiere, complacer al que es mi esposo!..—y Mercedes dejó escapar sus lágrimas.

—Vamos, Mercedes, no te aflijas...—le dijo su hermana abrazándola.

—No, mamá; no, Julia; esto no es nada. Llevo tantas lágrimas vertidas, que ya se ha hecho en mí una costumbre llorar por cualquier cosa. Perdónenme... Os he mandado llamar justamente, porque Roberto y yo hemos extrañado hace tiempo la frialdad con que lo tratáis...

—¡Roberto ha extrañado!—exclamó Julia con sorpresa observadora.

—O mejor dicho, yo, solamente yo—enmendóse Mercedes,—he extrañado eso despego, y principalmente en ti, Julia.

— ¡En mí! — exclamó su hermana, cambiando la expresión de su sorpresa.

— Sí. Tú que tanto me hablabas de él; que tanto lo admirabas, al extremo de que si no hubiera tenido la seguridad de tu amor hacia el hombre que hoy es tu marido, hubiese creído que estabas enamorado de él.

— ¡Mercedes! — exclamó Julia indignada.

— Ese cambio tan repentino..., esa transición tan violenta... ¿Crees que no lo he observado bien?.., ¿que no te he visto?.., ¿que no me ha sorprendido y que no he sentido profundo dolor al notar tu variación completa?

•Misia• Pepa se levantó, diciendo:

— Bueno, seguid conversando no más, que yo voy al comedor. Con la prisa de venir, no he tomado ni un poco de caldo y estoy muy mal del estómago...—y siguió hablando para sí en voz alta, mientras iba desapareciendo por las piezas interiores.

Julia había palidecido y trataba de rehuir la mirada investigadora de Mercedes.

Mercedes tomóla de la mano y, atrayéndola á sí, la dijo:

— Muy serio debe ser lo que hay entre las dos cuando así me ocultas la mirada. Mirame, Julia, y dime lo que hay. Sé tú más franca que Roberto.

— ¿Luego, Roberto aun no te ha dicho nada?—la preguntó Julia, levantando los ojos y fijándolos en su hermana.

— ¡Él!.. ¿Qué me ha de decir?.. ¡No, nada!—y Mercedes la observó más fijamente, mientras Julia volvía á dirigir la vista á otra parte, eludiendo las miradas de su hermana.

Mercedes la estuvo observando un momento. Mil encontradas ideas cruzaban por su imaginación, hasta que, por fin, «una,» la más dolorosa, heló su sangre y paralizó su lengua. Después, agitada, temblorosa, exclamó:

— ¡Ah, sí, ya sé! . No te atreves á decirme lo, porque es un crimen, un espantoso crimen .. Roberto, en un momento de fascinación, llevado por la fuerza de un sentimiento irresistible, te ha dicho que... ¡te amaba! . ¡Ah, eso es ho-

rrible!.. ¡Es horrible!..—exclamó Mercedes, con precipitada excitación.

— ¡Jesús! ¡Qué has dicho, desgraciada!—pronunció Julia, con una sorpresa asombrosa.

—Si no puede ser sino eso...—insistió Mercedes, sin hacer caso de la expresión de su hermana.

— ¡Mercedes..., calla!—exclamó Julia, espantada.

—Y tú, buena esposa, se lo has comunicado á Guillermo...

—No, no, te engañas...

—Y tú, buena hermana, no te has atrevido á decírmelo por temor de disgustarme.

—¿Estás alucinada?.. ¿Estás loca?..—le preguntó Julia, cada vez más excitada y sorprendida del giro que Mercedes había dado á sus sospechas.

—Y de ahí vuestra frialdad, vuestro despego—insistió Mercedes.

— ¡Te digo que no! ¡Te digo que no!—gritó Julia, ya en el colmo de la desesperación.

Mercedes se sintió á su vez asombrada y volvió á mirarla con penetración dominadora.

—Pues... si no es eso, has de decirme lo que es...—la dijo, acentuando sus últimas palabras.

—No puedo—replicó Julia, con voz apagada.

—Pues si no puedes, es «eso»—prorrumpió Mercedes,—y yo, tu hermana, te digo que haces bien en alejarte de nosotros y despreciarlo. Es un miserable y yo también...

— ¡No!—la interrumpió Julia,—yo no puedo en manera alguna consentir en que vivas engañada. Yo no puedo dejar que te atormente semejante idea, peor mil veces que la verdad.

—Pues entonces, ¡dila!..

—Me había jurado callar; pero ante la alternativa en que me colocas; ante la horrible idea que ha cruzado por tu imaginación, prefiero revelar ese secreto...

— ¡Habla..., Julia..., habla!..

—Sabe, Mercedes, que si me muestro desapegada y aun

repulsiva para tu marido, es porque Guillermo me ha contado...

—¿Qué?

—Que la herida que lo llevó á Manuel al sepulcro, se la causó Roberto en un duelo por ti.

—¡Eh, qué dices!.. ¡Roberto!.. ¡Ay, mil veces hubiese preferido lo otro!..

Ante semejante revelación, hecha por Julia con temeroso aturdimiento, Mercedes sintió que la sangre se le helaba en las venas para afluir, como torrente desbordado, á las arterias del corazón y de la cabeza. Un rayo que en día sereno hubiera caído cerca de ella; un negro precipicio puesto ante sus pies, no le hubieran producido impresión tan tremenda como inesperada. En un instante, en un segundo, la duda y la horrible realidad batallaron en su cerebro; pero venció la realidad y, no pudiendo soportar el golpe, cayó desvanecida.

A su grito había acudido «misia» Pepa.

—¿Mercedes?.. ¿Hijita?.. No lo dije .. ¡Si estaba en los días!.. Este no es sino el desmayo precursor... Si los conoceré yo... Llama á la sirvienta, Julia, y ayúdame á llevarla á la cama.

Pocos momentos después se hicieron necesarios los servicios de la partera, y cuando llegó, ya estaba allí toda la familia de Mercedes.

Roberto, que también había llegado, y que, ajeno completamente á la revelación de Julia, no se movía de la cabecera de la cama de Mercedes, la dirigió palabras cariñosas para infundirla valor.

Mientras tanto, «misia» Pepa iba á las otras piezas y volvía á la sala, donde se encontraba don Federico y su hijo, Guillermo, Julia y Marla, trayendo á colación como era su tema favorito «hechos semejantes» y dando órdenes y disponiéndolo todo.

—Pero, mamá—le dijo María en voz baja y como si sintiera asco,—¿qué hace «ese hombre» allí dentro?

—Es su marido, niña—le contestó don Federico,—y hace bien.—¿No es verdad, Pepa? ¿Te acuerdas de aque-

llos apuros en que yo me vi solo... sin que nadie..?

—Bueno, bueno, deja eso para después—le replicó «misia» Pepa.

Se oyó un grito de mujer y, tras él, el débil llanto de un niño: Mercedes era madre. «Misia» Pepa, que acudió inmediatamente, volvió luego á calmar la ansiedad de los que estaban en la sala trayendo entre sus brazos al tierno infante, que todos se apresuraron á mirar.

—Es niña—dijo «misia» Pepa, transportada de emoción y de alegría.

—¡Niña!..—exclamó don Federico, con desdeñosa burla.

—Niña ó niño, ¿qué más da?—contestó Federiquito que fué el primero en besarle.

Guillermo y Julia mirábanse sin pronunciar palabra.

María se acercó, observó á la criatura recién nacida, diciendo, con cierta gravedad persuasiva:

—¡Es la misma cara de Mercedes!

Y, cuando Roberto, que no se había separado ni un momento de la cabecera de la cama en que se hallaba Mercedes, sufriendo al verla sufrir, comprendió que ya había desaparecido todo peligro; cuando poseído del mayor gozo, acercó su rostro al de Mercedes para depositar en él el más cariñoso de sus besos, ella, como impulsada por un instinto de repulsión imposible de contener, cerró los ojos estremecida y volvió hacia otro lado el rostro, como rechazando aquella caricia. Roberto la contempló asombrado, brillando en su mirada y en el gesto de su fisonomía el relámpago de la duda. Sus labios se contrajeron por la ira latente y, bajando la cabeza sobre el pecho, silencioso, sombríamente meditabundo, se alejó del lecho y se dejó caer en una silla, ocultando el rostro entre las manos. Es que había cruzado por su mente, como huracán que asuela, la sombra para él siniestra del que fuera el primer amor de Mercedes..., ¡la sombra ensangrentada de Manuel!

Desde la inesperada revelación que Julia le hiciera á Mercedes, ésta habia cambiado en sus manifestaciones de afecto para Roberto. Más que mujer amante y cariñosa, parecía una mártir, obediente á la voluntad de su verdugo. Roberto le causaba terror, mezcla de miedo y espanto. Sin embargo, exteriormente, nada habia cambiado. Su familia y sus amigos la veían demostrar por él el interés de siempre. Roberto, sin necesidad de preguntárselo, llegó á comprender que Mercedes no ignoraba ya la causa verdadera de la muerte de Manuel, y esperó, silencioso y taciturno, los resultados de esa odiosa revelación. No tardó mucho en conocerlos: Mercedes no le demostraba ya aquella pasión que lo atraía; en sus ojos no brillaba ya aquel fuego divino del amor! Nada le dijo, porque hubiera sido humillarse ante su propio orgullo: calló; pero su carácter fué trocándose, de suave y amable, en duro é imperativo; ya no era el esposo amante, sino el señor de la casa.

Exigió de Mercedes que frecuentara la sociedad; que acompañara á sus hermanas á los bailes y teatros, y Mercedes le obedecía en silencio, contrariando su propia voluntad. La familia de Mercedes extrañó el cambio y aun ella misma sintió, más que nadie, los bruscos procederes de Roberto; pero también ella callaba; rehuía las explicaciones, porque las temía.

Pasó algún tiempo y Mercedes tuvo otro hijo..., un varoncito; pero su esposo no se halló, como en su primer alumbramiento, á la cabecera de su cama.

Roberto se había lanzado, con impetu inesperado y hasta impropio de su modo de ser, á las operaciones mercantiles. ¿Quería olvidar así los inmensos dolores que tal vez lacerarian su espíritu? Aturdirse con las terribles sensaciones de la ruleta bursátil... ¡Imposible! ¡A cada instante se le presentaría Mercedes obediente, fría, apagada la dulce expresión de sus ojos, sin una palabra de cariño, sin un arranque de aquellos, íntimo, apasionado, loco, que lo transportaban á un cielo de ventura! Ella, Mercedes, la mujer de su alma, después de haberle demostrado el inmenso cariño de su corazón, cambió de pronto y trocó tal vez en odio su profundo afecto... ¿Y dónde se hallaba el móvil que así la impulsara? En el recuerdo de otro hombre, su feliz rival, muerto por él... y, á pesar de ello..., ¡triumfante aún en el corazón de aquella mujer! ¡Roberto se veía humillado, herido en su amor propio, poseído otra vez de la rabia de los celos!

Hallábanse una tarde en la casa de Roberto reunidos los parientes de Mercedes, menos Guillermo y María, que aun le guardaban rencor, cuando él entró y, después de besar á sus hijos, los saludó indiferente. Llegaba taciturno, y en su vaga mirada brillaban relámpagos de enojo y en sus labios una sonrisa irónica. Tomó asiento sin decir palabra, y colocando en sus rodillas á su hijita, como si nadie más estuviera allí, acarició los rulos de sus hermosos cabellos distraídamente. Con un movimiento nervioso levantóse y dirigióse al comedor, volviendo á presentarse poco después, para decirle á Mercedes, con frase adusta:

—«Señora,» es la hora de la comida y la sirvienta me ha dicho que aun no está dispuesta. Los pobres que vivimos de nuestro trabajo—aceptuó,—no podemos ni debemos aceptar este desorden.

Todos lo miraron con sorpresa, y especialmente Mercedes, la que, levantándose, fué á él para decirle en voz baja:

—Estaba con la familia y no podía disponer...

—¡La familia!—repitió Roberto en voz alta, irritado.—
La familia no puede ni debe estorbarnos en nuestros que-
haceres de pobres.

—¡Señor O'Connor!—exclamaron «misia» Pepa y don
Federico, como heridos por aquel brusco é inesperado len-
guaje.

—¿A quién sino á la familia—añadió Roberto, como si
hablara consigo mismo,—le debo yo el estado en que me
encuentro? ¡La familia me ha robado el cariño de mi espo-
sa!—añadió con voz fuerte.

—¡Señor O'Connor, usted nos insulta!—le dijo don Fe-
derico, levantándose indignado.

—¡Si está fuera de juicio!—añadió «misia» Pepa.

—Sí—contestó Roberto, irradiando en su fisonomía la
satisfacción rencorosa que aquella reyerta le causaba;—
sí, señores; fuera de juicio me encuentro cuando me hallo
en presencia de la que es causa de mis males—señalando
á Julia con la mirada, mientras ella lo observaba silen-
ciosa.

—Este es un pretexto—contestó «misia» Pepa;—lo com-
prendo muy bien; usted no puede ver con buenos ojos que
estemos al lado de Mercedes.

—¡Puede ser!—replicó Roberto, que se pasaba nervio-
so.—¡Puede ser!—repetía.

—Estoy verdaderamente asombrado—dijo don Fede-
rico,—y sospecho que es cierto lo que dice Pepa. ¡Usted
está loco!

—Señor...—le dijo Roberto, deteniéndose y mirándolo
frente á frente;—sus canas no le autorizan á hablarme
de esa manera y puede usted obligarme á que me ol-
vide...

—¡Roberto!.. ¡Por Dios, Roberto!—exclamó Mercedes,
que observaba también con asombro los movimientos y
expresiones de su esposo.

—¡Señor!—le dijo Julia, interponiéndose entre su padre
y él.

Federiquito no se había movido de la silla en que se

encontraba sentado y asistía á aquella desagradable escena, al parecer impasible.

Hubo un instante de silencio: todas las miradas de los demás estaban fijas en Roberto, que de manera tan inesperada se producía.

—¡Y bien!—continuó Roberto, interrumpiendo aquel silencio y desafiando aquellas miradas; —lo he dicho y lo repito: me hacéis la vida insoportable. Quiero mi hogar para mí solo, para mis hijos, para esa «señora,» que es la madre de mis hijos. Demasiadas desgracias me habéis proporcionado —añadió, clavando de nuevo la mirada en Julia, como si sólo á ella quisiera dirigirse.

—Vámonos, Pepa; vámonos, Julia —dijo don Federico, hondamente conmovido y sin poder articular sus palabras.

—¡Madre mía!—exclamó Mercedes, arrojándose en sus brazos, llorando.

Roberto, al ver su acción y su llanto, se dirigió á ella y brutalmente la dijo:

—Si os es dolorosa la separación y si lo preferís..., podéis marcharos con vuestra familia, que es la desgracia de vuestro marido.

—Pero... ¡qué dice este hombre!..—exclamó don Federico, haciendo también ademanes nerviosos, mientras Mercedes, estremecida, se cubría el rostro con las manos. —Vámonos, Pepa; vámonos, Julia; porque sino, voy á perder del todo la prudencia...—repitió el anciano.

—«Ella»—continuó Roberto, como si sólo se oyera á sí mismo, dirigiéndose á Mercedes,—«ella,» vuestra dichosa hermana, sabrá daros muy bellos consejos y consuelos.

Don Federico, «misia» Pepa y Julia ya se hallaban en el patio, desde donde lanzaban sus mudas y expresivas miradas á Roberto y Mercedes, desapareciendo en seguida. Quedaba en la sala Roberto, que gesticulando y accionando, seguía paseándose de un extremo á otro; Mercedes, poseída de encontradas sensaciones, y Federiquito, que en ese momento se levantó y, con voz pausada y tranquila, dijo al primero:

—Roberto, has faltado á tu palabra.*

—¡Yo! —exclamó Roberto, deteniéndose y mirando á Federiquito.

—Sí, tú, que has perjurado puesto que estás haciendo desgraciada á mi hermana.

—¡Tú ignoras lo que pasa!..

—Yo sólo veo y observo y sé lo que observo y veo, Roberto, y te reprocho tus arrebatos incomprensibles en un hombre de tus condiciones.

Roberto hizo un movimiento de cabeza; después bajó la vista y tendiéndole su mano á Federiquito, le dijo con voz ahogada:

—Tú eres bueno, lo sé; muy bueno. Eres el «único» tal vez de tu familia que me quiere.

—No, Roberto, yo no puedo estrechar tu mano en la mía hasta no verte arrepentido ó que yo sepa lo que dices que ignoro. ¿Qué motivos tienes para producirte como lo has hecho?

—¿Qué motivos? . ¿Me preguntas si tengo motivos? ¡Sí, los tengo! Observa, observa á tu hermana—y señaló á Mercedes que, pálida y temblorosa, permanecía con la cabeza inclinada y la vista fija en el suelo; —¿dime si es ésa la misma de antes? ¿Dime si esos ojos se escondían así aun en los días de llanto? ¿Dime si es ella la misma mujer, pura de pensamiento y de alma? —le dijo Roberto, en cuya voz vibraba la ira.

—¿Qué?.. — preguntó Federiquito, surgiendo en su cerebro la terrible sospecha.

—Sí —continuó Roberto en el mismo tono,— mírala, con la cabeza baja, sin decir palabra, como espera el delincuente la sentencia de su juez. Cree que ella es inocente y yo el culpable... ¡Yo culpable! ¡Sí, lo soy por haberla amado hasta el delirio..., como nadie ha querido á mujer alguna!

Federiquito cambiaba su mirada de uno al otro, poseído de excitaciones dolorosas al verlos en esa posición. Roberto reprochando y Mercedes con la vista baja aún y aspecto doloroso. Llegó á creer entonces que su sospecha era cier-

ta, que su hermana había faltado á sus deberes y, dirigiéndose á ella con enérgica ansiedad, la dijo:

—¡Habla! Te acusan y yo no puedo permitirlo... ¿Qué?, ¿no tienes palabras para sincerarte?—añadió, viendo que seguía enmudeciendo.

—¿Qué?..—le preguntó al fin Mercedes, levantando la cabeza y fijando la vaga mirada en su hermano, como si no comprendiese lo que quería decirle.

—¿Es cierto, desdichada, es cierto?

Mercedes replicó, sollozando:

—¡Ay, Federico, hermano mio..., es cierto!—y volvió á inclinar la frente.

Federiquito retrocedió, como si no quisiera creer en la afirmación de su hermana; pero, reponiéndose en seguida, la tomó de la mano para volverle á preguntar:

—¿Luego, tú, Mercedes, confiesas que Roberto tiene razón?.. ¿Que has faltado á tus deberes y que nuestra hermana Julia y nuestra madre han sido cómplices de tu delito?.. ¡Si me parece imposible!..

—Pero, ¡qué dices, hermano!..—exclamó Mercedes atónita.

—Federico—dijole entonces Roberto;—era un secreto que Guillermo ha revelado á Julia, porque ¿quién otro ha podido ser? Sí, Julia ha hecho desgraciada á Mercedes. Y es muy justo—añadió, con ironía hiriente:—ella, que amaba más al amante que ama al marido; que lloraba la memoria del que fué su primer amor, como no aprecia al padre de sus hijos; ella, que aquilatando el cariño de «aquél» y el de su esposo, no puede mirar en mí sino al matador.. , ¡al asesino odioso! ¡El muerto me ha vencido! ¡Yo no soy para ella sino un hombre despreciable que rompió, como si fuera nudo gordiano, toda la felicidad de sus primeros años con la muerte de su amado!

La fisonomía de Roberto se hallaba demudada. Cambiaba la firmeza de su voz y sus últimas expresiones eran sollozos, arrancados de lo íntimo del corazón.

Mercedes se acercó á él y al ver su fisonomía la impresión de intensa tristeza, le tomó las manos y, con profunda ternura, le suplicó:

—Roberto, yo te perdono... Perdóname tú á mí... ¡Por nuestros hijos te lo pido!

—¡Yo perdonarte, Mercedes!.. ¡Perdonarme tú á mí!. ; pero si nuestros sentimientos son lógicos... Si yo no pude hacer sino lo que hice... Si tú no haces más que lo que puedes... ¡Yo herí de muerte á ese hombre y tú lo has llorado y lo lloras aún!.. ¡No toques estas manos, que están manchadas con la sangre de tu primer amor..., de aquel Manuel á quien tanto quisiste y cuyo recuerdo no se ha apartado ni un instante de tu corazón!..

—¡Manuel!—exclamó Federiquito que observaba, reaccionando, pero sin darse cuenta exacta aún de lo que allí pasaba.—¿Qué tiene que ver Manuel?..

—¡Por Dios, Roberto!..—suplicóle de nuevo Mercedes.

—¿No es verdad—continuó él, sin atender la súplica, implacable en su desesperación—que si tú hubieras sabido que yo era su matador no te hubieras unido á mí? ¿No es verdad que un profundo arrepentimiento hay en tu alma y que sólo te inspiro odio?

—¡Oh, no, Roberto!..—exclamó Mercedes con las ansias de su dolor.

Federiquito lo comprendió todo al fin, sintiendo en su espíritu un alivio inmenso y, colocándose entre los dos, le dijo á Roberto:

—Me habías infundido la más atroz de las sospechas; pero ésta ha desaparecido, de lo que doy gracias á Dios. Veo claro, más claro que tú que te encuentras ciego.

—¡Niño!—le contestó Roberto con su tristeza infinita.—No puedes comprender lo intenso de mis sufrimientos...

—Lo comprendo, Roberto, y te compadezco. No es Mercedes la culpable; lo eres tú. La revelación de ese secreto ha podido traer más fatales consecuencias; pero ahora miro á mi hermana con todo el cariño y el respeto que se merece. En vez de odio que crees ver en ello, yo sólo miro resignación, y en vez de prestarle tus consuelos, porque eres tú el único autor de sus sufrimientos, la haces sufrir más aún...

—Sí, Federico; sí, hermano mío...; demasiado sufro... Yo

no soy culpable... ¿Por qué ultrajó á nuestros padres? .
¿Por qué me separó de nuevo de ellos, dejándome sin su
cariño y su amparo?

—¡Te resto yo, hermana mía!— dijole Federiquito con-
movido.

En ese instante se oyó el llanto de un niño, que venía
de las piezas interiores. Los tres lo oyeron y se miraron, y
Mercedes, en un arranque del corazón, se arrojó á abrazar
á su esposo diciéndole:

—Sé bueno, Roberto, sé bueno ..; ¡por nuestros hijos te
lo pido!

Federiquito corrió al interior, y volviendo luego con uno
de los niños en cada brazo, se los presentó á sus padres,
diciéndoles:

—¡Que sea éste el lazo que os una hasta la muerte!

Roberto se estremeció; de sus ojos salían lágrimas de
consuelo, y abrazando y besando á sus hijos, dijo en voz
baja, repitiendo sus palabras:

—¡Aun más allá de la muerte!

¿Era lógica consecuencia de su carácter el proceder de Roberto? Ese hombre, que había mirado con indiferencia y hasta con gozo surgir ante él la muerte; que iba al combate poseído de una sangre fría admirable; que entraba en él, según la frase de uno de sus compañeros de armas, con la serenidad é indiferencia que podría manifestar en un paseo de cuadrilla? ¿Era ése el hombre frío, inmovible, avezado á los más hondos sufrimientos, conocedor profundo de las miserias humanas y por cuya experiencia y voluntad inquebrantable había llegado á dominar las exterioridades de su «modo de ser,» al extremo de «poder» manifestar al mundo lo contrario de sus íntimos sentimientos? La sola idea de que Mercedes supiese su desafío con Manuel; la realidad de esa idea; las impresiones adivinadas y creídas en su esposa, ¿lo dominaron al extremo de declararse vencido teniendo que arrojar la careta y presentarse tal cual era, con sus debilidades de hombre soñador?.. ¿No fué él quien había buscado esa difícil situación, digna de ser afrontada por él, probado el temple de su carácter para la lucha? ¿Acaso era la situación «presente» más desesperada que aquella en que, adorando, sin esperanza, á una mujer, la veía vivir para otro hombre; la contemplaba toda de él... allí, en su presencia, bebiendo en su mirada la ardiente llama de un cariño in-

tenso, profundo, imponderable? ¡Y él sonriendo, impotente para poder decir ni una palabra, ni el mínimo reproche; ni un quejido contra la suerte «fatal» que el «destino» le había deparado!.. ¡Y esa mujer llegó á ser suya, toda suya: la madre de sus hijos, la leal, la honesta y virtuosa compañera de su existencia! Si fingió para alcanzar esa dicha; si lograda, se opuso ante la senda de su vida el espectro de su conciencia y palpité en su corazón la ira de los celos, no era lógico, no era natural ni consecuente con su carácter sentirse cobarde á la mitad de la jornada y detenerse allí para seguir distinto rumbo, ó caer por la rápida pendiente de la ciega desesperación. El, á quien no amedrentaron las cimas más altas y escabrosas; que al sentirse herido de muerte en el alma, sólo dibujó en sus labios la sonrisa melancólica y en sus ojos la bondadosa expresión de su conformidad, ¿podría detenerse medroso y espantado ante ese contraste previsto, combatido de antemano; ante esas sombras que un soplo de razón hubiera desvanecido? No: Roberto debía haber sentido un algo superior á su espíritu que lo despojaba de su calma habitual llevándolo, sugestivamente, á la deplorable situación moral en que se hallaba. Luchó tal vez; pero fué débil; tuvo un momento de alucinación ¡y «ese algo» se apoderó de su ser, como él se había apoderado del corazón de Mercedes!

¡Mercedes, por su parte, ante la revelación inesperada de su hermana Julia; esa revelación tan lejana de todas sus sospechas, y que venía á despertar de nuevo los recuerdos del pasado; que presentaba ante sus ojos la realidad de los presagios siniestros de sus sueños; que veía descender ante su vista el velo tenebroso que ocultara la verdadera causa que llevó al sepulcro al hombre que tanto amó, sentirse esposa del asesino de aquel hombre, carne de su carne en el hijo que llevaba en sus entrañas, ser de su ser en el cariño santo, puro, atrayente, que le había profesado, esclava de un juramento de indisoluble lazo! Y lo contemplaba y no quería verlo, y lo veía, y ante él se levantaba el cadáver ensangrentado de Manuel, que dejando ver en su sonrisa y en sus ojos los mismos sentimien-

tos que ella pudo leer en Roberto, le señalaba á éste y creía oírle decir:—«¡Ese es el asesino de nuestra dicha eterna; ése es el hombre que para llevarte al ara tuvo que herir de muerte este corazón donde estaban grabados tus pensamientos, tu imagen, y ése es el hombre por quien fuiste perjura y por quien dejaste convertir en ceniza la hoguera que debió durar lo que tu vida!

¡Y desde aquel instante se sintió poseída de terror, de miedo, de un sentimiento inexplicable á veces; pero que podía traducirse en aborrecimiento por la vida!

Pasados los primeros momentos; cuando Mercedes se sintió madre; cuando comprendió hasta dónde llegaba ese nuevo amor que vino á consolarla, reaccionó en su espíritu y prometió vivir para sus hijos; para aquellos hijos, objeto desde entonces de todo su afecto, de todo su cariño incompatible.

Roberto se le manifestaba en toda la desnudez de su carácter, y á sus manifestaciones de arrebatos brutales, ella correspondió con su humilde resignación, con su obediencia pasiva, automática, que más lo exaltaba y enfurecía. La infeliz Mercedes comparaba su pasado con su presente y vislumbraba un porvenir obscuro y lleno de sombras y de dudas para sus mismos hijos. Hacíala estremecer la soledad, el recuerdo de sus pasados días, y la presencia de otros seres no la hacían olvidar sus desdichas. ¡Ella que no supo lo que era fingir aprendió á hacerlo!

Desde que se produjera aquél tan inesperado incidente con sus padres, Mercedes, instigada por Federiquito, iba á verlos y les enviaba sus tiernos hijos; pero lo hacía de tarde en tarde. Sus padres, en tanto y á pesar de sus súplicas, no volvieron á su casa, por no encontrarse con «aquel hombre,» y si Roberto y Guillermo se veían incidentalmente en la calle, en la Bolsa ó en cualquier otro paraje, cambiaban un saludo indiferente y ni una palabra que pudiera dar margen á explicaciones embarazosas y cuyos resultados podrían ser funestos para uno de los dos, hasta que Guillermo eludió, en más de una ocasión, el encontrarse con Roberto y, si lo hacía, pasaba á su lado esqui-

vando el saludo con miradas despreciativas. ¿Por qué se producía Guillermo de manera tan insólita con aquél á quien, en otros tiempos, llamara «su querido amigo?» ¿Habría llegado á saber, por Julia ó por «misia» Pepa, la manera brusca é inconsiderada con que había tratado á la familia las distintas veces que fuera á su casa? ¿Habría causales más graves para ello?

Roberto seguía entregado á los negocios de Bolsa y otras operaciones mercantiles, como uno de tantos corredores, no dando á entender á Mercedes ni con gestos ni con palabras, las distintas alternativas de su suerte. Depositaba todos los días ó todas las semanas, en poder de su esposa, el dinero que ésta le pedía para los gastos usuales, hasta que, una noche, llegó á manifestarle, con brusquedad inusitada, que se gastaba demasiado y que era indispensable suprimir lo que no fuera completamente necesario.

—¿Te va mal en los negocios, Roberto?—Se atrevió á preguntarle Mercedes.

—Eso no debe importarte—le respondió él, con la misma brusquedad.—¿Quién sabe! Allá veremos; pero haz lo que te digo.

Pasaron los días y Roberto empezó á faltar á su casa, con frecuencia, á las horas regulares. ¡El, tan puntual, tan ansioso por su hogar y por sus hijos, á los que ya apenas acariciaba!..

¡Aquella casita dichosa, tranquila en la apariencia, albergaba dos seres desgraciados! Mercedes se había propuesto soportar con resignación todas las contrariedades que sobrevinieran; pero su sufrimiento llegó á ser tan grande que á veces se sentía sin fuerzas para soportarlo.

Repentinamente, el señor Leiva cayó gravemente enfermo; el pobre viejo no volvió á levantarse más del lecho. Antes de morir, quiso ver á la que fuera su hija mimada y á sus nietos. Roberto y Mercedes fueron con ellos. El anciano besó á su hija, bañando con sus lágrimas el rostro de sus queridos nietecitos, miró á Roberto y le dijo:

—Roberto, más allá de la tumba no puede haber rencores. Si en algo os he faltado; si me habéis ofendido, perdo-

nadme como yo os perdono—y con voz solemne, añadió:—Velad por vuestra esposa y vuestros hijos y que os tome Dios en cuenta el bien que les hagáis.

—No creo—le contestó Roberto, con la fría indiferencia que le era peculiar—que aún haya llegado el momento de despediros eternamente de nosotros; pero creed, señor, que es inútil repetirme el cumplimiento de mi deber.

Cuando salió del cuarto mortuorio, don Federico, abrazado á su esposa y á sus hijos, pronunció estas fatídicas palabras:

—Ese hombre lleva un signo fatal en los ojos... Matará de pesares á mi desgraciada Mercedes... ¡Maldito sea!—y expiró, dejando en su familia ese presentimiento fatal.

Una noche entró Roberto á su casa más sombrío que nunca.

Dirigióse á Mercedes, que tenía entre sus brazos, dormido, al menor de sus hijos, y sin detenerse á pesar las consecuencias de las palabras que iba á pronunciar, la dijo, con voz alterada:

—Mercedes, puedes disponer lo que creas conveniente, porque mañana no habitaremos esta casa.

—¿Por qué, Roberto?—le preguntó Mercedes, con la sorpresa en los ojos.

—Porque vendrán á embargar los muebles y porque nos «lanzarán» de ella—contestó Roberto, acostándose sin añadir una palabra.

Mercedes no hizo el menor movimiento que pudiera impacientarla; inclinó la cabeza sobre el rostro de su hijito dormido, besándolo silenciosamente, y dejó que sus lágrimas corrieran. Después, llevólo á su lecho y, no pudiendo reprimirse ya, lanzó un suspiro. Debió oírlo Roberto, porque incorporándose bruscamente y con voz nerviosa, áspera, agria, le gritó:

—Te duele el perder las comodidades de que hasta ahora disfrutabas. He aquí las mujeres que fingen amor á un hombre cuando lo creen rico y después... ¡Vete con tu dichosa familia..! ¡Allí podrás pensar libremente en tus recuerdos!

Mercedes se estremeció; sintió desarrollarse en su espíritu toda la soberbia de su orgullo de mujer honrada, ofendida tan brutalmente, y ya iba á exclamar: — ¡Eres un malvado!, — cuando las tiernas y cariñosas maucitas de su hijo le tocaron, buscando el seno de la madre. Cambió instantáneamente, y levantando de nuevo aquel pedazo de sus entrañas, se fué con él á Roberto, y en vez de lágrimas, en vez de palabras duras é hirientes, le dijo, sumisa, casi cariñosa y con sonrisa triste:

— Si no lloro, Roberto; si yo no pienso más que en los disgustos que esas contrariedades te ocasionan... ¡Si yo no pienso más que en el porvenir de nuestros queridos hijos!

Roberto se echó de nuevo en la cama y con un movimiento nervioso volvióse para no mirar á Mercedes... Ella, sí, lo miraba en silencio..., ¡y besaba á su hijito!

XVII

No la había engañado Roberto: estaba arruinado, completamente arruinado, y, entre las muchas deudas contraídas, se encontraba el alquiler de seis meses de casa, que no podía pagar y por lo que se procedería al embargo de todo lo que allí había, aunque ello fuera superior á lo adeudado.

Y es por ello que, al día siguiente, y apenas despuntada el alba, sonaron fuertes golpes en la puerta de la calle. Roberto fué á abrir, y... allí estaban ya esperando un alguacil, que hacía á la vez de escribano, dos testigos *de oficio* y el procurador, representante del dueño de la casa. Los demás, y ya sabremos quiénes son, esperaban más lejos. El alguacil iba para intimar al pago y «dar fe;» el procurador, para «denunciar,» en caso de que no se hallaran las sumas ejecutadas, lo que se pretendiera ocultar. Los testigos, para presenciar el acto vergonzoso, si había que llevar á cabo el embargo. Si no había bienes en efectivo ú «otros» bienes perfectamente saneados y á entera satisfacción del representante del acreedor, proceder al inmediato embargo de los muebles y de todo objeto que ofreciera valor pecuniario. Y, como el que «se presume» que sea dueño de todo aquello, no ofrece garantía suficiente y á entera satisfacción del representante legal, éste hombre, «de motu proprio» y con el consentimiento ya convenido del alguacil, un depositario «de toda su confianza.» — El depositario «de

toda su confianza, es un modesto industrial que se mantiene de eso, de los depósitos judiciales; esto es, ejerce la honrada profesión de depositario y, por lo general, de rematador. Y como procuradores y alguaciles se suelen entender maravillosamente, siendo funcionarios y representantes muy avezados y previsores para tales casos, en un momento dado se asoma alguno de ellos á la puerta de la calle, hace señas á «alguien» que espera en la esquina y, por arte de encantamiento, llegan carros y peones y dependientes que en un instante dejan completamente vacía la casa... ¡Qué previsión más asombrosa, ¿verdad? Que son muchos los gastos... Y qué importa si «de aquel cuero saldrán las correas.» Pero no vayáis á creer que á esa pobre familia; á esa desgraciada anciana que mira, con ojos preñados de lágrimas, lo que pasa; á esos inocentes niños que observan con ojos medrosos y atónitos á aquellos «lanzadores de oficio» se les arroja sin nada. No; la humanitaria cuanto caritativa ley ha previsto también el caso y prohíbe que se trabe embargo «sobre el lecho cotidiano (1)» al deudor, de su mujer é hijos y en las ropas y muebles de su *indispensable uso* (2). Y como «ningunos otros muebles (3) se exceptúan, allí va el deudor y la mujer del deudor y los hijos del deudor (4) cargados con el

(1) Cómo sería de previsora la ley en la época á que se refiere el autor que hasta prevenía la posibilidad de que el deudor, la mujer y sus hijos pudieran tener otro lecho «que el cotidiano. .» de puro lujo.

(2) Y aquí también la ley era previsora de una manera admirable. ¡Si no hiciese uso de esa excepción resultaría que «las ropas indispensables,» que bien pudieran ser las puestas, deberían ser embargables, y de ahí que á los embargados se les podría dejar como á nuestro padre Adán; pero como eso vendría á ofenderse la moral pública..., y de ahí la previsión!

(3) Así como suena—en plural,—por si acaso hubiera algún bien que quisiera escaparse de la astuta, gramatical y previsora ley.

(4) Aquí la ley previsora no exceptúa á los demás parientes, que bien pudieran vivir en la misma casa del deudor—como ser madre, padre, hermanos, abuelos etc.—De manera que los muebles de éstos, «sin excepción,» podrán ser embargados y secuestrados legalmente, ó hasta que aquéllos, en tercerías, probaban que aquellos muebles eran suyos; pero es que antes de probarlo ó no probarlo se los comían... las costas.

lecho, los muebles y las ropas de «su indispensable uso.» ¿Adónde van? A la calle, al campo raso ó, mejor dicho, á la cárcel, porque la humanitaria sociedad aún no ha inventado un asilo para los pobres de solemnidad que no pueden pagar los alquileres del techo que los cobija; como los caseros lo alquilan «así no más;» como los guardianes del orden y de la seguridad no pueden consentir que esos *tramposos* obstruyan la vía pública, allá van á la cárcel y allá permanecen hasta que el padre de familia—que no encuentra trabajo—se suicida de puro desesperado y su mujer pide limosna y sus hijos se convierten en esclavos de la primera alma caritativa á quien el defensor de menores los entrega, librando á la *pobre madre de esa carga*.

Y suele acontecer que aquella anciana y aquella pobre mujer y aquellas criaturas, se opondan, con lágrimas de dolor, á que se les secuestre, á que se les robe—sería más propio—el retrato del abuelito, que tiene marco dorado, ó algunas otras prendas que son recuerdos íntimos de la familia...; pero que, como no son «muebles indispensables,» hay que embargarlos. Es que también sería lo suficiente esa oposición para que la fuerza pública acudiera... ¡y repeliese la resistencia! Como que la ley también lo prevé...

¿No habéis asistido alguna vez á esa escena de la gran Comedia Humana?

Hay para eubrirse el rostro de vergüenza al ver ese cuadro que desgarrar el corazón.

El ladrón roba; pero... ¡es discreto!—no escudriña, ni observa con burlas ni chacotas las miserias del robado. El embargo y lanzamiento se produce de otra manera. Allí se asalta la casa, se exhibe todo, todo se justiprecia; se tira ó se subtrae mueble por mueble, papel por papel, trapo por trapo...; ¡misericordia por misericordia!..., á los ojos de los que dejan de ser dueños y que ya no volverán á ver... aquel retrato de sus padres, aquellas viejas cómodas donde su santa madre guardaba la ropa de sus hijitos..., ¡aquella cruz donde se encuentra crucificado el Redentor, delante de la que aprendieron á orar esas pobres criaturas que ningún

pecado cometieron, que nada le deben á nadie; pero que purgan, con la terrible doctrina de Moisés, la culpa de sus padres!

Oh señores Legisladores y Codificadores!: vosotros que dormís en los mullidos lechos que las contribuciones impuestas á los hijos del trabajo os proporcionan; vosotros que os sentáis en succulentas mesas; que os hacéis conducir en cómodos carruajes; que vivís tranquilos y satisfechos sin temor «al mañana;» que ni soñáis siquiera que alguna vez vayan á arrebatarse á vuestras madres, esposas é hijos los muebles con que adornan sus casas, los recuerdos sacrosantos de familia, asistid una vez á esa escena desconsoladora... Señores Legisladores y Codificadores: pensad en que, si «la vida de vuestros semejantes debe ser inviolable para vosotros,» inviolable debe ser el hogar; pensad en que si vale más que se salven cien culpables á que perezca un inocente, hay que salvar á esos inocentes de culpas que no cometieron.

¡El hogar debe ser inviolable en lo absoluto de la palabra, mientras no se produzca el crimen y, en tal caso, castigad al verdadero delincuente; pero salvad al inocente del castigo!

2

XVIII

Roberto hizo pasar á la sala al alguacil y al representante del dueño de la casa diciéndoles:

—Suplico á ustedes que esperen un momento—marchando al interior.

Allí estaba Mercedes, abrazada á sus hijitos, esperándolo.

—Mercedes—la dijo Roberto—ve á casa de tu familia con los niños. Yo pasaré luego á buscarlos.

La infeliz madre entrevió en esa orden una última esperanza; creyó que Roberto les hablaría de su situación y que Guillermo..., ¡olvidándolo todo!, le ayudaría á salir de ella... ¡Habían sido tan amigos!..., pero...

—Cuidado—le añadió Roberto—con que les digas ni una palabra de esto. No quiero que sepan nada, absolutamente nada.

Mercedes calló; tomó á sus hijos de las manos y salió con ellos silenciosamente, dirigiendo la mirada á aquella casa que tantos y tan encontrados recuerdos traía á su imaginación. Todo el inmenso dolor que en ese instante la ahogaba rompió en silenciosas lágrimas y en tiernos besos á sus hijos. Roberto la vió así y por todo consuelo la indicó que saliera, volviendo á la sala donde lo esperaban ya, impacientes y desconfiados, el alguacil y el procurador.

—Como supongo—le dijo aquél—que usted no tendrá

los fondos necesarios de que habla este mandamiento, debo proceder al embargo de los bienes denunciados por el señor.

—Perfectamente—contestó Roberto.

—Y como supongo que usted no tendrá tampoco depositario que satisfaga al representante del acreedor...

—Bien, bien, señor; haga como le parezca.

No tardó mucho en presentarse el favorecido, el que exigió llevárselo todo á su depósito... ¡Claro! Si ya estaba de antemano convenido. ¿Para qué eran si no aquellos carros que esperaban en la esquina?

Y mientras Roberto volvía al interior y pagaba á la sirvienta los días que se le restaban y ésta marchaba de allí, después de buscar un changador que le llevara sus muebles, el alguacil anotaba y el depositario hacia conducir á los carros las alfombras, los espejos, los armarios, las mesas, las sillas, los cristaleros, las repisas, los objetos de comedor y de cocina, las alhajas, las ropas de su mujer, las suyas, las de sus hijos... Ya no quedaba casi nada: unos colchones, ropa «indispensable» de las camas, algunas sillas, trastos viejos y de ningún valor... Roberto presenciaba todo aquello con aparente indiferencia...

—Y bien, señor—le dijo el alguacil,—usted haber atendido lo que dice el mandamiento y, por lo tanto, debe saber que, además del embargo, hay orden de lanzamiento. Vea, por lo tanto, dónde va á llevar «eso» que la ley le concede, pues de lo contrario me veré precisado á ponérselo en la calle ó...

—¡Ah, sí! lanzamiento...—repitió Roberto con su fría sonrisa y sin que un músculo de su rostro se alterara. Es cierto, señor, y no habrá necesidad de proceder violentamente... Ya se han llevado todo lo que les ha parecido y yo respeto las órdenes del juez...

—¡Es con la ley que se procede, señor!—exclamó el alguacil.

—Bien.

—Y la ley es quien le ordena que inmediatamente retire usted «eso» ó de lo contrario...

—Bueno—replicó Roberto, haciendo una violentísima transición y mirando con dureza al funcionario público:— dentro de un momento lo haré conducir á otra parte y mandaré las llaves de esta casa adonde usted me indique.

El alguacil consultó con el procurador, el que, sin proferir palabra, le indicó, con el gesto, su disconformidad.

—No puedo moverme de aquí—le dijo el alguacil,—sin entregar las llaves al señor...

—Pero el señor...—añadió Roberto dirigiéndose al procurador—no será tan exigente...

—Yo no hago sino cumplir las órdenes de mi poderdante—replicó el procurador, con la vulgar indiferencia del que está acostumbrado á esas escenas.—Sin embargo, si usted promete no tardar mucho.

—El tiempo necesario para encontrar dónde llevarlo...

El alguacil miró las agujas de su reloj y después de re-funfuñar:—Ya debió tenerlo presente—añadió, como si no estuviera dispuesto á más:—Bueno: pero, como le dice el señor, haga por no tardar mucho, porque tengo otros embargos que hacer y no puedo detenerme aquí mucho tiempo. Doy á usted de plazo media hora.

Roberto hizo un movimiento afirmativo de cabeza y salió. El alguacil llamó al «depositario de confianza,» que ya hacía marchar los carros atestados de muebles y plantas y le habló, con tono tan imperativo que más que depositario parecía un subalterno suyo:

—Vaya y vuelva dentro de media hora, porque sospecho que va á tener que «arrear» con lo que queda.

—Pero si lo que queda no vale la pena...

—Aunque no valga—repuso el alguacil,—hay que evitar el escándalo de poner eso en la vereda... Además—añadió, con escrúpulos de conciencia, — que sería una... ¡inhumanidad!

Y ya, desde el alba, los curiosos del barrio, se asomaban á las puertas y ventanas entornadas de sus casas, dándose cuenta de lo que ocurría. Y la desdichada Mercedes tuvo que atravesar, con sus hijitos de la mano, por entre

aquella Via Crucis, en la que los unos la miraban compasivos, los otros cuchicheaban y los de más allá lo hacían con descaro, hasta que desapareció en la bocacalle...

Roberto volvió cuando ya el depositario ordenaba que llevaran eso á su depósito. Había logrado alquilar una pieza á la calle, allá en los suburbios del Sur, é hizo conducir los muebles «indispensables» á esa pieza en un pequeño carrito.

Y mientras el mismo carrero cargaba, Roberto paseaba por aquellas habitaciones mudo y con las manos en los bolsillos. Parecía como que deseaba dar el último adiós á aquella casa donde tantas promesas de amor y de felicidad había hecho; donde tantos momentos de dicha pasó...; ¡donde el recuerdo de Manuel se le apareciera para turbar la paz de su vida! Divagó con la mirada por aquellas paredes, por aquellas habitaciones, por aquellos patios, y al verse rodeado de aquel aislamiento, de aquellos furtivos rayos del sol que tantas veces alumbraran su felicidad, dibujóse en su fisonomía la honda tristeza de su alma y una silenciosa lágrima apareció en sus ojos; pero haciendo un esfuerzo superior y dando á su fisonomía la indiferente sonrisa de antes, volvió adonde se hallaba el alguacil esperándole, y presentándole unas llaves, le dijo:

— ¡Son las de esta casa y no tengo nada más que entregar á usted!

¡Y salió de allí, altiva la frente y el gesto despreciativo hacia á aquellos curiosos que aún permanecían en las puertas y ventanas entornadas de sus casas, como el auditorio de un teatro permanece sentado en su butaca hasta conocer el desenlace final de la comedia que tanto le divierte!



XIX

Era ese instante en que el vertiginoso movimiento de las calles de la gran ciudad del Plata se detiene para dar tregua al trabajo, reposo á los miembros activos de la sociedad humana. Buenos Aires descansaba de su actividad febril con el objeto de recuperar ó fortalecer las fuerzas para volver á la batalla por la vida. Las últimas penumbras de la tarde se iban dilatando hasta juntarse y extenderse por todo el ancho del azulado firmamento. Las calles empezaban á alumbrarse con las llamas de la luz artificial. En los distintos y numerosos depósitos de mercaderías, centros de marchantes, velase uno que otro dependiente arreglando y preparando géneros y muestras para recomenzar la tarea de la noche. Artesanos y peones circulaban, con paso cansado y uniforme, para ir al descanso. De cuando en cuando se oía el sonido de la corneta de los postillones del tranvía ó el chirrío de las ruedas de los coches chapaleando sobre el fango de las calles. Lejano se escuchaba ese rumor confuso, fragoroso como el trueno que anuncia la tormenta; se oía, en ondas leves, crepitantes, crecientes y decrecientes, risas y carcajadas que se apagaban, voces confundidas é inarmónicas, ecos que se escapaban de los numerosos hoteles y fondas repletas de comensales...

A paso corto y pausado marcha un grupo silencioso

como las calles que recorre. Son Roberto, Mercedes y sus hijitos que, tomados de las manos, van delante y sólo se detienen para preguntar á sus padres, con la mirada, la dirección que deben seguir. La intuición, desarrollada ya en sus tiernos años por la experiencia de acciones presenciadas por ellos, les hacía presentir las desgracias que pasaban en su hogar. Sabían que ya no volverían á la casa en que nacieron, pues Mercedes, al conducirlos á casa de su familia, los había advertido: que iban á otra casa más pobre; que ya no volverían á ver aquellos muebles, aquel piano, que ellos abrían á escondidas haciendo sonar sus notas con estremecimientos de alegría; aquellas plantas del primer patio, cuyas flores ayudaban á cortar para ponerlas en los jarrones de la sala y mesa del comedor...; pero, cuidado, hijos míos, ni una palabra á la abuelita ni á los tíos, porque papá os castigaria... Y Mercedes y sus hijos fueron á casa de su madre, sin una lágrima, sin un gesto que pudiera darles á entender el cambio, aquel cambio tan repentino, tan angustiado y doloroso á que los había conducido la suerte, la mala suerte, hasta que Roberto los hizo llamar desde la puerta para llevarlos á la nueva casa...

Y así, silenciosos, caminaron cuadras y cuadras hasta encontrarse en los suburbios del sudoeste y hasta que:

—Aquí es—les dijo Roberto, deteniéndose en la puerta de una casita blanqueada.

Penetraron en su nueva vivienda en la obscuridad de la noche. Roberto encendió un fósforo y dió llama á una vela. La mirada de Mercedes se extendió por aquellas cuatro paredes, por aquel techo, por aquel piso, por aquella separación de lienzo y, sin proferir palabra, pero con la angustia en el alma, atrajo á sí á sus hijos...— ¡Qué cambio, Dios mío, qué cambio! —Piso de ladrillos, techo sin cielo raso, con tirantes desnudos, dos ventanas á la calle y, entre éstas, una división de lienzo empapelado, paredes desconchadas con blanqueo de cal y friso de negro. ¡Y allí, en desordenado montón, las camas desarmadas, los colchones, las sábanas y almohadas, utensilios de cocina, mesas y sillas

viejas y, nada, nada de la ropa de sus hijitos, de la suya..., ni un recuerdo, ni una prenda de las que guardaba en sus armarios! Y mientras ella observaba aquello asombrada, aturdida, con impulsos de locura, estrechando amorosa á sus hijitos, Roberto, indiferente, frío, mudo también, dejaba la bujía en el escalón de una de las ventanas y se disponía al arreglo de aquel desorden. La niñita dijo al fin:

—¡Mamá, qué fea es esta casa!—con la ingenuidad de sus pocos años.

Al oirla, Roberto volvió la cabeza y clavó la mirada en ella amenazadora; pero al notar el movimiento de temor manifestado por la madre, dulcificó su gesto y, sonriendo, la contestó cariñoso:

—Tienes razón, Merceditas; pero ya tus padres no tienen nada mejor...

Y añadió, dirigiéndose á Mercedes:

—Ayúdame á colocar estas camas y á poner todo esto en orden. ¡No tardaremos mucho!

Mercedes, sobreponiéndose á su dolor y comprendiendo que «aquel hombre,» á no tener las entrañas de tigre, debía disimular un sufrimiento inmenso, acudió solícita á ayudarle. Ella también supo disimular sus penas y, fingiendo hallarse conforme, le dijo á Merceditas:

—¿Y qué te importa, hija mía, que todo esto sea feo si estás con tus padres que tante te quieren? ¿No es verdad, Roberto, que nosotros queremos mucho á nuestros hijos?

Roberto iba á contestar; pero volvió el rostro sin hacerlo al notar la escrutadora mirada de Mercedes fija en él, como si tratara de leer en la suya la sensación de su alma. Mudos siguieron entonces «arreglando aquel desorden,» y Merceditas, con la cara compungida, tomó á su hermanito de la mano y fué á sentarse con él en el escalón de la ventana, junto á la vela, desde donde observaban, silenciosos ellos también, lo que hacían sus padres.

Pocos minutos después, las camas estaban colocadas tras el tabique que dividía la pieza... ¡Los demás «muebles imprescindibles...» había lugar para todo!

Aquella noche sólo durmieron los niñitos. Mercedes y

Roberto no pudieron hacerlo. A las tímidas preguntas que ella le hacía referentes al porvenir que la suere le deparaba, Roberto contestaba con palabras evasivas: ¡ni una frase, ni un gesto que la tranquilizara por sus hijos, ni una explicación que le diera cuenta del verdadero estado en que se encontraban!

El nuevo día llegó y Roberto, entregándole unos billetes de Banco de poco valor, la dijo:

—Ahí tienes para el gasto. Manda... ó ve tú á comprar lo que necesites. Tienes que acostumbrarte. No me esperes, porque es probable que no vuelva en todo el día.

¡Y salió, dejando á Mercedes, como si todo aquello le pareciese un sueño, sin saber cómo había de proceder, sin darse aún exacta cuenta de su situación! ¡Jamás había presenciado los cuadros de la miseria! Pero volvió á sobreponerse á todo, dispuesta á los mayores sacrificios por sus hijos, y, sacando fuerzas de flaqueza, salió al patio, donde ya se encontraban las dueñas de la casa—madre é hija—curiosas por conocer á sus nuevos inquilinos. Hubieron cambio de saludos, proporcionándole una chicuela para los servicios callejeros.

Roberto volvió tarde esa noche. Su fisonomía se hallaba alterada; su paso era vacilante; su traje sucio y salpicado de lodo. Mercedes y sus hijos le esperaban aún levantados. Lo esperaban formando un grupo de tristeza sentados en el escalón de una de las ventanas... Al verlo entrar fueron á él sus hijitos con muestras de cariño.

—¿Qué es esto?..—le preguntó á Mercedes, gesticulando y con voz que salía de su garganta bronca, mascando las palabras y dejando oír el sonido pastoso que produce la lengua impregnada de saliva espesa al chocar con el paladar seco.—¿Por qué no se han acostado estos niños? ¿Qué hacen despiertos? Para que mañana se levanten tarde y no vayan á la escuela y se vuelvan unos haraganos...

Por la primera vez, Mercedes vió á Roberto en ese estado; pero, temiendo el escándalo le dijo, con voz y ademán sumisos:

—No se han acostado, porque te esperaban.

—¡Yo no quiero que nadie me espere! —masculló Roberto, gritando.

—Bueno .., bien, Roberto, ya se van á acostar—le contestó Mercedes con voz apagada, recelando que en la pieza contigua no se enterasen de lo que allí pasaba. — Calla..., calla...

Y tomando á los niñitos, que fijaban la mirada en su padre, soñolientos y temerosos, los fué á llevar á sus camas; pero Merceditas, antes de acostarse, se volvió á él y con triste súplica le preguntó:

—¿No me das un beso esta noche, papá?

—¿Eh .? ¿Qué?.. Besar..., besar... Déjame... Cuando seas buena...

—Pero... si yo soy buena, papá—contestó ella llorosa, añadiendo; —pregúntaselo á mamá...

Roberto ya no la oía: había caído en la cama como un fardo, como estaba, vestido, y así quedó inmóvil. En seguida salieron de su boca los ronquidos descompasados y discordantes de la respiración fatigada.

—Déjalo, Merceditas, déjalo—la dijo su madre, atrayéndola y desnudándola.—Tu papá está enfermo.

Las llamaradas de una luz agonizante alumbraban aquel cuadro: una sombría y húmeda habitación, dividida por un tabique de lienzo; los niñitos, sentados en sus camas, con las manecitas cruzadas y la vista dirigida á Dios, repitiendo, afligidos, las plegarias que su madre les había enseñado... Roberto, tirado brutalmente en su lecho, con las ropas á medio desprender, la corbata deslazada, la pechera y el cuello de la camisa manchados de un color violáceo; el cabello despeinado, cayéndole en mechones sobre la frente; la fisonomía abotargada, casi lívida en sus pómulos, y sus labios, bañados por espumarajos que sallan de su garganta á impulsos de la precipitada respiración, hinchados por el contacto de fuego del espíritu alcohólico que subía de su exófago, presentaba un aspecto tan repugnante que Mercedes lo contempló absorta, midiendo en su imaginación, la inmensa distancia, el abismo, que en ese instante, más que en ningún otro, la separaba de

aquella felicidad interrumpida siempre por siniestros presentimientos.

¡Y era aquél el hombre que la había hecho olvidarse de todo!...; ¡el hombre que, con la tristeza atrayente de su mirada, la suplicaba amor eterno!...; ¡aquel ser bondadoso, sereno, apacible, melancólico para las penas y las alegrías, cariñoso, tierno, amante hasta el exceso en el hogar!... era aquel hombre digno, soñado y querido por ella cuanto una mujer puede querer!.. Aquella masa asquerosa de carne y de huesos, que palpitaba con hipos bestiales, de respiración nauseabunda, cubierto con ropas impregnadas en el asqueroso alcohol, borrachos los sentidos, embrutecida el alma...; ¿era el mismo Roberto, aquel Roberto de expresión caballeresca, de carácter inflexible, de ánimo pronto á afrontar los mayores peligros, siempre sonriente, siempre bueno, siempre correcto en todos sus procedimientos?..

Una nube de sangre pasó por los ojos de la infeliz Mercedes; lanzó un ahogado suspiro, y después..., dominada por el impulso de la más grande de las desesperaciones, cayó en el lecho de su hijita y lloró..., lloró en silencio..., ¡hasta que se secaron las fuentes de sus lágrimas!

XX

Cuando al día siguiente penetraba la luz por las rendijas del techo y de las puertas, Roberto despertó. Abrió los ojos y miró con asombro cuanto le rodeaba, sentóse en la cama sin hacer ruido y dirigió la vista á su lado: Mercedes no estaba allí; se hallaba recostada en la cama de su hijita; Roberto pasóse bruscamente las manos por el rostro y quiso recordar. Echóse en seguida del lecho y ya de pie, indeciso, quedó inmóvil como si se hallara poseído de paroxismo. Después, con la mirada fija, estremecióse y ahogó en sus labios un grito de asco. Observaron sus ojos el desorden y enlodado de su traje y buscó con la vista algo con qué limpiarlo: un cepillo. No halló éste y, haciendo un gesto de indiferencia, tomó un trapo y restregó con él la ropa y el calzado. Buscó agua y una palangana en que lavarse y, no hallando ni una ni otra cosa, sacó del bolsillo un pañuelo y restregóse con él la cara. Quedóse de nuevo inmóvil y después buscó en los bolsillos, sacando de ellos unos billetes de banco sucios y desgarrados. Miróles con gesto embrutecido y, después de doblarlos maquinalmente, se acercó á la cama de su hijita. Mercedes estaba despierta y tenía la mirada fija en él. Al notarlo Roberto sintió, por la primera vez de su vida, llamaradas de vergüenza; volvió á sentir asco por sí mismo, remordimientos

por su acción de la noche pasada y, con nervioso ademán y acento conmovido y bajo, como si no quisiera despertar á sus hijitos, la dijo, alargándole los billetes:

—Toma, Mercedes, es poco; pero creo que te alcanzará hasta que yo vuelva.

Mercedes, que seguía mirándolo, creyó leer en su actitud todas las transiciones de su espíritu, é incorporándose, le dijo, en el mismo tono:

—¿Vas á salir, Roberto? No salgas. Estás enfermo. Acuéstate, descansa que demasiado lo necesitas.

—No puedo. Tengo qué hacer. ¿Quién traería después lo necesario? Ese —añadió Roberto, señalando los billetes— es el último dinero que nos queda.

Mercedes, cuidando de no despertar á su hijita, se levantó apresuradamente, diciéndole:

—No te apures por eso... Aún me queda del que me dejaste ayer...

—¿Te queda?..—preguntó Roberto, deteniéndose.

—Sí... Además, aún conservo de antes. Mis economías —añadió, tratando de sonreír.— Luego agregó:—Anoche viniste con fiebre.

—¿Sí?—balbuceó Roberto, sin mirarla.

—Una fiebre espantosa. No conocías á nadie. Rendido caíste en la cama, así vestido como estás .., y luego te quedaste dormido, soñando en voz alta... No quise despertarte... No es extraño, Roberto... ¡Debes sufrir tanto!

Roberto, que impulsivamente había vuelto la vista á Mercedes, no pudo soportar la mirada de ésta. Es que ante este flugimiento generoso le parecía más enorme la monstruosidad de su conducta. Sintióse poseído de una ansiedad desesperante, cuya manifestación exterior trataba en vano de impedir. Sentía que los sollozos lo ahogaban y no podía llorar; su pecho se oprimía y sus pulmones respiraban con dificultad hasta que balbuceó:

—Mercedes..., sí..., tienes razón: me encuentro enfermo. Y si hay recursos...

Su cuerpo tambaleó como si fuera á caer y con torpe paso dirigióse á la cama. Por su rostro, casi morado, co-

rrían gruesas gotas de sudor frío. Caminaba como poseído de mareo. Mercedes se acercó á él.

— Apóyate en mí—le dijo.

—Deja, Mercedes... —la contestó confuso y balbuciente; —yo puedo solo...

Y haciendo torpes esfuerzos para desnudarse, dejando caer la ropa en el suelo, volvió al lecho. Mercedes recogió aquélla y lo cubrió con la sábana y un abrigo. Roberto aspiró fuertemente lanzando un suspiro, que dejó en su rostro la huella de una mueca, mezcla de asco y de remordimiento. Después se estremeció todo su cuerpo, cruzó los brazos, fijó la vista en el techo y se quedó inmóvil. Un calor creciente se fué apoderando de él, calor que desarrollóse luego en fiebre intensa.

En tanto, Mercedes salía al patio, llamaba por señas á la chicuela y le pedía que fuese por las compras necesarias. Las dueñas de la casa, madre é hija, la vieron á Mercedes y, acercándose á ella, le ofrecieron de nuevo sus servicios, con extremada cortesía.

— ¡Oh! Estoy muy agradecida con los que me presta su sirvientita, que es muy buena—les contestó Mercedes, y como tenía la certeza de que habrían oído las destempladas palabras que en la noche anterior profiriera Roberto, añadió:—Mi esposo se halla enfermo. Anoche llegó así y tuvo delirios. ¿Tal vez oirían ustedes sus gritos?

—Es cierto—contestó la «niña»; —nosotros oímos fuertes voces; pero—añadió con gesto de prudente reserva,—como no tenemos por costumbre enterarnos de lo que pasa en casa ajena, no prestamos atención...

Madre é hija habían supuesto que aquélla era una familia «decente,» distinguida, jeso á la legua se conocía!, que había venido á menos y á quien, según Roberto les dijo, al alquilarles la pieza, les había embargado los muebles; pero, como él les dió un mes adelantado, como fianza del alquiler, eso les bastaba «para no desconfiar.» Y en todo caso, ellas tenían relación con el juez de paz de la sección, que mandaría echarlos inmediatamente que no cumplieran con el pago estipulado. Mientras tanto, se

mostraban serviciales por naturaleza y por... curiosidad.

Los niños se habían levantado y, vistiéndolos, Mercedes les dijo en voz baja:

— No vayáis á hacer ruido, porque papá está enfermo.

Y ellos caminaban de puntitas de pie y se hablaban al oído.

Roberto seguía inmóvil, como aletargado... Apenas se percibía su respiración.

Mercedes, aquella niña mimada, «la romántica,» como la llamaban cariñosamente en la casa de sus padres, acostumbrada á no hacer nada; rodeada, desde que tuvo uso de razón, de relativas comodidades, ¿pensaría nunca verse obligada á aquella estrechez, á vivir en aquella lóbrega habitación, desempeñando, por ella misma, las tareas más rudas?..; ¿á contemplar al esposo elegido, á los hijos de su alma en aquella situación deplorable, que presagiaba desgracias mayores?.. ¡Oh! ¡Ella no ambicionó jamás riquezas, ni lujos, ni abundancia excesiva, porque su corazón estaba sólo sediento de amor y de cariño!..

Volvió al lecho donde se hallaba Roberto. Este se volvió y la miró fijamente. Había algo del insano en el brillo de sus ojos.

—¿Te encuentras mejor?—le preguntó ella.

—No sé—la contestó Roberto, midiéndola con los ojos.

—¿Quieres que llame á un médico?

—¡Un médico!—exclamó él con risa irónica.—¿Y con qué pagaría sus visitas y sus recetas? Además—repuso, girando la vista de un lado á otro,—yo .. ¡no estoy enfermo! Demasiado lo sabes .. ¡A qué finges como siempre!..—añadió, saliéndole á borbotones las palabras.—¡Si es tu mayor gozo ser hipócrita! La repugnante hipocresía es tu vicio. De esa manera precisas concluir conmigo; pero te engañas: si yo muero, morirás tú también. .

Aquel cambio inesperado no sorprendió á Mercedes, porque creyó que era la fiebre la que hablaba.

—¡Roberto, sosiégate, por Dios! Tranquillízate—le dijo suplicante, arreglando las ropas de la cama que Roberto, bregando, había puesto en desorden.

El hizo entonces un esfuerzo nervioso para levantarse; pero Mercedes lo contuvo:

—¡Mios, míos! ¡Cómo me engañas! —le dijo, riendo convulsivamente y apretando entre sus manos crispadas el vestido de Mercedes; —he aquí el color de tu vestido: ¡el mismo que usabas para enlutarte por la muerte de tu amado!.. ¡Si no puedes desprenderte de él ni olvidar su recuerdo! .

—¡Roberto—exclamó Mercedes,—llevo luto por mi padre!.. ¿Te has olvidado?

—¿Tu padre?.., ¡ah!, ¿encontraste un pretexto? —Sí, tu padre y toda tu familia...

¡No, mentira; llevas luto por tu amante..., por tu amante que llevó á la tumba la satisfacción de poseerte!..

Al escuchar la injuria, Mercedes no pudo contenerse ya: con los ojos estraviados, llenos de lágrimas, acercó su rostro al de Roberto y cual si fuera un lamento del alma, le dijo:

—¡Mátame! —á lo que Roberto contestó con un gesto de desprecio.—¡Mátame! —volvió á decirle con desesperación y resuelto ademán.

—¡Mamá! ¡Mamá! — gritaron los niños que hasta ese momento habían sido testigos mudos de aquella escena desgarradora; pero que, presintiendo instintivamente el peligro, corrieron á su madre abrazándola, como si quisieran resguardarla con sus débiles cuerpecitos.

Hubo un momento de silenciosa tregua, Mercedes tenía abrazados á sus hijos que lloraban acariciándola.

Roberto les dirigió una mirada terrible de odio rencoroso y, después de una brusca transición y volviendo á su rostro la sonrisa irónica, le dijo á Mercedes:

—¿Por qué están estos niños aquí? ¿Piensas que yo voy á pagarles el colegio para que no vayan?

Mercedes volvió á sobreponerse y:

—Aún no han tomado nada —contestó con voz apagada por la emoción.

—Y bueno: dales lo que les has de dar y llévalos.

Mercedes condujo á sus hijos á la otra división. Las tiernas criaturas, asustadas, con la mirada también llorosa, pero fija en los ojos de su madre, comieron silenciosos lo que ésta les daba.

En uno de los momentos que Mercedes salió al patio, se encontró con «la niña» de la casa, que, acercándose á ella, le preguntó, un tanto asustada:

—¿Le sigue el delirio?

—Sí..., pero ya está mejor —le contestó Mercedes maquinalmente volviendo á sus hijos.

Los niños habían terminado su desayuno; pero, Mercedes, se hallaba indecisa si llevarlos ó no. A pesar de todo, comprendió que Roberto se encontraba excitado por la fiebre y no quería dejarle solo. Entretanto, él la observaba y se daba cuenta de lo que allí pasaba. Viendo la indecisión de Mercedes y que sus hijos esperaban de pies, la dijo, con acento breve de mando:

—Y bien, Mercedes: llévalos de una vez. ¿A qué esperas?

Mercedes dudaba aún; pero á un ademán impaciente de Roberto, tomó de las manos á los niños, se agachó á ellos y les habló en voz baja. Los niños se acercaron á su padre:

—Adios, papá—le dijo tímidamente Merceditas.

—Adios—repitió Roberto, meditando.

El niño se dirigió hacia su madre que estaba en la puerta esperando; pero Merceditas se acercó más á su padre y:

—No te enojas con mamá—le dijo, suplicante.— ¡Nos quiere mucho y á tí también te quiere mucho!

Roberto contestó en voz baja:

—Sí, hija mía, sí... Ve á la escuela—y la miró conmovido.

—No, no voy á la escuela si no le das un beso á mamá.

Roberto se estremeció. Mercedes se había acercado á la niña:

—¿Vamos?—la dijo, tomándola de la mano.

—No --contestó la niña, moviendo su cuerpo, su cabecita con impaciencia, — no iremos al colegio si papá no te da un beso ¿Verdad, Robertito?.. Acércate, mamá, acércate y ya verás como te lo da...

¡¡Angeles que venís á la tierra á prestarnos consuelos bienhechores; alegrías del hogar, benditos seáis!!

Roberto quedó solo, solo consigo mismo, con su conciencia de borracho embrutecido aún por los vapores del alcohol, sintiendo remordimientos vagos, y simultáneos y agrupados recuerdos en la mente, dolores en el cuerpo, fríos que le hacían tiritar, llamaradas de fiebre circulando intermitentes por sus venas. Aquel beso que acababa de dar en la frente de Mercedes, que lo miraba con ojos severos, llenos de castigos; los sonrosados labios de sus hijitos, con sus miradas candorosas, apagadas de alegrías, suplicantes, tristes... La miserable situación á que los había conducido su aturdimiento en el vicio, entregado á él en la desesperación de los celos... Su orgullo de «hombre de bien,» ¡sus juramentos de hacerla feliz!; ¡aquél bárbaro ultraje que acababan de lanzar sus labios á ella, á la mujer más honesta, á la madre más cariñosa, á la que su culpa había conducido á la miseria que soportaba con tan santa resignación!.. ¡Todo eso y mucho más hervía y golpeaba en su cerebro, protestando de su inicuo proceder! Creyó que su cabeza iba á estallar y llevó á ella las crispadas manos. Después... quedó, por largo rato, sin poder pensar, sin darse cuenta de que existía; no percibiendo sino un ruido sordo en sus oídos, que lo atontaba, lo enloquecía, hasta que se sintió reaccionar, serenarse, yendo á él la realidad desnuda. Todos los vapores de la pasada borrachera habían desaparecido. Se sintió culpable, midiendo las monstruosidades de su acción, de sus procederes indignos de él..., y cuando Mercedes volvió de llevar los niños al colegio, la llamó á su lado, la tomó de las manos y besándoselas, la dijo:

—Mercedes, perdona todo el mal que te he hecho si tu corazón es tan hermoso que pueda perdonarme... ¡Soy un miserable!

Y había tanta dulzura en su triste expresión, que Mercedes, exclamó, con arrebatos de gozo:

— ¡Roberto, gracias..., gracias por nuestros hijos!— ¡y cayó en sus brazos desvanecida por la explosión de dicha que en aquel momento inundó su alma!

XXI

Roberto tuvo una crisis horrible. La fiebre se había vuelto á apoderar de él; pero, por su naturaleza robusta y resistente y por los excesivos cuidados que con él tuvo Mercedes, pudo dominarla y levantarse del lecho á los pocos días. En ese intervalo se había extenuado físicamente: el cuerpo encorvado, las mejillas hundidas, los pómulos salientes, enramados de amarillosa bilis los ojos, arrugada la frente, parecía que hubieran pasado por él diez años de sufrir constante. En seguida que pudo dar algunos pasos, se vistió para salir. Era necesario que lo hiciera, pues estaban ya sin recursos y la desgarradora miseria tocaba á la puerta de aquella habitación, mostrando su horrible desnudez de cuerpo y el espanto del hambre en sus ojos. Roberto no era el mismo de aquella noche en que llegara ebrio de alcohol. Durante los días de su enfermedad; en los períodos en que su juicio no se hallaba trastornado por la fiebre, siguió mostrándose cariñoso y conmovido con su esposa y sus hijos. Alentaba á Mercedes para que tuviera fe en el porvenir, resignación en el presente. No se manifestaba descorazonado; contaba con la existencia; tenía confianza en sus fuerzas, en su inteligencia, en su porvenir. Sólo una vez contrarió los deseos de Mercedes: viéndose ésta sin dinero, no se atrevió á decirselo á Roberto; pero no pudo ocultárselo cuando llegó el

momento que iba careciendo de pan que darle á sus hijos. Roberto, al saberlo, calló é hizo un movimiento para echarse de la cama; pero no bien levantó su cuerpo volvió á caer desplomado. La falta de vigor era extrema. Entonces Mercedes le dijo, timidamente:

—Si tú quisieras..., si me permitieras, Roberto...

—¿Qué, Mercedes?..—preguntóle, buscando con la suya su mano cariñosa.

—Estás débil, muy débil, Roberto. ¿Quién sabe cuándo podrás salir y cuándo conseguiremos recursos con tu trabajo? Deja que vaya á casa de mi familia y que le pida .. Ellos nos darán lo necesario y tú se lo devolverás después..

—¡No! —gritó Roberto estremeciéndose, y soltando la mano de Mercedes la dejó.

Después se repuso y, volviendo á tomarla, la dijo, con acento blando y suplicante:

—¿No sabes que me han hecho mucho daño? ¿No sabes que cualquiera cosa que de ellos me viniera me humillaría? ¡No, Mercedes mía, no quiero nada de ellos!..

—¿Ni de mi hermano?

—Federico es bueno; pero...—y bajando la vista murmuró:—Tampoco quiero nada de él.

Mercedes calló, no le volvió á hablar de «aquel recurso»; pero veía la horrible realidad: que pronto no tendría ni un pedazo de pan que darle á sus hijos y su cariño de madre protestaba de la obediencia de la esposa.

¡Qué triste cuadro era aquél cuando en las horas de las crudas noches de invierno se veía á Roberto, tendido en la cama, poseído del delirio; á Mercedes, sentada en el escalón de la ventana, teniendo en sus rodillas á sus queridos hijos, que inclinaban la frente adormecida sobre su pecho! La luz de una lamparilla de aceite dando sus reflejos á aquel cuarto... Ya no se encendía vela, porque el dinero faltaba. Aquellos pobrecitos niños no habían saciado su hambre, porque apenas se habían alimentado. .

—¡Resignación, sí, resignación!—decía Mercedes, mentalmente, mientras observaba silenciosa á sus hijos, allí, sobre sus rodillas, y á su esposo, allí, en el lecho...—¿No me

abandonará la suficiente fortaleza para poder resistir?.. ¡Miseria!.. ¡Oh, Dios mío, á qué estado me has dejado conducir! . ¡Y «ese hombre»... vivirá... y volverá á la depravación insensata del vicio! .; ¡volverá á insultarme!.., ¡á calumniarme!.. ¡Qué ciega estaba, Dios mío!.. ¿Por qué tras esa máscara de atrayente bondad, no adiviné la eterna desgracia que me traería esta unión?.. ¿Y aquí, en mi corazón? . ¡Casados!.. Lazo indisoluble que sólo la muerte rompe. . ¡Y aquí, en mi corazón, ya no hay amor para él!.. ¡Amor!.. ¡Qué sarcasmo!.. ¡Obediencia pasiva!.. ¡Resignación!.. Por vosotros, infelices inocentes; por vosotros úni- mente guardo esta vida... ¡Doble suplicio el de mi existencia! Presiento que ya no podré vivir al lado de «ese hombre»—repitió, y alzando el rostro, inundado en lágrimas: —¡Oh, Dios mío, Dios mío—continuó mentalmente, como invocando la misericordia del Altísimo,—protege á estos pobres desgraciados! . ¡Ten conmiseración de ellos, ya que yo no te la merezco!

Por fin, Roberto pudo levantarse y salir. Se detuvo un momento en la puerta, como dudando del rumbo que debía tomar. Después caminó maquinalmente. Llevaba, en su aturrida y debilitada imaginación, la sola idea de no volver sin recursos. ¿Dónde buscarlos? Pediría á un amigo... Pedir prestado con aquella exterioridad.. De sólo pensarle, la vergüenza enrojeció su rostro... ¿Á su hermano?.. Á ése, menos que á nadie: ¡despreciaría su miseria! ¡Oh, lo conocía bien.

—Veré á aquellos que me dieron trabajo en otro tiempo —dijo, deteniéndose un momento— y al decirles la posición en que me encuentro, tal vez ellos me adelanten... ¡No! —repuso estremeciéndose,—no tengo valor para pedir lo que no es mío. ¡La muerte!.. ¿La muerte?.. ¡Sí, el suicidio, eso será *mi último recurso!*

Y haciendo un movimiento de brusca desesperación, siguió caminando, volviendo á su rostro aquella sonrisa triste y á sus ojos la indefinida vaguedad de la mirada. De pronto se vió en la puerta de uno de esos establecimientos que por desgracia tanto abundan en la gran Atenas de la

América Latina; ¡en uno de esos envenenamientos públicos con el nombre de la tentadora «bebida»! Miró hacia adentro; la horrible tentación lo sugestionó; fué á entrar; pero, antes de hacerlo, buscó en todos sus bolsillos: no tenía dinero: recordó que el último se lo había dado á Mercedes y, produciendo un chasquido con la lengua, se encogió de hombros y siguió adelante, sin rumbo fijo, aturdido el cerebro y sedienta la garganta...

Mientras tanto, Mercedes había vestido á sus hijos y, con el afán de darles algún alimento, fué á hacer fuego; pero no había carbón. Los niños pidieron pan y tampoco lo había. ¡ni tampoco con qué comprarlo! ¡El ánimo de la pobre madre desfallecía!

—¡No hay, hijos míos, no hay!—les dijo, abrazándolos con su inmenso cariño;—papá ha salido para traer dinero y cuando vuelva compraremos pan y todo lo que nos haga falta.

Los niños callaron y fueron á un rincón, donde se sentaron, silenciosos, poseídos de esa tristeza que los niños manifiestan cuando tienen hambre y no pueden saciarla. Los momentos y las horas transcurrieron sin que Roberto volviera.

—¡Mamá—repitió Robertito, con voz quejumbrosa,—tengo hambrel

—Sí, hijo mío, sí; pero... ¡no tengo qué darte!—contéstole la infeliz madre, loca de dolor.—¿Qué queréis que haga, ángeles míos?

—¿Por qué no le pides á la viejita?—le preguntó, con timidez, la niña.—Parece muy buena...

—Tienes razón. No me había acordado. —Y Mercedes, seguida de sus hijos, salió al patio y se dirigió á las habitaciones de la dueña de la casa, penetrando en una salita, donde se hallaba aquélla hablando con su hija. Mercedes y los niños fueron recibidos por la «viejita,» como le llamaba Merceditas, con reservada frialdad: hacía tres días que se había cumplido el alquiler mensual de la pieza y ni siquiera habían ido á disculparse. Mercedes se quedó turbada ante la actitud de la anciana.

—Señora—barboteó con irresolución; pero, acordándose del hambre de sus hijos, añadió, tratando de ocultar su sonrojo, con una sonrisa indiferente y forzada,—usted me perdonará; pero me encuentro en un caso apurado...

—Diga usted, señora—insinuó la dueña de la casa, con gesto severo.

—Es que... ha dado la casualidad de que Roberto ha salido...

—¿Ya se ha levantado su esposo?—le preguntó la anciana con la misma reserva.

—Sí, señora—le contestó Mercedes, afirmando con el gesto y la voz.

—¿Luego ya está bueno?

—Bueno del todo, no; pero mejorado...

—Entonces...—y la anciana se detuvo para, observándola, preguntarle:—¿Qué quería usted decirme?

—Que Roberto ha salido y, como guardaba en el bolsillo del pantalón que lleva puesto todo el dinero que había en casa, él y yo nos hemos olvidado..., aturdidos por la enfermedad y por. .

—¿Y qué?—interrumpió la patrona de la casa, con mayor sequedad.

—Que me encuentro sin tener con qué comprar las cosas necesarias para darles el desayuno á mis hijos.

Y Mercedes, conmovida, no pudo ya ocultar sus lágrimas que pugnaban por salir á sus ojos.

La anciana la estuvo contemplando así por un momento, lo mismo que su hija y, con la misma frialdad de antes, le dijo:

—Concluya usted.

—Es que... desearía que tuviera usted la bondad, señora, de prestarme lo suficiente para hacer esas compras...

—Se lo devolveremos á usted, en cuanto vuelva papá—añadió, afirmando precipitadamente la niñita.

La anciana hizo un movimiento de sorpresa desagradable y ya iba, probablemente, á darle á Mercedes una contestación evasiva, cuando su hija se adelantó y, presentándole un billete de Banco, la dijo:

— Cómo no, señora... Tome usted y ocúpenos en lo que necesite.

— ¡Gracias, señorita! — contestó Mercedes, tomando aquel billete y, mirándolo con toda su alma de madre agradecida, salió de allí con sus hijos. Llegó á su pieza é iba á taparse para salir á comprar lo necesario, cuando se le presentó la chinita y le dijo:

— Dice la «niña» que me mande donde quiera.

— ¡Pan, mamá, compra pan! — exclamaron los niños suplicantes.

— Sí, hijos míos, voy á mandar por pan les contestó Mercedes, y dirigiéndose á la chinita á la que la entregó el billete de Banco, le dijo:

— Toma, cómprame tres pesos de pan y después irás por las otras cosas.

Y no había salido la chinita, cuando se presentaron á Mercedes la dueña de la casa y «la niña.»

— Señora—dijole la anciana, con semblante conmovido y solícito acento,—siento que antes no me lo hubiese usted dicho... ¡Tan tarde y sin haber tomado nada estos niñitos!.. Dispéñeme y hágame el servicio de aceptar estos hambres mientras preparo la comida... Son chucherías para los niños...

Mercedes lanzó un suspiro que más parecía un sollozo, expresando en él su agradecimiento á aquella espontánea acción.

— ¡Mil gracias, señora..., por mis hijos!

La «viejita» y la «niña» se deshicieron en cumplidos con Mercedes y en festejos con los niños... ¿A qué se debía ese repentino cambio en aquélla? ¡Oh, no es difícil suponerlo! ¿A quién no conmueve el dolor de una madre que pide pan para sus hijos?

XXII

Hacia seis horas que Roberto había salido y aun no volvía, cuando inesperadamente se presentaron á Mercedes «misia» Pepa, seguida de María. Mercedes y los niños quedaron sorprendidos. Desde que se habían mudado allí era la primera vez que lo hacían. Y no por culpa de «misia» Pepa, sino porque Mercedes se lo había pedido, primero con pretextos, después con súplicas y, por último, con expresa condición de que si lo hacía, ella no volvería á visitarlas. Cuando su madre le preguntaba los motivos que tenía, Mercedes eludía una contestación franca, pretextando el carácter de Roberto; pero no llegó á decirle nunca el deplorable estado de pobreza á que habían llegado. Sin embargo, Mercedes extrañaba que su hermano, que tanto los quería, no hubiera ido, á pesar de todo. Cuando, al llevar los niños á la escuela, entraba en la casa de su madre algunas veces, y le encontraba con Federiquito, éste eludía hablarle y se alejaba de su lado como si le contrariara tener una explicación con ella. Mercedes no encontraba otra causa de aquel despego, que la de que su hermano se encontraría sumamente preocupado con los estudios de los próximos exámenes. Y, sin embargo, no era ése el motivo. Federico amaba á su hermana como siempre, y tanto era así, que fué el que pidió á su madre que fuera á verla á su casa y se enterara de su situación. No; si Federiquito procedía con aquel aparente desapego era por

algo grave que había ocurrido entre él y Roberto, quien, como ya se lo había expresado á Mercedes, no quería tampoco saber nada de él.

Cuando «misia» Pepa y María entraron en aquella habitación, se quedaron atónitas, pues nunca pudieron imaginarse que Mercedes viviera en esa pobreza.

—¿Es por esto que no querías que viniésemos?—le preguntó «misia» Pepa. —¡Mercedes!.., hija mía, ¿qué es esto?

—¡Abuelita!—exclamaron los niños, acudiendo á ellas, con manifestaciones de alegría.—¡Tita!..

—¡Pobrecitos!—murmuró María, besándolos y abrazándolos cariñosa, para exclamar en seguida:— ¡Cómo viven en esta pocilga!..

—¿A qué han venido, mamá?.. ¿A qué han venido?—les preguntó Mercedes con transiciones de dicha y temor.

—¿Cómo que á qué hemos venido?—chilló «misia» Pepa, con indignado enojo.—¿Y me lo preguntas?.. ¿Pues has dejado de ser mi hija?.. ¿Que no debo estar con cuidado por ti y por mis nietos?.. Quince días sin saber nada; si se habían muerto ó si existían...

—Roberto ha estado muy enfermo...—murmuró Mercedes.

—Debiste avisarme...—y «misia» Pepa siguió hablando, dirigiendo la vista cada vez más indignada á la desnudez de aquella habitación con piso de ladrillo; á las ropas desgarradas, á las desgastadas que llevaban su hija y sus nietos.—Ahora comprendo tus pedidos para que no viniese más, ¡pobre hija mía! ¡A qué estado te ha conducido ese hombre!..

—¡Mamá, los niños!..—le suplicó Mercedes.

—Pero si no me puedo contener... ¡Nunca me lo hubiera imaginado! ¡Tu familia viviendo en la opulencia y tú en esta... pocilga..., pasando necesidades..., hambres!.. ¡Si lo veo y me parece mentira que tú seas mi hija, la hija mimada de tu pobre padre que en paz descanse!..

—Pero..., mamá, no soy yo la única ni la primera de quien los contrastes de la suerte se hayan apoderado...

—Sí; pero, cuando esos contrastes vienen porque así lo manda Dios, pase: no hay más que tener paciencia; pero cuando se les busca por mala cabeza ó por...

—¡Mamá..., los niños!..—repitió Mercedes, angustiada.

—¿Dices que tu marido ha estado muy enfermo?.. ¿Y dónde se encuentra ahora... ese buen señor?

—Ha salido para...

—Tengo que hablarle forzosamente, porque tu madre no puede consentir en que vivas así. ¡Pues no faltaba más! Por mayor repugnancia que me cause tener una explicación con «ese hombre» la tendré, y nos explicaremos. Sí, señor; nos explicaremos ó romperemos del todo, procediendo como se debe.

—Toma, Merceditas—le dijo María á la niña, dándole unos cartuchos de caramelos.—Toma, Robertito,—añadió, dándole otros al niño, que tomaron aquellas golosinas con la sorpresa infantil que luego se determina en manifestaciones de alborozo.

—Mamá—la dijo Mercedes, con acento emocionado;—yo te suplico que no le digas nada á Roberto. Está tan delicado que podría traerle una recaída...

—¡Que se muera!—exclamó «misia» Pepa, en un estallido de enojo.—¡Que reviente de una vez!..

—Yo soy su esposa y debo obedecerle...

—¡Y yo soy tu madre y no debo consentir que te tenga de esta manera. Pues no faltaba más que una madre se hubiera desvelado tanto por su hija, que es carne de su carne, para que venga un pelafustán á ponerla en este estado!

—Sin quererlo, madre mía, vas á hacerme más desgraciada de lo que soy.

—Eso lo veremos.

La dueña de la casa y la «niña» hicieron naturales aspavientos al ver entrar á la pieza de su inquilino á aquella señora y á aquella señorita tan lujosamente vestidas, á pesar del luto que llevaban, y aunque ellas no estuvieran acostumbradas, como decía aquélla, á enterarse de lo que pasaba en casa ajena, desde que las vieron aplicaron el

oído á la puerta que las separaba y desde allí se enteraron de todo, haciendo sus comentarios, maltratando á aquel pícaro marido que, siendo de una familia rica, dejaba que su mujer y sus hijos perecieran de hambre. Y estaban en esa conversación «misia» Pepa y Mercedes cuando se presentó Roberto. Su aspecto era sombrío; su semblante se encontraba más pálido que cuando salió por la mañana; los ojos húmedos..., lívidos los labios..., el paso incierto ..

Al ver á su suegra y á su cuñada no pudo reprimir un movimiento de ira; pero se repuso y, dominándose, hizo una transición y se dirigió á saludarlas. «Misia» Pepa se con- tuvo también; pero no sin desafiar con la suya la primera mirada que les dirigiera Roberto. Contestó, sin embargo, al afectuoso saludo de Roberto, con reservada frialdad.

—Gracias, señora—le dijo Roberto á «misia» Pepa, como si no hubiese notado su actitud primera,—porque se han dignado ustedes venir á esta pobre habitación... Es una honra para nosotros...

—Roberto—contestó la madre de Mercedes, que se había aplacado ante la actitud un tanto humilde de su yerno, —usted ha debido manifestarnos la situación en que se hallaban. Yo no podía imaginarme. ¿Qué me había de imaginar? Parece que rehuye usted el ser de nuestra familia...

—¿Y por qué, señora?—le preguntó Roberto, fingiendo sorpresa; —¿por qué hemos venido á menos? Estas son las contingencias de los hombres de negocios. Su otro yerno do usted ha subido y yo he bajado... ¿Hay nada más natural?

—Pues por eso mismo yo no puedo consentir...

—¿El qué, señora?.. Tenemos vuestras camas donde descansar de las fatigas del día... Una mesa..., silla?... ¿Qué más podemos necesitar de la fortuna adversa?..

—Falta...

—¿Qué falta, señora?

—Falta aquello á que mi hija ha estado acostumbrada toda su vida...

—Yo no pido nada—repitió Roberto, midiendo sus palabras con toda tranquilidad. Después sonrió y dirigién-

dose á Mercedes, la preguntó:—¿Necesitas algo que no pueda darte tu marido?

—Nada, Roberto—contestó Mercedes.

—¡Qué ha de decir ella!—exclamó «misia» Pepa, tanto más irritada cuanto más mesurado fingiera hablarle Roberto;—¡qué ha de decir si usted la ha privado. !

—¡No, no es cierto, mamá!..—la interrumpió Mercedes prontamente.—Roberto no me ha privado nada...

Roberto las estuvo observando, sin descomponerse, sin hacer un solo gesto que exteriorizara su contrariada voluntad.

—¿Ya lo oye usted, señora? Su misma hija le contesta. Vaya, «querida suegra,» no exija usted de nosotros lo que no estamos dispuestos á aceptar. ¿No es verdad, Mercedes?—dijo, con su bondadosa calma de otros tiempos.

Mercedes hizo una muda afirmación.

—Déjenos usted así, que ya saldremos cómo podamos—agregó.

—Bien—contestó «misia» Pepa, al ver la actitud de su hija,—está bien; puesto que tú, Mercedes, obedeces tan ciegamente á tu marido..., nada te digo. Vamos, María.

María escuchaba, sentada, en silencio, teniendo á su lado á los dos niñitos que la abrazaban, la besaban, en silencio también.

«Misia» Pepa se despidió de ellos cuando María les dijo á Roberto y á Mercedes:

—¿Quieren que nos llevemos á los niños? Déjelos, Roberto, los mandaremos mañana.

—¡Mañana!—repitió Roberto, estremeciéndose.

—Pero...—dijo Mercedes, comprendiendo que Roberto no accedería,—están sucios, María..., el traje destrozado...

—Bien—contestó, sin embargo, Roberto, asintiendo al pedido de su cuñada;—pueden llevarlos hasta mañana que pasará Mercedes á buscarlos.

Aunque tan inesperada condescendencia sorprendió á Mercedes, sintióse gozosa al ver que Roberto accedía. Tal vez no había conseguido recursos y al menos que sus pobres hijos no se vieran esa noche envueltos en nuevos su-

frimientos... En un instante los asearon, entre ella y María, y en seguida se dispusieron á marchar.

—¿Por qué no vienes, mamita?—le preguntó la niña á Mercedes, que agachó la frente sin contestar.

—Vete —la dijo Roberto, insinuándole las palabras de su hija.

—No, Roberto —contestó Mercedes;—me quedo contigo.

Roberto se encogió de hombros, como si le fuera indiferente, y pasó á la otra división.

Mercedes acompañó á su madre hasta la puerta. «Misia» Pepa, al besarla, la dijo:

—Mercedes, es necesario de que convenzas á tu marido de que hace mal en teneros así y que debe...

—¡Ay, madre mía! —replicó Mercedes, conteniendo sus sollozos, —tengo el presentimiento de que has hecho mal en venir.

«Misia» Pepa volvió á besar á su hija, y ella, María y los niñitos se alejaron. Cuando Mercedes entró y fué á dirigirse á su pieza se encontró con la «viejita» y la «niña,» que la recibieron con cariñosos saludos y nuevos ofrecimientos.

Roberto estaba allí, en la otra división, en la que les servía de dormitorio, de pie, paseando de un lado á otro, con las manos en los bolsillos del pantalón, meditabundo y sombrío...

Al oír que Mercedes volvía, levantó la cabeza y clavó la mirada en sus ojos.

—¿Has sido tú quien las ha mandado llamar?—le preguntó.

—No, Roberto —le contestó Mercedes, sin eludir su mirada.

—Pues hubieses hecho bien, porque habrías tenido con quién desahogarte; ella, tu madre, te ha de haber dado para comprar...—añadió, señalando los restos de comida que había sobre la mesa.

—No ha sido ella.

—¿No?.. — preguntó Roberto, deteniéndose; — ¿pues quién?

—He pedido prestado á la dueña de casa. .

—¿Prestado y le debemos el mes de alquiler?..

—¡Nuestros hijos tenían hambre, Roberto!—exclamó Mercedes, con angustiado acento de madre.

—Es verdad. ¡Pobres niños! Qué culpa tienen ellos de... --y se detuvo pensativo.— Mercedes—la dijo luego, -- un antiguo dependiente de la casa de mis padres me ha ofrecido el puesto de. .

—¿De qué, Roberto?

—De capataz en un negocio que ha emprendido. Yo he aceptado y mañana nos iremos á vivir al mismo establecimiento.

—Está bien, Roberto—contestó Mercedes maquinalmente.

—Toma, devuélvele á la dueña de casa lo que te haya prestado, que supongo no será mucho, y págale lo que le debemos de alquiler hasta mañana.

Mercedes tomó los billetes de Banco que le diera Roberto, sin dejar de mirarlo fijamente. En aquella fisonomía se notaba la profunda huella de la enfermedad. Tranquilo, sereno, melancólico; pero, aquella tranquilidad aparente, aquella serenidad, que Mercedes consideraba fingida; aquella melancolía de otras horas..., ¡oh!, Mercedes no se engañaba, ocultaba el violento huracán pronto á desarrollarse. Mercedes pasó á las habitaciones de la dueña de la casa y volvió á los pocos momentos, pudiendo eludir con dificultad las multiplicadas preguntas que, unas tras otras, la hicieron la «viejita» y la «niña», las que, á pesar de «no correr prisa,» quedaron muy satisfechas por haberseles pagado «tan pronto» lo que se les debía.

—Mercedes—le dijo Roberto, cuando ésta volvió,—he reflexionado y creo que tú también deberías ir esta noche á casa de tu madre.

Mercedes lo miró como antes.

—¿Qué idea te ha venido ahora, Roberto? ¿Por qué persistes en quedarte solo?

—Si, solo—le contestó Roberto, haciendo una mueca que quería semejar una sonrisa;—solo...—repitió, añadien-

do, con afectuosa voz:—¿Por qué te he de hacer sufrir con mis sufrimientos?.. ¿Por qué has de pasar necesidades cuando tu familia se encuentra en la opulencia?.. Ya ves, tu padre ha muerto y nada les has pedido hasta ahora de tu herencia... Tu madre ha dicho bien: sería demasiado egoísmo, demasiada ceguera privarte de lo que es tuyo. Lo veo ahora; es más, Mercedes, lo comprendo y tengo la suficiente fuerza de voluntad para no consentirlo... Vo, Mercedes, ve al lado de tu familia. —Y Roberto le hablaba tranquilo, amable, incitándola con el gesto á que marchara. Mercedes no perdía una sola de sus palabras; lo escuchaba atenta y movía la cabeza, como afirmando una idea latente. Lo observó con más fijeza y, tomándolo de los brazos y atrayéndolo á ella, le dijo:

—Roberto, tú meditas algo siniestro.

Al oirla, el semblante de Roberto se demudó; quiso eludir aquella mirada clavada en sus ojos, volviendo hacia otro lado la suya; pero, Mercedes, alzándose hasta él, le tomó entre sus manos la cabeza y, con una energía que nunca había demostrado, la sujetó, mirando siempre en sus ojos.

—¡No, mírame!.. ¡Mírame, Roberto! Si no me miras me quedará la duda, y la duda es peor que la realidad en este momento. ¡Dime que quieres alejarme para cometer el mayor de los crímenes!.. Habla, Roberto, habla... ¿No hablas?.. ¡Ah, Dios mío!.. ¡Dios mío!, ¿me quieres más desgraciada? ¿Y tus hijos, Roberto, y tus hijos? ¿Quieres añadir á la miseria de nuestra existencia y á la debilidad con que te dejaste dominar por el horrible vicio del borracho, el suicidio! ¡Tus hijos execrarians tu memoria maldita!

La voz de Mercedes era baja, tan baja que apenas llegaba al oído de Roberto; pero en ella, si bien había el eco de la desesperación, se demostraba la firmeza de un carácter templado, como el acero, en las lágrimas del dolor.

—¡Suéltame! —la dijo Roberto, esquivando siempre la penetración de su mirada.

—No, no te suelto hasta que me digas la verdad...

—¿Quieres saberla? —le preguntó Roberto, mirándola

entonces con la intensidad del pensamiento;—pues bien, Mercedes,—agregó, acentuando,— ¡la verdad es que estoy dispuesto á... todo!

Mercedes lo soltó como si un resorte magnético abriera sus manos; pero sus ojos continuaron fijos en Roberto, como si quisiera abarcarlo en sus momentáneas intenciones, en sus mínimos movimientos.

—¿Que estás dispuesto á... **TODO**, has dicho?..—le preguntó;—pues yo también lo estoy. ¿Oyes, Roberto? ¡También estoy dispuesta á todo!

—¿Y qué entiendes por todo, Mercedes?

—¿A qué? ¡A que si sucumbes de la manera que piensas sucumbir, yo también! A la miseria, al llanto, á ver al hombre que tanto *he amado*; al que me lo figuré noble, generoso, altivo, sin temor á los embates de la vida, convertirse en un ser depravado, vicioso... ¡Cobarde!

—¡Mercedes!—rugió Roberto, como si le azotara el rostro con la ofensa.

—¡Déjame decirte lo que yo entiendo estar dispuesta á **TODO**!—continuó Mercedes, siempre en voz baja y vehemente, con palabra rápida y nerviosa;—sí, Roberto; el hombre irresoluto, mezquino ya de sentimientos, que, alucinado por la más infame de las sospechas, se envileció ultrajando á una mujer, logrando arrancar de aquí, de este corazón, todo el inmenso cariño que te tenía, gozándote en abrir heridas cicatrizadas..., porque yo te amaba..., ¡te amaba con toda mi alma!.. ¡Hoy no te amo, Roberto!..

—¡Ah!..—exclamó Roberto, estremecido por la revelación de Mercedes.

—¡Y cuando te lo digo sin titubear, mira si yo también estaré dispuesta á todo!

—¿Sí? .—preguntó Roberto, irguiéndose con furia y, metiendo la diestra en el bolsillo, sacó un revólver con el que fué á amenazar su cabeza.

—¡No!—exclamó Mercedes, luchando brazo á brazo con él, con el cabello y las ropas en desorden, los ojos enrojecidos y preñados en lágrimas, con los labios temblorosos;—

mátame á mí primero, porque no quiero maldecir tu cadáver, como mi padre te maldijo al morir; ¡porque no quiero la vida para oír que tus hijos maldigan tu memoria! ¡Déjalos allí donde están, que allí no se morirán de hambre!..; no verterán el amargo llanto que presiento verterían á nuestro lado. ¡Mátame, Roberto, antes de darte muertel.. ¡Así, solamente así, romperemos el lazo que nos liga!.. ¡Así, solamente así, borrarás de mi alma tu imagen grabada con sangre!

—¡Sea!—dijo Roberto con voz lúgubrementé siniestra.

Y fué á tomar á Mercedes para elegir con el arma que empuñaba el sitio donde herirla de muerte, cuando se oyeron golpes quedos y precipitados en la puerta que daba al zaguán y en seguida, abriéndose ésta, entró la chinita que les hacía los mandados á Mercedes, como si alguien la impulsara desde afuera.

—Señora, dice la patrona que si tiene algo que mandarme...

—Nada—contestó Mercedes, tratando de que no viera el arma que preparaba Roberto.

—Es que voy á salir, «niña», y si quiere...—insistió la chinita.

—Nada, no necesito nada—repitió Mercedes.

—No se olvida, «niña»—volvió á insistir la chicuela:—usted me dijo que la hiciera recordar que tenía que comprar velas...

—Ah, sí, velas; pero. .—y cuando Mercedes buscaba un pretexto para alejar á la chicuela y Roberto escondía el revólver en el bolsillo, se oyó la voz de la «viejita» que decía:

—Cristina, no molestes á los señores. Siempre has de incomodar á todo el mundo. ¡Sal de ahí!

Y la «viejita» y la «niña» se presentaron en la puerta.

—Buenas tardes, «misia» Mercedes—la dijo, mientras su hija, disimulando el interrogador asombro, saludaba tras ella con un movimiento de cabeza.—¿Cómo lo pasa el señor? ¡Poró tan enfermo... que recién se levanta, ya ha

salido á la calle!.. ¡Es una imprudencia! ¡Muy mal hecho!
¡Capaz de tener una recaída!

—No, señora, estoy bien—contestó Roberto, con voz ronca y buscando un apoyo en que sostenerse.

—Bien—contestó la anciana penetrando del todo en la habitación con su hija;—pero á mí me parece que está usted muy débil todavía y que no deberían hacer con tanta precipitación la mudanza... Esperen unos días... Las mudanzas son siempre trabajosas y más para un señor enfermo...

Roberto, haciendo un esfuerzo supremo para mantenerse en pie, contestó, con voz seca y palabra concisa:

—Doy á usted gracias, señora, por el interés que se toma por mí. Yo lo agradezco..., pero estoy bien; no necesitamos nada y... nos es indispensable marcharnos mañana...

—Sí, señora; gracias—añadió Mercedes, que sentía por aquellas mujeres el más vivo agradecimiento... Mi esposo sigue indispuerto. Va á acostarse y... antes de que concluyera la frase, Roberto, estremeciéndose todo, lanzó un quejido y, abriendo la boca, como si le faltase aire á sus pulmones, extendió los brazos y cayó sin sentido.

La «viejita» y la «niña» lanzaron un hipo de espanto.

—¡Ahí tiene usted «misia» Mercedes, ahí tiene usted lo que yo decía!—exclamó la anciana, acercándose, con su hija, al cuerpo de Roberto. Y viendo que éste no reaccionaba ni se movía, se agachó cuidadosa, tomóle los pulsos de la frente y la muñeca. Después, con tono misterioso, añadió:

—Esto es una... ¿Cómo le llama el médico?.. No..., ¡ah, sí, una «congestión cerebral!» Ha perdido el conocimiento y el habla... Corre, Manolita—le dijo á su hija;—calienta agua y tráela,—y volviéndose á Mercedes que también se había inclinado sobre el cuerpo de Roberto, llamándolo:—Usted me permitirá, yo soy muy práctica... Le pondremos una botella llena de agua caliente á los pies y unos sinapismos para que baje la sangre... Es el remedio que yo le hacía á mi difunto que también padecía de esta enferme-

dad. A ver, vos, Cristina, dile al almacenero que venga con eso y nos ayude á colocarlo en la cama.

Manolita habia corrido á la cocina y la chicuela iba á salir para dar cumplimiento á lo mandado por la patrona, cuando Mercedes, deteniéndola, dijo á la anciana:

—No, señora; no llame usted á nadie.

—Tiene usted razón, no hay para qué enterar á los extraños...; pero nosotras solas no sé si podremos...

—Ustedes tendrán la bondad de ayudarme... Haremos un esfuerzo...—murmuró Mercedes, que, como acertadamente lo habia dicho la anciana, no deseaba que nadie más se enterase de lo que allí ocurría.

—Bueno—replicó la anciana, que también estaba «dispuesta á todo;»—lo levantaremos nosotras...

Y dirigiéndose á la puerta llamó á Manuelita, que acudió en seguida.

—Vamos á ver—continuó la anciana, con voz varonil, haciéndoles señas á su hija y á la chicuela:—usted - dijo á Mercedes, que estaba al lado de Roberto tómelo por el cuerpo, yo y Manuelita por los brazos, y vos, Cristina, lo tomas por los pies.

El cuerpo de Roberto parecia dislocado y su peso era superior á las fuerzas de los cuatro; pero, arrastrándolo, consiguieron su objeto.

—¡Abre esas sábanas, torpe!—exclamaba la anciana, pujando sofocada y dirigiéndose á la chinita, la que, prendida á las piernas de Roberto, apenas podía contener la risa, comprimida por las furibundas miradas de Manuelita. —Así—añadió la anciana, después que colocaron el cuerpo de Roberto en la cama.—Ahora, mientras que nosotras preparamos el agua caliente y los sinapismos bien cargaditos de mostaza, usted le quita la ropa; y... los niños, ¿dónde están?

—¿Pero, mamá—le contestó Manuelita;—no visto que se fueron con aquellas señoras?

—¡Ah, es verdad! ¡Jesús, no sé dónde tengo la cabeza!.. Vamos, hija, á preparar... No se asusta usted, «Merceditas», que no será nada. . Si lo sabré yo acostumbrada

á mi difunto... Y en todo caso—agregó al oído de Manuelita,—se llama al médico, porque me parece que ya está para sacramentarlo.

Y viendo que la chicuela se había quedado embobada mirando á Roberto, le preguntó, con chillidos de cotorra:

—¿Qué haces ahí?.. ¡Torpe!... ¡Bruta!.. ¿No ves que estorbas?

Y de un cogotazo, no muy suave, la hizo salir, yendo tras ella con Manuelita.

Mercedes volvió á quedarse sola..., ¡sola con el cuerpo inmóvil de Roberto!

—¡Oh Roberto..., Robertol — dijo, contemplándolo;— Dios no ha querido que concluya aún mi suplicio!

XXIII

Han pasado dos años.

La situación de Roberto ha tenido múltiples alternativas. Después de atravesar un período de enfermedades, de miserias, de sufrimientos íntimos y de luchas, constantes y terribles, por la vida; de haber descendido á los trabajos más penosos y de verse obligado á «ocultar» su familia en uno de esos caserones sucios, lóbregos y sombríos á los que damos el nombre de «conventillos;» de soportar en silencio la indiferencia despreciativa de los que, en épocas mejores, le llamaban «distinguido amigo» y de ver cómo hulan de rozarse con él «aquéllos» y «éstos,» por temor, probablemente, de que los manchase «con la pringue de su sombrero,» de que nos habla Alfonso Karr; de haberse arrastrado nuevamente en la embriaguez alcohólica; de producirle á la infeliz Mercedes nuevos y mayores sufrimientos con sus accesos de insania; de dominarse, de sobreponerse al repugnante vicio; de ser el capataz de una caballeriza y pasar de allí á cobrador de una agencia y después á vendedor de una casa introductora de géneros, se hizo agente de negocios y logró volver á la Bolsa, rehabilitándose como corredor, pudiendo entonces llevar su familia, desde una modestísima vivienda de tres piezas á una linda casita, situada en una de las calles del Sudoeste, no lejana del centro de la ciudad. Era la casita de aspecto

serio, á lo inglés; su frente pintado al óleo, ceniza ó gris, con balcones venecianos y persianas de cedro; zaguán recuadrado con mayólicas y bellos paisajes, con piso de ataracado mosaico *extranjero*. Verdad que allí no había *hall* ó vestíbulo, porque entonces eran pocas las casas que lo tenían; pero, en cambio, el primer patio, á que daba acceso el zaguán, asegurado contra importunos ó gente peligrosa por la artística cancela, cubierto estaba, á lo largo, y en su mayor parte por cristales de colores que daban reflejos pintorescos á los jarrones de «terra-cotte» en que descollaban bellísimos arbustos y enredaderas cubiertas de verdes hojas y fragantes flores. Se dividía el edificio en amplia sala y antesalita ó escritorio. Seguía el dormitorio matrimonial. Luego el de Mercedesitas. En seguida el comedor que cuadraba el primer patio y daba acceso al segundo; la pieza de Robertito; cuarto de baño y «toilette.» Confortable cocina, al lado de la despensa y bodega... Habitación para el servicio, separada del cuerpo bajo y á la que se subía por una escalerita de mármol.

Buenas alfombras cubrían los entablados de la sala, antesala y dormitorios, siendo los colores de las primeras más delicados..., estera de «coco» con dibujos oscuros en el comedor. Un Pleyel de concierto y un portamúsica de ébano, con incrustaciones de nácar; sofases y sillones de brocatel carmesí y jacarandá labrado; marcos dorados, forma de óvalo con espejos biselados; algunos cuadros con pinturas al óleo; colgaduras bordadas y adornadas con cenefas de gro punzó, suspendidas de galerías doradas; tibores, álbums, tarjeteros y canastillas de plata filigranadas en veladores y mesas de arrimo, y consolas y otros primorosos objetos en la sala y antesala. Los juegos de los dos primeros dormitorios eran de jacarandá con servicio de la más fina porcelana. Colgaduras iguales á aquéllas y con iguales adornos. Armarios de espejo y otra infinidad de detalles que las damas de buen gusto distribuyen y ordenan en las habitaciones consagradas al descanso. Los muebles del dormitorio de Robertito eran más modestos, pero aparentes: una camita de hierro pintada de azul en su fondo;

colcha de damasco y blancas fundas sin encajes; una alfombrita; un lavatorio de hierro también, con un pequeño espejo; un armario-biblioteca de nogal con algunos libros de estudio; un portarropa y una mesita de luz junto á la cama. Los muebles del comedor eran de nogal y cedro: una mesa, al parecer de veinticuatro cubiertos; aparador de dos cuerpos, cristaleras, sillas de vaqueta y otros muebles sustentando objetos de plata, porcelana de Sevres, cristales de Bohemia, de roca, de muselinas preciosas. Cuadros al óleo de caza y paisajes decorando las paredes. Cortinas, lámparas y arañas de cristal y bronce... He ahí el nuevo hogar en que vivían Roberto, Mercedes y sus dos hijos. Allí estaba ella, la que, á pesar de las penas sufridas, de las miserias soportadas, de los terribles engaños experimentados, se hallaba en todo el esplendor de su hermosura: terso y aterciopelado el cutis, de un pálido moreno transparente; brillante el negro de sus rasgados ojos, como el de sus ondeados y abundantes cabellos; su cuerpo flexible y erguido; sonrosados los labios y esmaltada en blanco su igual y pequeña dentadura. Sólo el tinte de tristeza innata se notaba siempre en aquella fisonomía... Su traje habitual de color negro... Tanto se había acostumbrado á él que con él concurría á todas partes y era su perenne hábito.

Como ella, Roberto no tenía en su rostro ni en su cuerpo las remarcables huellas de una vida agitada, violenta y poderosamente trabajada por los golpes de la desesperación, de la desgracia, de la impetencia moral, aunada á los impulsos de la embriaguez alcohólica; porque Roberto, entregado al vicio de las bebidas espirituosas sólo se detenía en él; sólo daba tregua á esa terrible pasión, que se había sobrepuesto en él á todos los afectos, para darse al trabajo material y rudo, donde las fuerzas de sus músculos de acero y sus facultades pensantes se adormecían; á las prosaicas tareas de la inteligencia mercantil, donde los recuerdos íntimos se olvidan y se posponen...

Y así fué como Roberto, en aquellos instantes en que

el vicio lo dominaba y con sed de furioso se entregaba á ella, eludiendo, primero, la mirada de los «conocidos,» desafiándolos luego con la suya y, por último, en plena taberna, palpitante de parroquianos, se dejaba llevar por los impulsos de una borrachera desordenada, se dejó ver por sus cuñados Guillermo y Federico, á quienes, vislumbrándolos con el fuego del alcohol que ardería en su cabeza, insultó y befó, delante de todos. Y es así como ellos, que por consideraciones de familia y conmiseración á Mercedes, se apartaron de él, sin aceptar sus provocaciones, con repugnancia y dolor. De ahí surgieron rumores que, agregados á su catástrofe comercial, lo hicieron temible para la sociedad y despreciable para los demás hombres. Llegó á tener por amigo, como su solo amigo íntimo, aquel Carlos que en la noche aquélla en que se bautizara un hijo de Guillermo, difamó su nombre y calumnió la virtud de su mujer; pero como él lo ignoraba, cosa muy común, la amistad se hizo tan estrecha que Carlos decía en círculos del vicio á que ambos frecuentaban:—Yo hago de Roberto lo que se me antoja.»—Por otra parte, la fortuna de Roberto, adquirida con cierto misterio, crecía como la espuma. Muchos trataban en vano de descifrar aquel enigma; pero muchos también lo veían hacer grandes jugadas «al alza» y á «la baja» de la Bolsa, donde fué admitido de nuevo como corredor, salvándose inconvenientes «insalvables». Como era lógico, en los corrillos se hablaba con asombro al verle hacer compras de créditos flotantes por cantidades casi fabulosas, pagadas al contado primero y luego á plazos. Esos créditos, que el día anterior estaban en completa depreciación, eran reclamados al siguiente con precios increíbles. Desvaneciéronse entouces las dudas, haciéndose la siguiente conjetura: Roberto debía ser el agente de los negocios secretos de alguna personalidad muy altamente colocada en las esferas políticas, á la cual no convendría dar la cara de frente por temor de que la maledicencia se cebara en su nombre y en él. Y en las asombradas exclamaciones de los más, notábase la «perra envidia» por la suerte de aquel corredor al que, sin em-

bargo, llegaron al fin á prodigarle las más distinguidas y respetuosas consideraciones.

En aquel nuevo hogar, donde reinaba la abundancia y el lujo, sólo faltaba una cosa: alegría verdadera y espontánea. Una tranquilidad glacial, un silencio casi sepulcral era lo que allí se notaba, interrumpido, algunas veces, por las notas del piano tocado por Mercedes. Este ángel de bondad, de candor y de bellissimo rostro, contaba entonces diez años, y en su espíritu y su cuerpo era ya un vivo trasunto de su madre. Ella y su hermano Robertito, que tenía un año menos, estaban recargados de estudio, por orden terminante de su padre, é infelices de ellos, si, rendidos por el sueño y por el justo cansancio de su debilidad de niños, se entregaban á aquél sin terminar sus deberes diarios. La misma Mercedes estaba encargada y obligada á llevar en un libro de memoria las lecciones repasadas y firmadas por los niños. Cuando Roberto llegaba de noche á su casa, aunque fuese á altas horas, tomaba esa memoria, la hojeaba, y si veía que no estaba firmada por los niños, se dirigía á sus lechos, los despertaba y los castigaba brutalmente. Mercedes llegó á protestar por su hijo una noche, y entonces, aquel hombre incomprensible ya, sacó á Robertito de su cama y con la frialdad siniestra de un verdugo, sin hacer caso del terror que se pintaba en el rostro infantil del desgraciado niño, lo azotó doblemente aquella noche. Esas pobres criaturas, para quienes los juegos de su edad y las dichas de la infancia les estaban vedados, tenían temeroso respeto á su padre, el que no les prodigaba sino severas frases y acciones violentas. Mercedes iniciaba pocas veces la conversación con Roberto. Hablaba apenas con él de aquello que era necesario, y cuando lo hacía, siu mostrarse violenta en su voz, ni en su gesto, le dirigía la palabra con la fría indiferencia que pudiera hacerlo con un extraño á quien tuviese que obedecer. Esa conducta pasiva de Mercedes, de quien no escuchaba ya recriminaciones por sus procederes desordenados, ni alabanzas por su tesón y constancia en el trabajo, contrariaban á Roberto al ex-

tremo de que, reavivando los recuerdos del pasado, pretendió luchar de nuevo por encender aquella imaginación y por que aquel corazón correspondiera á la no apagada pasión de su alma; pero todo fué inútil. Mercedes era para él un ser autómeta, una estatua de perfectos contornos tropicales, y Roberto el Pigmaleón que había arrancado á su obra el fuego sagrado con que la animara. Haciendo tal vez sacrificios inmensos, cálculos peligrosísimos con los intereses que se le confiaban, la rodeó de la noche á la mañana de lujo y comodidades, esperando que aquella, que él consideraba agradable sorpresa, le valiese siquiera una sonrisa, si no de amor, de agradecimiento; pero Mercedes miró aquellos muebles, aquellas alhajas y los billetes de Banco que su esposo le entregara, con la misma indiferente frialdad observada por ella en la miseria; parecía decirle, á cada instante:

—Para mí todo es igual, «porque estoy dispuesta á todo.»

Las amenazas de muerte no volvieron á repetirse desde aquella tarde; pero, ¿qué más muerte para ella que la que llevaba en el corazón..., ese corazón ya sensible sólo para sus hijos; insensible á las ardientes manifestaciones del amor; cadáver pasivo para el que nada podría importarle que fuese su mortaja de caricias ó de insultos, de telas preciosas ó de andrajos? Y, sin embargo, aquel orden, aquel exquisito y elegante gusto con que estaba hecho el arreglo de la casa, era obra suya; pero que sólo respondía á una obediencia automática.

XXIV

Los días transcurrieron y Roberto fué afianzando, cada vez más, su crédito en los centros mercantiles. Las personas que componían esos centros, al verlo en posesión de ríos de oro y montañas de papeles bancarios, dar estricto cumplimiento á sus compromisos y usar de una correctísima formalidad en todas sus operaciones, fueron, poco á poco, confiándose á él, hasta aclamarlo el más hábil de los bolsistas. Los mismos que cuando pobre, desprecupado en el vestir y entregado á los desórdenes de una vida crapulosa, se alejaban de él con desprecio, fueron los primeros en admirarlo, en rodearlo, felicitarlo y estrecharle la mano con efusiones y palabras de reiterados ofrecimientos. Para ellos llegó á ser el Roberto de otros tiempos, noble, generoso, caballeresco; ni aun siquiera les quedaba el recuerdo de aquella transparencia de miseria, de extravíos, de vergonzosa pobreza... Hay entonces que creer que lo que más nos dignifica y regenera, no es solamente el trabajo, sino el dinero. Convertid el hombre en bestia y colocad en sus espaldas dos sacos, uno lleno de precioso metal y otro lleno de vicios, y ponedlo frente á frente del hombre sin vicios y sin el precioso metal y preguntad á los que saben apreciar «esas cosas» cuál vale más de los dos. Qué ingenua pregunta, ¿verdad? Y, sin embargo, es indudable que el talento y la virtud son las dos únicas jerarquías á las que las sociedades modernas

otorgan timbres ó ejecutorias de nobleza; pero, ¿se negará que, tanto en uno como en los otros, se entroniza muchas veces el vicio cubierto con la brillante púrpura, y que no siempre es la virtud y el talento verdaderos los que esas sociedades premian? ¡Hasta el mismo Guillermo llegó á olvidarlo todo y en acertado momento se acercó á él, lleno de admiración y le tendió su mano! ¡Con qué fruiciones de satisfacción irónica estrechó Roberto aquella mano! ¡Cómo pasó por su imaginación, en ese instante, «aquel pasado!» ¡Cuán rápidos cruzaron doce años de una amistad perdida y recuperada por unos cuantas operaciones de Bolsa! ¡Cuál vió á la esposa de ese hombre, sobre la cual él arrojara la fatal culpa de sus desgracias! ¿Después?.. Nada: la vaga sonrisa de otros años.

—Yo siempre te he querido, Roberto, y miraba con amargura nuestra separación.

—Lo creo, Guillermo, yo también te apreciaba... y aún te aprecio.

—Gracias, Roberto. ¿Por qué no vas á casa?

—Por la misma razón que has tenido y aún tienes para no ir á la mía.

Aquellos dos hombres se miraron, estrechándose las manos con palmaditas cariñosas. ¿Se comprendieron? Es más que probable, porque ambos lanzaron una carcajada estrepitosa y siguieron estrechándose las manos.

—Ven luego á comer con nosotros -le dijo Guillermo, —y así me probarás que no nos guardas rencor.

- ¡Rencor!.. ¡Ni que lo pienses!.. ¿Vives en?..

—¿Tan pronto te has olvidado?

—¡Ah, sí!; es verdad: ya no me acordaba .. Hasta luego, mi buen amigo Guillermo.

—Que no faltes, querido Roberto.

Guillermo al llegar á su casa, y lo hizo más temprano que de costumbre, contó á Julia lo del encuentro y la reconciliación, ponderándole los asombrosos negocios de Roberto y su habilidad para realizarlos.

—¡Figúrate, Julia, si llegáramos á asociarnos adónde llegaría nuestra fortuna!..

Y tanto y tanto le dijo y ponderó, que Julia llegó á convencerse de que Roberto se había convertido en un portento para los negocios mercantiles. Y como Julia se había metalizado también, á fuerza de no oírle hablar á Guillermo sino del «tanto por ciento» y de las oscilaciones de los papeles fiduciarios y de las enormes utilidades que dejaban la venta y compra de inmuebles, miró con ojos de asombrosa admiración, un tanto envidiosos, al convidado á su mesa esa tarde, sin recordar... ¡nada!

—¡Figúrate—le repetía Guillermo—que Roberto está ahora, indudablemente, empapado en los secretos de la política! ¡luteriorizados en esos secretos, haremos lo que nos dé la gana y seremos árbitros absolutos de las oscilaciones de la Bolsa!

El hablarle á Julia de política era como hablarle de operaciones de la Bolsa, pues se hallaba tau versada en aquélla como en éstas.

La casa se puso en movimiento inusitado: Roberto nadaba en la opulencia, y no era cosa de recibirlo y darle de comer como á un cualquiera. En un momento y con una actividad casi febril, se improvisó una comida espléndida. Salieron á relucir el mantel y servilletas de las grandes ceremonias, la vajilla de plata, la porcelana de Sevres, los cristales labrados, los mejores vinos y licores y las libreas de los «garçones.» Julia no se olvidó de nada y hasta le mandó una esquila á «misia» Pepa, comunicándole la novedad, cuya esquila produjo en María una mueca de desdeñosa sorpresa. Y era natural: Mercedes las visitaba poco y Roberto no había vuelto a poner los pies en la casa de «misia» Pepa ni en la de Guillermo: ¿por qué entonces esa preferencia por su hermana, cuando, de hacer las paces con la familia, debía haber comenzado por la madre de su esposa? Eso era lo correcto y... ¡también María y «misia» Pepa, á cuyos oídos había llegado el cambio fabuloso de Roberto, se habían «olvidado» de su antipatía por «aquel hombre!»

El comedor se hallaba iluminado con todas las luces de sus brazos y arañas; desfundados los muebles, presentaba

un aspecto serio, majestuoso, casi regio, con aquella profusión de cuadros y de adornos y cortinados y cristales, resplandeciente todo en el fulgor de aquellas luces.

Oyóse el timbre del llamador y:

—El debe ser—le dijo á Guillermo, Julia, que había terminado la última mano de su «toilette;» —ve á recibirlo antes de que lo anuncie el portero, para que no diga que lo tratamos con etiqueta. ¿Vendrá con Mercedes?

—No lo creo, porque ésta es una visita de él para mí. Visita de negocios.

Y Guillermo acudió, recibiendo á Roberto con las más cordiales muestras de cariño. Pasaron al saloncito de recibo, que también se hallaba iluminado y «de punta en blanco.» Luego se presentó Julia, sencilla, pero deslumbrante de atavios.

—¡Roberto! —le dijo, yendo á él con una sonrisa encantadora.—¿Mercedes?. ¿Por qué no ha venido con usted?.. ¡Tanto tiempo sin vernos!.. ¿Y mis queridos sobrinos?..

—Mercedes vendrá mañana ú otro día—contestó Roberto, saludando á Julia algo impresionado.—Tenemos á Robertito indispuerto y por eso no me ha acompañado ..

—¡Pobrecito! ¿De cuidado, Roberto?

—No.

—¡Me parece que hace un siglo que no los ve!

—¿Y sus niños, Julia?

—Bien: á pupilo.

—Mercedes siempre se acuerda de ellos.

Y estas ó iguales frases tan triviales como falsas, y sin embargo tan naturales, siguiéronse pronunciando durante la comida, en la que, con la fina penetración de la mujer educada, Julia observó, al través de sus coqueterías y familiaridades de buen tono, á aquel Roberto que conoció cuando aún no era la esposa de Guillermo: el mismo, sí, el mismo, con aquella fría sonrisa, con sus oportunidades de buena ley, sus maneras correctas. Y sin embargo, pensaba, ¡por cuántas vicisitudes y bruscas alternativas había tenido que atravesar desde entonces!.. ¿Habría resistido Guillermo? ¿Habría su marido soportado aquellas luchas de gigante

á que el Destino arrojó á Roberto? Julia llegó á compararlos y al verlo allí, gallardo y expresivo como el gladiador triunfante, indiferente por su gloria, encontró á Guillermo limitado á una esfera vulgar ante Roberto, elevado por él mismo, por su esposo, ¡sobre la vulgaridad de los hombres de negocios! ¡Sí, elevado, admirado y solicitado por lo más distinguido de la Bolsa y el Comercio, cuando ayer no más vagaba por esas calles mirado con el desdén, la indiferencia y el desprecio de los demás! ¡Hoy manejando inmensos caudales y ayer perdido en la Selva de los seres que no encuentran un pan con que saciar el hambre de sus hijos! Instintos de vil emulación se apoderaron de ella y debió buscar, con diabólicos deseos, allí, en las mezquindades de esposa humillada, algo que empequeñeciera aquel hombre tan elevado á sus ojos, algo que lo arrastrara al lodo de que salió...

Terminada la comida pasaron al gran salón donde, en maqueada mesita, se hallaba ya dispuesto el servicio de te y café.

Después de algunos momentos, Julia le preguntó:

—¿Qué licor prefiere, Roberto?

—El que sea del agrado de Guillermo, Julia; para mí todos son iguales.

—Guillermo es socio de la Templanza—replicó Julia, riendo:—no toma ninguno.

—Cualquiera, entonces—dijo Roberto.

—¿Lo deja usted á mi elección?

—¿Cómo no?

—Pues será de un coñac que le han regalado á Guillermo y que es exquisito, según la opinión de los inteligentes. Sólo tiene un defecto, según esos mismos intolerantes.

—¿Cuál?

—Que es demasiado fuerte. Figúrese: un coñac añejo de qué sé yo cuántos años.

Roberto hizo un gesto desdeñoso; para él le era indiferente que fuera fuerte ó flojo: ya estaba acostumbrado.

Julia hizo una seña al lujoso sirviente que esperaba sus órdenes y éste, como si ya estuviera preparado, condujo

sobre la mesita una bandeja de plata, con la botella del dorado licor.

—Bien—repuso Roberto, tomando la copa que le sirvió Julia y, bebiendo de ella, le dijo después: ¡Tiene usted razón: exquisito! .—y apuró la que quedaba en aquélla, paladeando.

—¿Julia?..—le dijo Guillermo, que deseaba hablar confidencialmente con Roberto.

—¿Guillermo?

—¿Por qué no haces un poco de música? Ya sabes que agrada tanto á Roberto ..

—¡Pero, por Dios, Guillermo, si hace tanto tiempo que no toco y toco tan mal! Si fuera Mercedes...—repuso Julia para la que, sin embargo, debería entrar en su plan lo del piano.

—Uno mi voz al pedido de Guillermo—repuso Roberto que aún paladeaba el jugo de aquel licor.

—Puesto que ustedes lo quieren—dijo Julia, levantándose,—lo haré por complacerles.

Y se dirigió al piano.

Guillermo, que parecía esperar ese momento para consultarle á Roberto alguna cosa, lo abordó calurosamente: factibilidades sobre negocios enormes.

Por su parte, Roberto, contestaba indiferente á las preguntas de Guillermo, mientras Julia preludiva distintos «motivos,» sin decidirse por ninguno.

¡Guillermo hizo alejar al sirviente y sirvió por su propia mano nuevas tazas de café!

Roberto, distraídamente, repetía las copas de aquel licor.

Hubo un momento de silencio. Siguiéron los «acordes» y las rápidas escalas... Probablemente Julia trataba de recordar la mejor pieza de su repertorio ó ..

La conversacion entre Roberto y Guillermo empezó á animarse... Discutían en voz baja, parecía que Guillermo escuchaba, al fin, con admiración á Roberto, cuando éste enmudeció de pronto y, como si algo muy íntimo lo conmoviera, dirigió la mirada con tenaz fijeza hacia el piano.

Julia había encontrado lo que buscaba: tocaba una melodía sentimental. Roberto se estremeció; volvió la vista airado y sus ojos se encontraron con los de Guillermo.

—¿Te acuerdas?—le preguntó éste, sonriendo significativamente.

—¡Cómo no!—repuso Roberto, sombrío y sin corresponder á la sonrisa.

—Es aquella canción que cantó el pobre Manuci antes de ir á la guerra... ¿Cómo se llama, Julia?

—«Patria y Amor»—contestó Julia, sin dejar de tocar.

—¡Patria y Amor!..—repitió Roberto, volcando, impulsivamente, la botella de coñac, no ya sobre la copa, sino en el vaso vacío, hasta mediarlo, apurando el contenido aquél de un solo trago.

Guillermo debía estar abstraído con el recuerdo y no lo notó.

Julia seguía tocando... Parecía que aquellas notas repercutiesen en la sensibilidad de Roberto como golpes de fuego y que un mundo de pasiones batallasen en su cerebro... ¿Es indudable que Julia llevaba una intención perversa al evocar ese recuerdo? ¿Impulsada por la humillante contrariedad que el cambio de posición de Roberto la dominara poco antes, debía vengarse así? ¿Y aquel licor, aquel licor irresistible, «elegido por ella?..» Roberto trataba en vano de ocultar los estremecimientos que esos recuerdos le producían y volvió á vaciar en el vaso el contenido de la botella, apurándolo también sin que Guillermo tampoco lo notara.

Julia terminó la melodía.

—¡Pobre Manuel!—murmuró Guillermo, pensativo.

—¡Pobre!..—repitió Roberto, con el semblante demudado en huellas siniestras. Y haciendo un esfuerzo para levantarse, llevando en la mano el vaso casi lleno de coñac, con la fisonomía enrojecida, los ojos enramados, los labios temblorosos y paso inseguro, se dirigió adonde estaba Julia y, levantando el vaso, con movimientos nerviosos, gritó:

—¡A la memoria de ese muerto feliz!—lanzando una brutal carcajada y apurando el contenido del vaso.

—¡Oh Roberto!.. — exclamó Guillermo, asombrado al verle así, mientras que Julia, que había abandonado el piano, lo miraba con aparente temerosa sorpresa.

Sin pronunciar palabra, Roberto, volvió sobre sus pasos, colocó el vaso en la bandeja de plata, hizo una mueca, que quería ser su vaga sonrisa habitual, impregnada de asco, y mirando fijamente á Julia, la dijo con frialdad rencorosa:

—¿Y qué?.. Ha estado usted muy... oportuna, trayendo, en este instante de reconciliación, el recuerdo de esa sentimental canción, después de tanto tiempo que no nos vemos... Muy á propósito el recuerdo..., muy á propósito, porque usted fué...

Y cambiando de Julia á Guillermo la mirada con parpadeos nerviosos:

—¡Muy «incorrecto...», mi buen amigo de otros tiempos!

—¡Oh Roberto!—repitió Guillermo, acercándose más á él y en ademán de reproche.

—¿Qué?—preguntó Roberto, desafiando con la suya la mirada de Guillermo;—¿tengo yo, acaso, la culpa de... estas cosas?

Y, volviendo á Julia, añadió, con risita nerviosa:

—Muy bonita..., muy interesante la composición; pero... —y haciendo una brusca transición repuso:—pero, se hace tarde y tengo que volver á la Bolsa. . No, á la Bolsa, no; ya no es hora: á mi escritorio... Adiós, Guillermo... Nos veremos mañana ú otro día... Aunque—añadió, guiñando los ojos,—si quieres acompañarme á terminar este buen rato á otra parte...

—Guillermo no puede salir —contestó Julia secamente, presentándole el sirviente el sombrero y el abrigo á Roberto.

—¿No?..—preguntó Roberto, poniéndose el sombrero con un gesto despreciativo. . Pues que... se quede—añadió, frunciendo los labios.—Adiós, Guillermo, y no se olvide,

estimada cuñada, de repetir «su recuerdo» en la oportunidad en que yo vuelva á su casa...

—O'Connor...—murmuró Julia,—si lo hice fué no creyendo que usted se ofendiera...

—¡Ofenderme!.. ¿Y puede, acaso, ofenderse el hombre á quien tan desprevenido como despiadadamente se le aseseta una puñalada por la espalda?

—¡Roberto!—exclamó Guillermo, indignado:—estás ultrajando á mi señora y si no fuera por el estado en que te encuentras .

Sin hacer caso, Roberto, de la actitud de Guillermo, se dirigió á la mesita y, vaciando en el vaso lo que quedaba en la botella:

—Otro brindis á la memoria del «pobre muerto»—dijo, lo absorbió en un prolongado trago, mientras Guillermo y Julia lo miraban sin pronunciar palabra. Roberto, arrojando después el vaso en la bandeja, salió con paso vacilante, no sin dirigir á sus cuñados miradas de provocativo desprecio. Llegó al zaguán y se detuvo un momento con impulsos nerviosos: de volver: habla oído risa burlona de mujer; pero se encogió de hombros y siguió adelante hasta encontrarse en la calle.

Dirigió la mirada, con la vaguedad del borracho, á ambos lados; se apoyó en la pared y, haciendo un esfuerzo, siguió, atravesando, con pasos precipitados, cuerdas y cuerdas hasta detenerse en una de esas «bodegas» nocturnas adonde sólo concurre el vicio y la degradación... Entró, se dejó caer en una silla que había junto á una mesa y esperó.

—¿Qué va á tomar el señor? - le preguntó el mozo, acudiendo

—«Sal de fruta»—contestó Roberto, colocando el sombrero sobre la mesa.

—¡Ya!—murmuró el mozo maliciosamente, y trajo una botella de aquel mineral y un vaso.

Robertoapuró aquel líquido con repugnancia; pagó y salió.

—¡Cochero, para! - gritó al de un vehículo que pasaba.

El coche paró y Roberto entró en él.

—¿Dónde?..—le preguntó el auriga.

--Siga por la calle de Esmeralda hacia el Retiro.

Roberto había vuelto en sí debido á los maravillosos efectos de aquella bebida que todos los borrachos de «buen tono» conocen. Comprendió que si bien Julia había sido imprudente, él se había portado con brusquedad grosera. Estudió y discutió consigo mismo la incorrección de sus procederés y se vió vencido, humillado por aquella risa burlona de mujer, por el terrible vicio del alcohol. Se le presentaban Mercedes, sus hijos, y la voz de su conciencia le gritaba:—¡Cobarde!,—como se lo escupió al rostro aquella santa madre en aquella tarde inolvidable... ¡Si, cobarde—repetía,—cobarde, porque he debido terminar con mi existencia desde el primer momento que me propuse hacerlo!.. ¡Rico, sí, buena riqueza!.. El día que tenga que dar cuenta desaparecerá todo... Ese día... ¡Eh, cochero!—gritó, bruscamente, golpeando los vidrios, ¡párate ahí!

El coche se detuvo frente á un «restaurant:» era el de Pancho, «abierto día y noche;» aquel «restaurant» de Pancho, tan conocido de la gente noctámbula..

Roberto indicó al cochero que aguardara y entró en el «atorradero,» como le llamaban en lenguaje crudo los que allí iban; penetró como si estuviera acostumbrado á hacerlo un parroquiano asiduo. Un salón largo á la derecha, con triángulo á otro. Aún era temprano, poco más de las once, y el público «grueso» se reunía allí después de las doce. Los pocos concurrentes que había, jugadores de oficio, desocupados por afición y bebedores de *ghin*, dirigieron la mirada al que entraba, indiferentes los que no lo conocían, con guiños y ademanes expresivos y palabras entrecortadas los que sabían quién era. Roberto se dirigió á uno de los mozos que acudieron á él, solícitos, como un buen marchante se merecía

—¿Ha venido Carlos?—le preguntó.

—Sí, señor—contestó el garçón, con esa amabilidad gelatinosa con que saben distinguirse los mozos de guaridas nocturnas con los parroquianos *distinguidos*;— está

désde esta tarde y se encuentra en el salón «reservado» número 1. Lo acompañan unos amigos y varias «señoritas.»

Roberto no necesitó que continuara. Retrocedió al zaguán y siguió por el patio, en el que había varios grupos de bebedores. Uno dijo, al verlo, á los otros:

— Esa es «carta» conocida.

— ¡Cómo ha pelechado, che! — exclamó otro.

— Ya ni se acuerda de nosotros siquiera para saludarnos.

— Ni de las «farras» en que salió como pipa de aguardiente.

— Andará buscando á Carlos, que ya lo estará esperando con unas «pilchas» sacadoras.

— Pues ahí va el «pagano.»

Roberto había seguido sin fijarse en ellos, ni prestar atención á las murmuraciones. Llegó y se detuvo en una puerta, tras de la cuál se oían risotadas y palabras incoherentes

Fué á abrir, pero se detuvo: habla oído su nombre y prestó atención. No tardó mucho tiempo sin que, estremeado por la cólera, abriese de golpe la puerta y penetrase en el «salón reservado,» como le llamaba el garçón.

Rodeaban una mesa cubierta de botellas y viandas en desorden tres parejas, mientras otra se hallaba en un sofá.

Allí habla esa embriaguez que predispone á la orgia; en que entregándose á las locas confidencias, las palabras y la risa brotan á borbotones ó el ánimo se va predisponiendo á un serio mutismo que se hace ridículo. Dificilmente se desenmascararían los sentimientos y las tendencias en otras ocasiones, como la que se produce en el claro-oscuro de esas reuniones desbordantes del placer brutal. La franqueza, la bondad, el talento, el egoísmo, la prudencia, el valor, la fuerza, el recelo y la maldad, todo eso y mucho más destaca, en esa escena de colores abigarrados, rodeada de una atmósfera de licores y tabaco, armo-

nizada, si así puede llamarse, con los choques de copas y botellas, de risas entrecortadas, de carjadas brutales, de besos lascivos y frases mundanas; de hechos salvajes, en que se desgarran la ropa y se dilatan los pulmones y se excitan los nervios y surge la frente el sudor frío de los espasmos, y los ojos brillan con el fuego de la fiebre y los labios se hinchan por los excesos de una lubricidad despertada por los incitantes manjares y bebidas. Y en esa borrasca desenfrenada, y en ese revuelto «mare mágnum,» semejante tal vez á la gota de agua de la ciencia, el hombre se manifiesta tal cual es; la mujer... tal cual la hemos hecho.

A la presencia de Roberto, todos enmudecieron sorprendidos y especialmente el que se hallaba con su pareja en el sofá.

Roberto se dirigió á él; mirólo fijo y amenazadoramente, diciéndole:

—¡He escuchado lo que acabas de decir, miserable!

—¡Roberto!—exclamaron todos levantándose: las mujeres se refugiaron á un rincón, pues presagiaban que iba á haber riña; los hombres, con excepción de aquel á quien se habla dirigido Roberto, á interponerse entre los dos. Roberto, sin hacer caso de los que trataban de rodearlo y de impedir que hubiese escándalo, dirigió siempre su terrible mirada á aquel hombre, á aquel «amigo íntimo,» que lo miraba atónito, mudo, perplejo, con una sonrisa inconsciente ó de idiota en los labios.

—Repíte, canalla—volvió á decirle Roberto, —tus infames palabras.

Aquel hombre, Carlos, seguía mudo, estático, como si le hubiesen arrancado la lengua y como si le faltaran las fuerzas para levantarse.

—¿No lo repítes?..—rugió Roberto, midiéndole de arriba abajo con el más indignado desprecio;—siempre fuiste un infame calumniador, como aquél, sí, como «aquél;» pero aquél tuvo el valor de sustentar sus calumnias con su vida...; ¡tú no, cobarde!

Los demás disculpaban á Carlos por su estado de em-

briaguez; pero Roberto continuó, con voz nerviosa y conteniendo á duras penas los impulsos de su cólera:

—¡Repíteme á mí que soy un depravado, que soy un ente despreciable del que tú, canalla, haces lo que quieres y que si te juntas conmigo es por mi mujer!..

Y antes de terminar y á pesar de los esfuerzos que los demás hacían por contenerlo, Roberto tomó una botella de la mesa y se la estrelló en la cabeza. Carlos extendió las manos y, en un movimiento nervioso, cayó aturdido y bañado el rostro de sangre.

Desde ese momento Roberto no fué hombre; su aspecto era el de una fiera. Con un brusco movimiento de fuerza hercúlea se desprendió de los demás, y con los ojos inyectados de llamaradas rojas, los labios temblorosos, hinchadas las venas y el ademán imponente fué hacia «su íntimo amigo,» que, vuelto de su aturdimiento, trataba de levantarse. Roberto le agarró de un brazo y, poniéndole de pie, lo miró con asco.

—He aquí —dijo, señalándole á los demás— los hombres que se jactan de poder deshonrar á una santa mujer.

Y lanzando una carcajada nerviosa le escupió en el rostro, arrojándolo al suelo. Al ruido y los gritos de las mujeres, acudieron los mozos y Pancho, el patrón del restaurant, que vociferaba por todos, Y como el «negocio» aquél se hallaba vigilado por la autoridad, presentóse en el acto la policía, representada por un oficial y varios vigilantes. Enterado aquél de lo ocurrido, dispuso que todos los que se hallaban en el «cuarto reservado» fueran conducidos á la Comisaria. El patrón siguió vociferando, no por el escándalo producido, que eso era allí muy frecuente, sino porque «alguien» debía pagarle el gasto y las roturas. Y estas justas reclamaciones y el guirigay femenino y la sangre de Carlos, que los mozos llevaban en una palangana, después de haberlo curado «de primera intención,» y las disposiciones del oficial, hicieron que los concurrentes del patio y los marchantes de los demás salones se aglomerasen allí y produjeran, con sus preguntas y murmullos, el gran escándalo. Roberto había vuelto á su serenidad apa-

rente y, sacando un billete de Banco, se lo entregó á Pancho, quien en el acto enmudeció y pidió á los demás que lo hicieran.—Eso no era nada. Cuestiones de amigos... Un poco de vino más, mientras en un corrillo se preguntaba:

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?

—Ese—contestó uno que se daba infulas de estar bien enterado, señalando á Roberto disimuladamente,—que parece que había encontrado á su mujer con aquel otro—indicando á Carlos.

—¿De veras? ¿Y cuál es de las cuatro?

—Parece que es aquella que está llorando.

Y mientras seguían los vergonzosos comentarios, Roberto, Carlos y todos los demás, sin excepción, que estaban en el salón reservado, siguieron camino de la Comisaría.

Al verlos salir del «restaurant» uno de esos trasnochadores que se pasan toda la noche en esos «atorraderos», sentados junto á una mesa y piden una copa de ginebra y otra de *ghin* y siguen así hasta que el patrón y los mozos tienen que echarlos de puro alcoholizados, haciendo ademanes, como si espantara moscas, dijo, entre las risotadas de los demás:

—Esos no son sino unos compadritos borrachones que siempre andan metiendo barullo en todas partes. Cuando no están presos los andan buscando... ¡Oh!; no se me despintan—añadió, abriendo uno de sus ojos con el dedo pulgar sobre la mejilla.

Nada podía temer Roberto que trasluciera públicamente lo acontecido en casa de sus cuñados; no así la escena desarrollada en aquella habitación reservada. Se había producido tan imprudentemente, que si llegaba á saberse en los círculos mercantiles, su crédito se vería perjudicado. A la sociedad ó á los que comercian, nada podía importarles que la cínica jactancia de un depravado lo hubiese puesto en el caso de maltratarlo, pisotearlo, escupirle al rostro, como es lógico proceder con esos entes despreciables. El hecho material en sí no era sino un simple incidente, una consecuencia de la depravación de costumbres. Pero es que... no se habían guardado las formas ni el hecho se había producido en lugar conveniente, y eso era digno del mayor reproche. La sociedad, ó los que hacen negocios, le habían proporcionado al ofendido una posición respetable y tenía el deber de darles estricta cuenta de su conducta. Lo considerarían indigno de pertenecerles por haberse rebajado á aquella esfera; lo rechazarían, lo aislarían entre los de su clase; ¡allí, donde la abyección se codea con el crimen y el alma y el cuerpo se envenenan con el hábito pestilencial del alcohol!

Así pensaba Roberto, cuando iba con los demás á la Comisaría.

—¿Y qué me importa á mí toda esa gente?—se res-

pondía.—¿Qué derechos tienen para pedirme cuenta de mis hechos personales? ¿Se las pedí yo cuando miraron indiferentes mi miseria? ¿Vivo, acaso, para esos seres egoístas? No, yo vivo aún para esa mujer., la única causa que me contiene y me impulsa. Ella y sólo ella es la órbita de mis acciones. Sí..., yo la veo en mis realidades..., en mis sueños y á cada instante... Genio del mal y del bien, dualidad que me atrae á sí, y por ella todo, sin ella, ¡nada!

Llegaron á la Comisaría y todos fueron á parar á una de esas oficinas donde cabecea, medio dormido, su escribiente, mientras el comisario, por el oficial, se enteraba de lo ocurrido. De allá del fondo de las otras oficinas acudieron varios otros empleados para observar á los detenidos, señalando á las mujeres; á Carlos, con la cabeza vendada, de brazos cruzados y la vista caída, pálido, ojeroso ..; á Roberto, que no quiso entrar allí y que se paseaba en el patio. En ese momento llegó el comisario, el que, mirando á aquellas mujeres y á aquellos hombres, como antiguos conocidos de bochinche, se sorprendió al ver á Roberto, á quien dijo contrariado:

—¡Usted también, señor O'Connor!

Roberto se encogió de hombros, sin contestar.

—Pase usted á mi escritorio —añadió el comisario, indicándole la pieza cuyas ventanas daban á la calle.

Roberto era, como vulgarmente se dice, una persona bastante conocida, y aunque la policía estaba enterada y había intervenido en algunos de sus desórdenes, no por eso dejaba de guardarle las consideraciones que se guardan, á los que tenían y aun tienen una posición social especialmente pecuniaria. Por lo demás, el comisario y Roberto eran viejos camaradas de la guerra del Paraguay.

—Siéntese—le dijo cuando se hallaron solos en el escritorio; y añadió con gesto severo;—me permitirá usted que le diga que con escándalos como el de esta noche usted se compromete y yo también.

—Que me comprometa yo, comisario —le contestó Ro-

berto, altanero ante aquel gesto de severidad,—no lo dudo; pero usted no debe sino cumplir con su deber y estamos concluidos.

—Mi deber —repuso el comisario con voz breve — sería enviarlos á todos á la Central con un parte por desorden y heridas...

—Hágalo —contestó Roberto friamente, sosteniendo la mirada, siempre severa, del comisario, sin insolencia, pero con firmeza.

El comisario paseó un momento reflexivo y se detuvo al fin y le preguntó:

—¿Qué ha habido?

—Ya debe saberlo, comisario —contestó Roberto, con expresión breve y como si le molestara contestar á aquella pregunta.

—Sé que ha herido usted á un hombre en la cabeza.

—Lo mismo hubiera usted hecho en mi lugar.

El comisario volvió á sus paseos y se detuvo impacientemente para decirle:

—No es lo que yo hubiera hecho sino lo que usted hizo es lo que le pregunto, señor O'Connor.

—Y bien, comisario, no tengo nada más que agregar y proceda usted como lo tenga por conveniente.

El comisario comprendió que Roberto no declararía nada; pero, dada la amistad de otros tiempos, se había propuesto no perjudicarlo, favoreciéndolo en todo lo que pudiera.

—Sírvase entonces esperarse unos breves instantes; ya vuelvo.

Roberto le hizo una breve inclinación de cabeza y el comisario lo dejó solo en su escritorio. Pasó á otra oficina; tocó un timbre; se presentó un vigilante al que le dijo:

—Que pasen esas mujeres y esos hombres traídos de la de Pancho; menos el herido.

A los pocos instantes se presentaron á él las cuatro mujeres y los amigos de Carlos. El comisario les dijo á las mujeres:

—No es ésta la primera entrada que tienen en esta Comisaría.

—Lo que es esta vez, señor comisario—contestó una de ellas,—no es nuestra la culpa, sino de...

—Silencio—le interrumpió el comisario, imponiéndosele más con el gesto que con la voz, y dirigiéndose á uno de ellos, la preguntó:

—¿Qué ha habido?

El interrogado contó lo que había habido, repitiendo una por una las palabras de Carlos que dieron lugar á la acción de Roberto.

Los demás asintieron y las mujeres se deshicieron en protestas contra el proceder de Carlos.

—Si es un jactancioso.

—Un lengua larga que bien merecido tiene lo que le ha pasado—añadió otra.

—Basta—interrumpió el comisario, tocando de nuevo el timbre y:—El herido—le dijo al vigilante que se presentó.

—¿Qué tiene usted que decir?—le preguntó el comisario á Carlos cuando lo tuvo en su presencia.

—¿Yo?.. Nada:—respondió Carlos en tono un tanto quejumbroso;—ya ve el señor comisario que ese hombre me ha «madrugado.»

—Lo que yo veo, señor mío—le replicó el comisario con tono de autoridad,—es que usted lo había madrugado antes en su honra, según la declaración de todos... ¿Ó se imagina que, porque él no estaba presente, los insultos y calumnias de que usted hizo uso no merecían correctivo?

Carlos bajó los ojos confundido.

—Por nuestra parte, señor comisario—dijo uno de los amigos de Carlos,—hemos hecho todo lo posible por evitar...

—Cierto, señor comisario—añadió Carlos,—ellos no son culpables...

—Permítame: mi deber sería levantar un acta y remitirlos á todos mañana al departamento; pero si ustedes me prometen no ocuparse más de este asunto...

—Por mi parte...—murmuró Carlos, que deseaba verse libre de la policía y sobre todo de la acción de Roberto,—si él no me busca...

—Bieu—dijo el comisario y volvió á tocar el timbre —Llévese á esas mujeres y que las hagan conducir á su morada—le dijo al vigilante.

—Pero señor comisario—le dijo uno de los amigos de Carlos,—esas «señoritas» han venido con nosotros y...

—Llévelas no más—repitió el comisario, dirigiéndose al vigilante y sin hacer caso de la protesta.

Las mujeres salieron, acatando respetuosas el mandato de la autoridad.

—Ustedes pueden retirarse también—les dijo el comisario á los amigos de Carlos, después de un momento.

—¿Y ése?—preguntó uno de ellos señalando á Carlos que se hallaba pálido y casi desvanecido en una silla.

El comisario lo miró contestándole:

—También.

Carlos y sus amigos salieron. Al pasar por el primer patio notaron que Roberto se paseaba en la oficina del comisario. Roberto los vió salir y quiso ir tras ellos, pues Carlos había clavado en él la mirada que le pareció provocativa; pero en ese instante se interpuso el comisario que le dijo á Roberto, deteniéndole:

—Quédese por un momento, señor O'Connor, que tengo que conversar con usted.

—Es muy justo—contestó Roberto, deteniéndose y entrando en la oficina con él.

Pocos momentos después, Roberto subía al mismo cupé que lo condujera al café nocturno, dando al cochero la dirección de su casa. Iba sobrecitado, calenturiento, sin idas fijas. Sentía rencor, odio, hacia los obstáculos que se habían opuesto á que matara á aquel infame calumniador, como mató al otro. Accesos de furiosa desesperación se apoderaban de él. Con impulsos bruscos se calmaba. Quedaba meditabundo, con la mano apoyada en el corazón y la cabeza caída sobre el pecho. Estaba, como si un sopor extraño se hubiera apoderado de él, lejos, muy lejos del

sitio donde se hallaba; miraba, sin ver, por la ventanilla, los edificios, alumbrados por las luces de los faroles, que pasaban rápidos ante la marcha del vehículo que lo conducía. ¡Una especie de marasmo ó embrutecimiento de sus sentidos y apenas se daba cuenta de si existía ó no!

El carruaje se detuvo; la portezuela se abrió y el cochero, viendo que su «marchante» no bajaba, asomó la cabeza, preguntándole:

—¿Es aquí, señor?

—¿Eh, qué?..—baluceó Roberto, como si saliera de aquel letargo.—¡Ah, sí!, aquí es—añadió, restregándose los ojos; y bajando, después de un momento, mientras el cochero esperaba junto á la portezuela, pagó y se dirigió á la puerta de su casa.

La campana de Cabildo daba la una. La calle estaba silenciosa y sólo se oía el acompasado caminar del vigilante. Roberto se detuvo ante aquella puerta cerrada. Volvieron en tropel á su imaginación los sucesos de esa tarde y de esa noche, hasta que sacó una llave de su bolsillo, abrió y entró. A pesar de la decencia con que Roberto mantenía su casa, nunca permitió que hubiera más servicio en ella que una mujer, prohibiendo expresamente que se le esperara. Sin embargo, en el comedor había luz encendida. Fué á él sorprendido, abrió la puerta que daba al primer patio y se encontró con Mercedes que, sentada cerca de la mesa y teniendo la cabeza apoyada en las manos, leía en un libro al resplandor de una bujía. Al entrar Roberto, Mercedes levantó hacia él la vista. Se miraron: él con remordimientos en los ojos; ella con frialdad indiferente en la mirada.

—¿Es la una de la mañana—dijo Roberto—y no te has acostado?.. Te he dicho, Mercedes, que no quiero que nadie me espere.

—Y cumplo lo que me dices, Roberto. No estoy aún despierta por esperarte.

—¿Te ha distraído tanto ese libro?.. ¿Alguna novela?.. Las señoras sois tan afectas á esa clase de literatura—dijo

Roberto, tratando de olvidar y sobreponerse á su estado de excitación.

— Pudiera ser muy bien—contestó Mercedes con la misma indiferencia que se notaba en su semblante al verlo entrar;—pero no, estoy despierta, porque hace un momento que mis hijos se han acostado.

—¿Y qué han hecho hasta esta hora?—preguntó Roberto, como si le causara sorpresa.

—Me extraña que lo preguntes, Roberto—repuso Mercedes, con mal disimulado sarcasmo.—Tus órdenes son terminantes y como sé lo que haces con ellos cuando no las cumplen... Han estado repasando sus lecciones., y ahí tienes el libro con sus firmas.

Cuando Mercedes concluyó de hablar se hallaba conmovida.

Roberto tomó maquinalmente un cuaderno que estaba sobre la mesa y lo hojeó sin leerlo; después, acercándose adonde estaba Mercedes y tomando la palmatoria, le dijo:

—¿Vamos?

—Vamos—contestó Mercedes volviendo á la misma indiferencia, y levantándose, siguió á Roberto. Llegaron al dormitorio de la niña, que reposaba en sueño tranquilo. Roberto se detuvo ante ese lecho y estuvo contemplando á su hija largo rato; un hondo suspiro se escapó de sus labios y algo extraordinario pasó por su imaginación, porque su rostro se contrajo y rechinaron sus dientes. Mercedes lo miraba impasible, con la misma impasibilidad probablemente con que él marchara en otro tiempo al combate; con esa impasibilidad que denota completa indiferencia por todo, casi inconsciente ó automática. Roberto volvió á Mercedes la vista y, dibujada en sus labios una sonrisa nerviosa, en voz baja y sombría le dijo:

—Sabes, Mercedes, que creo, cuando miro á estos niños, que no tienen un solo rasgo de mi ser.

—¿Y qué, Roberto?—le preguntó ella, siempre impasible.

—Que dudo. ., sí...; dudo de que estos niños sean hijos de mi amor.

—¡Tu amor! —repitió Mercedes.

—¡Mi amor, sí!.. ¿Negarás el inmenso afecto que te he tenido... y que aún te tengo, Mercedes?

—¿Sí?.. Puede ser, Roberto—replicó ella, siempre fría é indiferente.

—¡Tú nunca me has amado, Mercedes!

—¿Así lo crees? También puede ser, Roberto.

—Y creo que esos niños...

—¿No son hijos tuyos?.. También puede ser, Roberto, también puedes ser. ¿Qué más, Roberto?

—¡Mercedes!.. —exclamó Roberto, exasperado.

—¿Qué, Roberto?.. Vas á volver á representar la escena de aquella tarde? Pues haz lo que te parezca. ¡Ya sabes agregó, acentuando—*que estoy dispuesta á todo!*

Roberto clavó en ella los ojos con todo el poder de su carácter; pero Mercedes sostuvo aquella mirada sin turbarse, con la misma fijeza, con la misma fuerza de voluntad, aunque con distinto sentimiento. Así pasó un instante hasta que Roberto, dejando la palmatoria sobre la mesita de luz, pasó á su dormitorio.

La niña se había despertado y miraba á su madre con asombro:

—¿Qué hay, mamá?—le preguntó.

—Nada, hija mía—le contestó Mercedes, acercándose á ella con cariñoso anhelo;—es tu padre que acaba de llegar y que ha ido á acostarse.

—Tengo miedo, mamá—dijo la niña, en cuyo semblante se reflejaba esa expresión.

—¿De qué, hija mía?

—No sé... Acuéstate á mi lado, ¿quieres?

—Sí, hija mía, sí...; duerme: no tengas miedo que aquí está tu madre.

Y Mercedes se recostó junto á su hija, besándola.

XXVI

Eran las dos de la tarde, hora en que las operaciones mercantiles de la Bolsa se hallaban en sus momentos más vertiginosos. Un gentío inmenso se hallaba en continuo movimiento alrededor de la «rueda,» compuesta de lo más granado que entonces tenía el gremio de bolsistas. Se hablaba, se discutía en voz alta; se cerraban operaciones y se aplazaban compras y ventas; pero lo que más llamaba la atención general, siendo el asunto preferido de aquel día, era la rapidísima é inesperada baja que en el anterior habían sufrido las cédulas hipotecarias de la Provincia y las acciones del Banco Nacional. Los unos hablaban de ruinas, de quiebras, de fugas; los otros se restregaban con placer las manos en vista de la perspicacia que habían tenido al haberse deshecho de las unas y de las otras, antes de que se produjera la catástrofe. Quién hacía cálculos sobre la compra de esos títulos, cuya depreciación no tenía fundamento verosímil y quién aseguraba que su descrédito era seguro y que, por lo tanto, bajarían aún más. Los que estaban dentro del «negocio» sonreían y callaban, ó, todo lo más, apoyaban á los últimos con el gesto y con los ojos, mientras el «apuntador» seguía marcando en la gran pizarra las distintas transacciones que, con rapidez asombrosa, hacían «éstos,» «aquéllos» y «los de más allá...»

Roberto estaba allí, rodeado de un grupo de especuladores, gesticulando, accionando febrilmente.

Se aseguraba que había tenido grandes pérdidas jugando al «alza» y, lo que es más, que esas pérdidas eran por su cuenta y riesgo, según él había declarado imprudentemente, con el objeto de reponerse de otros quebrantos...

Las personas que lo rodeaban eran otros tantos comitentes que le pedían cuenta.

Roberto aplazaba al uno, le daba pretextos al otro y á ninguno satisfacía con sus evasivas.

Cundió, con la ligereza del rayo, la noticia de que él también había caído en la derrota, y los interesados y los que no lo eran, empezaron á mirarlo con desconfianza.

La palidez de su rostro, que tal vez sería consecuencia de otras contrariedades, tomóse por el quebranto de sus negocios, dando mayores indicios de que su ruina era segura.

Guillermo, que allí se encontraba también, olvidando lo pasado, se acercó á él y le habló en voz baja.

Luego salieron, volviendo Roberto á los pocos instantes.

En sus ojos, antes apagados y tristes, brillaban los fulgores del triunfo.

Dirigióse al grupo en que antes se encontrara y sacando la cartera, bien repleta de billetes de Banco, los comenzó á distribuir como el banquero en los garitos.

Su ostentación fué pública y tan vista por todos que instantáneamente desapareció la desconfianza. Con voz alta, enérgica y soberbio ademán, le dirigió, á uno de sus comitentes, la palabra:

— Espero, señor mío, que no volverá usted á ocuparme más. Ha desconfiado usted de mi seriedad y yo lo disculpo; pero tenga usted muy presente que Roberto O'Connor sabe cumplir sus compromisos y las comisiones que se le encargan, como nadie. En la hipótesis de que yo hubiera perdido, como usted supone, con la «baja» de ayer, habré

perdido lo que es mío y nó los depósitos sagrados de las personas que me honran ocupándome.

—Señor O'Connor—dijo aquel á quien Roberto se dirigía,—yo no he pensado nada malo de usted; hace mal en ofenderse. Son otros los que.

Roberto le volvió la espalda, sin atender su disculpa, dirigiéndose á Guillermo que parecía esperarlo. Se tomaron del brazo y paseando por el amplio salón conversaron en voz baja.

—¿No tienes más créditos en descubierto?—le preguntaba Guillermo.

—Algunas insignificancias que podré cubrir mañana descansadamente. Esta contrariedad es insignificante. No vale la pena... Un descuido.. Una traición de un comitente que, sin avisarme, ha producido esa incalificable depreciación; todo se arreglará, Guillermo; pero me convenía, por el momento, taparles la boca á esos chillones bolicheros y no puedo deshacerme de títulos que hoy están en baja y que tengo la seguridad de que han de subir de un momento á otro hasta las nubes.. Ya te pondré en el secreto.. Además, Guillermo, tengo grandes cantidades dadas sobre hipotecas que no puedo recuperar, como comprendes, hasta su vencimiento ó que, haciendo un «pase» con ellas, podría perjudicarme grandemente en mi crédito... Mi firma en el Banco de la Provincia es dinero contante; pero hay que ser prudente... ¡Oh!, no tengas cuidado, Guillermo, por el dinero que me acabas de prestar. Está seguro, muy seguro...

—Debes de comprender, Roberto, que no te lo digo por eso... Los apuros son contingencias del negocio, y si necesitas más...

En ese instante un hombre flaco, de pelo gris, afeitado el rostro y muy conocido en la Bolsa de aquellos tiempos por sus préstamos usurarios, se acercó á Roberto y, con voz melosa, aunque con la mirada observadora y recelosa, le dijo:

—¡Ah!, señor O'Connor, lo buscaba...

Roberto palideció intensamente, esquivando mirar á aquel remedo del personaje de Shakespeare.

—Supongo—agregó— que habrá usted comprado las acciones de fondos públicos nacionales, cuyo dinero le di...

—Sí ..—balbuceó Roberto,—están compradas...

—¡Caramba!.. ¡Cuánto siento!. Gano muy poco y ese dinero podía haberlo empleado en... Pero, en fin, ya está hecho y no tiene remedio... ¿Los trac?

—No—contestó Roberto, eludiendo,— los hedejado en el escritorio; pero si usted está arrepentido podremos arreglar esa suma por un préstamo...

—No, arrepentido no, pero lo siento.. ¿Quiere que vayamos á buscarlos?

Roberto se estremeció involuntariamente y le dijo:

—En este momento me es imposible. Tengo otros negocios urgentísimos...

—¡Ah!, sí, señor O'Connor, usted es el hombre afortunado de los negocios. Le felicito..., le felicito... ¿Conque no puede ahora?

—No. Mañana vaya por mi escritorio...

—¡Mañana! ¿Y por qué no esta tarde? Cuando concluya la segunda rueda lo esperaré. De hoy á mañana yo podría hacer un buen negocio con esos títulos...

—Con permiso—le dijo Roberto, queriendo desprenderse de él; pero el prestamista volvió á la carga:

—¿Supongo que concluirá pronto?

—No puedo decirle más sino que esta demora me está perjudicando—le contestó Roberto, queriendo apartarlo de nuevo;—vaya al escritorio mañana. Sus acciones están seguras...

—Sí, lo creo; pero es que esta tarde me voy para el campo y quisiera llevármelas .. Y, diga, señor O'Connor, ¿es cierto que ha tenido usted grandes pérdidas en la «baja» de ayer?..

—Esas son cosas exclusivamente mías y de las que no tengo que dar cuenta á nadie...

—Sí, ya sé...—continuó el prestamista imperturbable;—pero esos títulos me hacen falta...

Roberto lo hizo á un lado y siguió caminando, llevando

del brazo á Guillermo al que, la conversación é insistencia del prestamista y las evasivas de Roberto, no lo dejaban muy satisfecho. Roberto trataba de aturdirse, queriendo ocultar, con sonrisas burlonas y frases nerviosas, el estado verdadero de su espíritu. Iba de aquí para allí, siempre tomado del brazo de Guillermo; hablaba con éste, palmeaba cariñosamente el hombro del otro. Un nuevo sujeto, ante quien Roberto volvió á turbarse, le llamó aparte. Hablaron en voz baja; el sujeto escuchaba lo que Roberto le decía, moviendo la cabeza con gesto de desconfianza. Roberto hacía ademanes de seguridad hasta que, por último, le tomó la mano apretándosela con efusión nerviosa, mientras que el sujeto le correspondía con fría reserva y gestos recelosos. Guillermo seguía observando y cuando volvió á su lado ya no lo miraba como antes; había en él reflejos de la desconfianza que se notaba en los demás. El veía claramente que su concuñado había dispuesto de dinero que no le pertenecía; que estaba seriamente comprometido y sintió impulsos de arrepentimiento de haberle prestado tan franca y lealmente cantidades que tal vez no podría devolverle. La perspicacia del jugador hizo que Roberto notara la latente desconfianza de Guillermo y con un movimiento de cólera, que mal encubría la desesperación de que se hallaba poseído, le dijo:

—Guillermo, por la primera vez en mi vida he aceptado un servicio que voluntariamente y viniendo de ti, has querido prestarme. Si estás arrepentido, mañana mismo tendrás tu dinero y arreglado..

—No es eso, Roberto, no es eso...; tenemos otro negocio que es para mí más importante: la compra de los campos de que hablamos ayer...

—¡Ah, sí!..

—¿Y bien?

—Hoy mismo me ocuparé de ese asunto...

—¿Pero el depósito que te entregué esta mañana?..

—Está seguro...

—¿Seguro?..

—¿Desconfías de nuevo?

—No; pero...

—El depósito está hecho. En el escritorio tengo el recibo. Pasa por él mañana y al mismo tiempo arreglaremos todo.

Otro personaje le salió al encuentro á Roberto:

—Señor O'Connor, una palabra.

Y antes de que se alejaran, Guillermo escuchó que se decían:

—Es necesario, O'Connor, que arreglemos nuestras cuentas.

—No tengo hecha la liquidación, pues aún debo cobrar algunas sumas. A fin de mes...

—No, hoy mismo, pues no voy á saber á qué atenerme ..

Y así llegaron á la puerta de salida, donde esperaba el prestamista:

—Y bien, señor O'Connor—le dijo,—¿va usted á su escritorio? Iremos juntos si á usted le parece y me entregará esos títulos...

—No—le contestó Roberto, saliendo precipitadamente acompañado del personaje que le pedía rendición de cuentas;—vuelvo inmediatamente.

Y en la «segunda rueda» seguían marcándose las operaciones con la rapidez usual, mientras que en el rostro de Guillermo se marcaban con mayor intensidad las huellas de su desconfianza, y el prestamista murmuraba:

—Me parece que esos títulos no han sido comprados y que mi dinero. . . ¿A que me viene después con algún cuento del tío?

—Por último, O'Connor—le decía entretanto el personaje á Roberto cuando se hallaron en la calle,—¿me da usted su palabra de honor de que para mañana estará hecha la liquidación de mis fondos?

Roberto le contestó con inquebrantable resolución:

—¡Doy á usted mi palabra de honor, de que mañana estará liquidado todo!

Se dieron las manos y Roberto se dirigió á las varias agencias cercanas al gran establecimiento de operaciones

mercantiles. Salía de una precipitadamente y entraba en otra. Hablaba con los empleados, discutía y hacía apuntes en su cartera. Ultimamente se detuvo en la acera gesticulando y mascullando palabras sin sentido. Hizo parar un carruaje, subió en él y dió al cochero la dirección de su casa.

XXVII

Esa misma tarde, Julia, por consejo de Guillermo, fué á visitar á Mercedes. Mercedes la recibió con agradable sorpresa. ¡Hacia tanto tiempo que no se veían!.. La visita de Julia, si bien en la apariencia era el efecto de la reconciliación, no lo era en el fondo. Julia suponía la situación de Roberto, por lo que Guillermo le había manifestado, é iba allí para descubrir del todo esa situación, en la que temía hubiera sido envuelto su marido. Mercedes vivía ajena, sin embargo, al verdadero estado de los negocios de Roberto; pero suponía que la experiencia le habría enseñado á no volver á arrastrar á su familia á la aterradora miseria de antes. «Todo» le importaba «nada;» todo..., menos sus hijos, por los que hubiese dado, sin vacilar, la vida...; ¡la vida que era para ella la más pesada carga! No haría, pues, sacrificio desprendiéndose de ella, como se lo había repetido á Roberto.

—Conque, entonces mi querida Mercedes —la dijo Julia, teniendo sus manos enlazadas con las de su hermana, sentada á su lado y con la expresión cariñosa de otros días más felices, más llenos de ilusiones y esperanzas, — ¿tú crees que, «al presente,» vuestra fortuna está asegurada y que no teneis por qué temer al porvenir?

—Así lo creo, Julia. Roberto trabaja, y trabaja sin descanso. Hemos vuelto á un pasar decente y nuestros hijos vivirán dichosos.

—Y...—preguntó Julia, sonriendo y en tono confidencial—¿concluyeron ya vuestros antiguos enojos?

—¡Cómo no, Julia!..—respondió Mercedes, tratando de imitar la sonrisa de su hermana.

—¿Se ha hecho bueno Roberto? — añadió Julia, con gesto de sorpresa.

—¡Muy bueno!.. ¡Somos felices..., muy felices!..

—¿Has olvidado, entonces?..

—¿Olvidado?.. ¡Todo, hermana mía!..—contestó Mercedes, levantando entre las suyas y llevándolas á sí las manos de su hermana, en un arranque de fingida dicha.

La voz de Mercedes estaba conmovida y, á pesar de la alegría que se pintaba en su semblante, una furtiva lágrima asomó á sus ojos. Julia la estaba mirando con incredulidad, hasta que Mercedes, que había vuelto la cabeza, la miró también y, en un movimiento de expansión incontenible, arrojóse en sus brazos y la besó nerviosa; ¡al fin era su hermana! Abrazadas permanecieron por un momento en silencio, que fué interrumpido por el llanto de las dos. Luego:

—¿Sufres, Mercedes?..—le preguntó Julia.

—¡Qué esperanza, Julia, qué esperanza!.. — contestó Mercedes, enjugándose las lágrimas; —es que tus preguntas se van tan hondo..., tan hondo que hieren las fibras del corazón.

—¿Por qué no eres franca conmigo?.. ¿Habré perdido aquella confianza que siempre depositaste en mí?.. ¿Es posible, Mercedes, que aún ames á «ese hombre» que tan desgraciada te ha hecho?

—¡Julia!

—¿A qué ocultarlo? Te podrá haber hecho rica ¡pero... se dicen de él tantas cosas!

—¡Calla!—le dijo Mercedes, mirando á su hermana sorprendida y como si temiera le fuera á revelar algún otro secreto.

—Callaré, si tú lo quieres; pero me parece imposible que pueda hacerte feliz un hombre que..., «se dice,» se en-

cuentra dominado por el repugnante vicio de la bebida.

—No, Julia...—murmuró Mercedes, ocultando el rostro entre las manos.

Julia la contempló así, y suspirando la dijo:

—¡Ay, hermana mía!, ¡qué feliz hubieras sido con el pobre Manuel!..

Mercedes, como impulsada por toda la fuerza de su espíritu, levantó la frente, miró á su hermana y... ¡habían tantos sentimientos encontrados en aquella mirada; decían tanto aquellos ojos, que Julia, sin añadir palabra, volvió á estrecharla en sus brazos!

—¡Pero...—murmuró Mercedes,—calla, Julia, por Dios, te pido que calles!

En ese momento se oyó el ruido de un carruaje que paró en la puerta.

—Debe ser tu marido—dijo Julia, acercándose á la ventana.

—Sí—contestó Mercedes, tratando de que desaparecieran de su rostro las huellas de aquella escena.

Roberto entró en la sala. Se hallaba pálido, ojeroso, hinchadas las pupilas y brillando en el fondo de sus ojos algo siniestro. Al ver á Julia transmutóse la expresión de su rostro.

—¡Oh apreciable cuñada!—la dijo, con forzada amabilidad;—¡ha venido usted «tan pronto» á honrar nuestra pobre choza! ¡Cuánta es mi satisfacción! Mercedes estaba triste porque no la veía á usted. ¡Justamente hace unas horas que me he separado de Guillermo!

—¿Sí?..—preguntó Julia, como si lo ignorara y correspondiendo en su gesto á la expresión de Roberto.

—¿Tan pronto han terminado tus negocios de este día?—le preguntó Mercedes, que, acostumbrada á los fingimientos de Roberto, sospechó que algo muy grave debía acontecerle cuando tan temprano volvía á su casa.

—No—repuso Roberto indiferente;—y á no haber sido porque me hacían falta unos papeles y que tengo que arreglar unas cuentas, cuyos apuntes dejé hoy olvidados aquí, no hubiese vuelto tan pronto...

—Bueno—dijo Julia, levantándose;—ya he tenido el gusto de verlos.

—¡Tan pronto!..—exclamó Roberto sorprendido, y la preguntó, sonriendo:—¿Se va usted porque yo he venido?..

—¡Oh, no, Roberto!.. Es que ya es hora de encontrarme en casa...

—Entonces..., mira, Mercedes, acompaña á Julia y á la vuelta te traes los niños... ¿Te parece? Ahí está el carruaje...

Mercedes dudó por un momento; pero Roberto la impulsó en la mirada lo que acababa de decirle, como si fuese una orden, y obedeció. Roberto las acompañó hasta el zaguán y, cuando el carruaje hubo partido, entró en la sala y cerró la puerta que daba al patio. En su fisonomía volvieron á aparecer las terribles nubes que presagiaban la tormenta. Sus ojos brillaron con fuego siniestro y pasó por ellos sus manos crispadas, como si quisiera arrebatarse de allí el cuadro de una realidad sombría. Mudos, pero elocuentes signos de la desesperación profunda, se manifestaron al fin en él en todo su aspecto. Caminó á grandes y precipitados pasos de un lado al otro de la sala. Se detuvo un momento y se dirigió después al dormitorio; abrió allí los armarios de par en par; registró en sus cajones; sacó estuches y contempló, largo rato, las alhajas que contenían... Allí estaban «todas...» hasta el sencillo anillo de bodas que regaló á Mercedes y del que no se desprendiera ni aun en las grandes necesidades por que había atravesado. Hizo un movimiento despreciativo y guardó de nuevo aquellas alhajas... Siguió en sus paseos y se detuvo á examinar los muebles, los cuadros, los espejos, el piano..., el mobiliario de su escritorio en la antesalita...

—¿Qué vale todo esto, comparado con lo que han de reclamarme?—se preguntó.—¡Nada! ¿Y volveré á desprenderme de todo?.. ¿Expondré de nuevo «á esa pobre mujer» á la vergüenza y al ludibrio?.. ¡Soy un infame! No: soy más que un infame, un estafador. ¡He dispuesto de lo que debió serme sagrado! No hay remedio: mañana caerá toda

esa jauría sobre mí; me llevarán al tribunal de la justicia, desde el que, con el estigma de «ladrón,» me conducirá al calabozo de un presidio; sí, á un presidio, donde iré á confundirme con la canalla, con esa canalla, á la cual hace mucho tiempo pertenezco y cuyo próximo contacto me estremece á pesar de mi envilecimiento.

Luego, con palabras mudas, gesticuladas por sus labios, hacía movimientos afirmativos con la cabeza, hasta que se detuvo como asaltado por repentina idea. Quedóse pensativo un momento, y luego, sonriendo amargamente y mirando, sin fijeza, repuso:

—¡Morir!..; y «esa mujer» quedará libre para execrar mi memoria; para enseñar á... esos niños á maldecirme, como su padre me maldijo en la postrera hora de su muerte... Sí, ella me lo dijo... Y después..., sí..., después se entregará á otro hombre que será el padre de «mis hijos,» porque..., ¡sí, son mis hijos! Sí, mis hijos y no de aquel espíritu, de aquella sombra que me persigue siempre, de aquel muerto, cuya memoria amará siempre esa mujer, mientras que la mía..., la mía se verá aborrecida... Es lógico suponerlo... ¡Oh, impulsos tremendos, dejadme..., dejadme tener calma siquiera por la última vez!..

Y atravesando los dormitorios, dirigióse al comedor; buscó con la vista, y, abriendo un cajón del aparador, sacó de él una botella. Miróla al través con ojos sedientos, y el líquido, incoloro como el agua, pero que reflejaba los prismas brillantes de la luz, cayó en la copa, que llevó á los labios y apuró de un trago. Era ese detestable alcohol tan generalizado en aquel tiempo en confiterías y en trastiendas de almacenes, donde se expendía por limetas, damajuanas, barriles. Era eso que se llama «ginebra,» que más insanos ha llevado á la casa de locos que el opio entre los chinos. Roberto olvidóse de todo por un instante; sintió arder su garganta y las fauces despertaron á la sed alcohólica, de esas que no se sacian ni aun cuando la mano cae y la cabeza se aletarga y el pecho se agita en vapores, en fuego, y la palabra sale inarticulada de los labios y los músculos se desgonzan y la vista inyectada en sangre ve

girar, á rápidos remolinos, cuantos objetos la abarcan. Roberto tuvo impulsos de llenar de nuevo la copa, de beberla, de hartarse; pero la voluntad fué más poderosa y se contuvo, volviendo á encerrar la botella en el cajón de donde la sacara.

—¡Necesito calma—se dijo, haciendo una mueca—y la voy á buscar en la embriaguez!.. ¡No!.. ¡Hay que luchar hasta con este maldito vicio!.. Estoy dominado, aborrecido y despreciado por la sociedad y por los hombres... ¿Huiré? ¿Buscaré un rincón donde ocultarme?; ¿donde no me persiga el cruel remordimiento de haber sido malo sin querer serlo?; ¿donde la desesperación, continua, incesante, no sea el cáncer de mi vida?.. ¡Mi vida!.. Si no hubiese más vida que ésta, ¿qué me importaría de ella?

Roberto volvió á detenerse delante del cajón donde había ocultado la botella é impulsivamente lo abrió de nuevo; pero, antes de alargar la mano, hizo un movimiento repulsivo y cerró el cajón de golpe.

Al ruido producido, se presentó la sirvienta.

—¿Llama el señor?—le preguntó.

—No—repuso Roberto bruscamente, sacando de su bolsillo una caja de pastillas y tomando una de ellas.

Después agregó:

—Vaya á ver á la señora y á los niños, que llegan. Tome... Pague al cochero—añadió, entregándole un billete.

La sirvienta obedeció. Mercedes llegaba con sus hijos y Roberto salió á recibirlos al patio. Como nunca tuvo para los niños cariñosas expresiones, los llevó de la mano al comedor, y, sentándose, los colocó en sus rodillas, besándolos en la frente. Mercedes quedó sorprendida y sintió conmoverse las fibras de su corazón ante este inusitado cuadro, y mientras que Roberto, con bondadosa acción haciales preguntas, á las que ellos respondían serios y sumisos, Mercedes se dirigió, con paso tardo y ademán pensativo, á su dormitorio.

Al cabo de unos instantes, Roberto, apartando de sí cariñosamente á sus hijos, les dijo:

—Merceditas y tú, Robertito, entreteneos por aquí un rato, mientras yo voy á hablar con mamá.

Y Roberto marchó al dormitorio, dejando á los niños en el comedor.

Allí estaba Mercedes, sentada en el lecho, apoyado el rostro en una mano y en actitud reflexiva. Al entrar Roberto, levantó la cabeza y vió que cerraba tras sí la puerta. Mercedes, observándolo siempre, no se movió y esperó á que le dirigiera la palabra. No tardó mucho; acercándose á ella, le dijo:

—Mercedes, tenemos que hablar seriamente.

—¡Seriamente, Roberto!—repitió ella con irónica admiración.—Hace mucho tiempo que no hablamos de otra manera.

—Comprendo—siguió Roberto, después de un instante, pálido y demudado el semblante—que ha muerto por completo tu cariño hacia mí; que al enlazarte á este hombre lo hiciste alucinada... Un velo, una atmósfera saturada de novelaria romancesca envolvióse ante tus ojos... El velo cayó, desvaneciéndose la atmósfera y viste al hombre tal cual era.

—Sí, Roberto; es cierto: cayó la venda de mis ojos y te contemplé tal cual eres ¿A qué repetirlo?

—No te reprocho; pero lo siento. Tu manifestación, tu proceder para conmigo hace, sin embargo, que crezca en mí el... amor que te he tenido... No voy á hacerte una comedia—añadió Roberto, pidiéndole con el ademán que le dejase continuar;—no, Mercedes, pero interesa tu afecto. En medio de mi brutal modo de ser y de mis vicios, existe todavía algo que me debe elevar á tus ojos: ni mendigo un cariño que he perdido, ni te fuerzo á que lo finjas. ¿Es cierto?. Pues bien: dejemos eso á un lado y hablemos de otra cosa. Se trata de ti y del porvenir de tus hijos.

—¡Mis hijos!—repitió Mercedes conmovida.—¡Por ellos, todo!.. ¡Por mí, nada!—concluyó con acento glacial.

Roberto la miró fijamente y después continuó:

—Mercedes..., estamos nuevamente arruinados.

—Lo sospechaba, Roberto—le contestó ella sin sorpresa.

— ¡Deshonrados! .

— ¡Deshonrados! — volvió á repetir Mercedes, como si no comprendiera bien el alcance de esa palabra. — ¿Cómo? — preguntó ya sobresaltada.

— Sí — añadió Roberto, y repitió: — deshonrado — con marcada expresión. — Cegado por la ambición, por el deseo de... labraros un porvenir brillante, he dispuesto de fondos que no eran míos y los he perdido en el juego de la Bolsa.

— ¡Roberto!

— ¡He aquí el hombre tal cual es — añadió Roberto fríamente. — Puedes separarte de mí; puedes romper el lazo que nos une...

— ¡Roberto, ese lazo no se rompe sino con la muerte! — exclamó Mercedes.

— ¡La muerte, Mercedes! — exclamó él á su vez con voz siniestra.

— Sí, la muerte y no podrá separarnos sino el sepulcro...

— ¡El suicidio! . ¡Ah! — exclamó Roberto sonriendo irónicamente. — «¡Cobarde!.. ¡Mil veces cobarde el hombre que tiene propósito de suicidarse, dejando en la miseria á su mujer y á sus hijos!..» ¿No es así, Mercedes?

— Así es — le contestó Mercedes, recordando sus palabras.

— Raro modo de pensar el tuyo... — dijo Roberto pausada é intencionalmente. — ¿O es que no has visto mis defectos en toda su desnudez?

— Los he visto y los veo, Roberto.

— Pues á ellos hoy tienes que agregar el del delito que os deshonra: el padre de tus hijos es un ladrón... He aquí el hombre, Mercedes, he aquí el hombre.

— ¡Ah!.. ¡Pobres hijos míos!.. ¡Qué desgraciados son!

— ¿Tú crees — la preguntó Roberto, mirándola intensamente — que tu familia los abandonará?..

— ¿Mi familia..? ¡Oh! No, Roberto... Mi madre les quiere y mis hermanos los ampararán...

— ¡Ampararlos! — murmuró Roberto, y á su imaginación fué la actitud desconfiada de Guillermo, después de ha-

berle prestado aquel dinero con que salvara los primeros compromisos.

La luz crepuscular de la tarde iba desapareciendo. Mercedes y Roberto iban destacando á las sombras de la noche que se aproximaba: ella, sentada en el lecho; él, de pie, con los brazos cruzados, y como si esperase su sentencia. La puerta que conducía al otro dormitorio se abrió despacio y la niña asomó su cabecita:

—Ya está la comida—les dijo á los dos, y, como alentada por las caricias insólitas que esa tarde le hiciera su padre, se acercó á ellos, añadiendo: —¿Vamos á la mesa? ¡Tengo un hambre! .

Roberto y Mercedes, por sentimiento instintivo, atrajeron á sí á la inocente niña, y abrazados á ella, en silenciosos besos, sin dar ni pedir explicaciones, inundaron su rostro de lágrimas.

Ella, que no se daba cuenta de aquel llanto, les devolvía sus caricias con sus cándidos besos también, y también sin pedir explicaciones.

—¿Vamos?—les preguntó de nuevo, tomándolos de las manos y atrayéndolos hacia el comedor. Roberto y Mercedes marcharon impulsados por la atracción de aquellas manecitas.

El comedor se hallaba alumbrado por las cuatro luces de la araña. La mesa estaba puesta y Robertito esperaba, grave, junto á una silla, á que sus padres llegasen y se sentasen, para hacerlo él.

Roberto, Mercedes y la niña llegaron, unidos, á la mesa y, silenciosos, la colocaron en el lugar que tenía por costumbre hacerlo: Merceditas á la derecha de su madre, el niño á la izquierda y Roberto á la cabecera. La sirvienta trajo las primeras viandas. Mercedes servía: ni ella ni Roberto probaron nada. La niña los observó, dejó por un momento de comer y, haciendo un mohín de disgusto, les dijo compungida:

—Si ustedes no comen, yo tampoco...—añadiendo, con gesto de disgusto: —Van á hacer que Robertito y yo nos pongamos tristes.

—No, hija mía—la contestó Roberto,—es que no tengo apetito.

Y dirigiéndose á Mercedes:

—¿Por qué no comes tú?

—¿Yo?.. —respondió Mercedes como si despertara. — Tienes razón..., olvidemos y...—é hizo un esfuerzo para beber algunas cucharadas de caldo

Roberto la imitó maquinalmente.

—¡Así..., así!..—exclamó la niña, palmoteando con sus manecitas, con grititos de alegría, desapareciendo de sus ojos las lágrimas.

¡Oh!.. ¡El llanto de los niños se seca pronto!

Robertito comía en silencio, con mesura y seriedad impropia de sus pocos años. No hablaba y cuando deseaba algo lo indicaba á su madre con la vista. Es que temía á las reprensiones de su padre y temblaba, receloso de dar motivos á ellas. Acostumbrado á ser más duramente castigado que su hermana y á que Roberto no lo tratara nunca con verdadero afecto de padre, las caricias de esa tarde lo tenían aturdido y buscaba, en su candorosa imaginación, las causas que habian motivado ese cambio. ¡Algo muy bueno, muy bueno!.., se imaginaba debía él de haber hecho, para merecer ese instante de cariño, y con toda abnegación, se prometía á sí mismo estudiar más y saber mejor las lecciones para merecerlo siempre.

Es que los niños, cuando son sanos de corazón, como lo era Robertito, ansian ser acariciados por los seres que los rodean. ¡Desgraciados de aquellos que no lo son nunca!

—¡Papá!—dijo la niña, sonriendo con orgullo y reflejando en su rostro los tintes sonrosados del gozo infantil, —me ha dicho la maestra que en los próximos exámenes me va á dar el primer primer premio por mi aplicación en el inglés...

—¿Sí? ..—repuso Roberto, mirándola con cariño, mientras que maquinalmente desmenuzaba unas migas de pan.

—Y á mí—agregó Robertito, después de mirar á su madre, con voz y ademanes circunspectos, como queriendo agregar méritos á los que él suponía le habian merecido

el recibimiento de esa tarde, —á mí me ha dicho mi profesor de francés que soy el niño más juicioso y más adelantado de la clase.

—Si ya eres un hombrecito —le dijo Roberto, atrayéndolo á sí y dándole un beso.

Robertito, que para ello se había levantado de su asiento, suspiró, reflejando en la mirada la sonrisa de su alma; el pobrecito no cabía en sí de la satisfacción que experimentaba. Miró á su padre y, con esa ternura que conmueve la fibra más honda, le dijo:

—¡Yo voy á ser muy bueno.. , muy bueno, papá mío! ¿Verdad que si lo soy no me pegarás más?

Roberto lo miró, mudo, con los ojos vagos, sin contestarle.

Mercedes comprendió su inmenso sufrimiento.

—Sí, hijo mío —le respondió; —tu padre no te castigará más. Sé bueno siempre.

Robertito volvió á su silla, sentándose en ella conmovido; pero con la grave medida de antes.

—¡Ah!, papá —dijole Merceditas, —he traído una nota para comprar unos libros que necesito.

—Bien, nenita —le contestó también Mercedes.

Pasaron algunos instantes y Roberto volvió á demostrarse cariñoso y amable con sus hijos. Concluyó la comida y la sirvienta quitó el servicio de la mesa. Los niños, como de costumbre, trajeron sus libros y sus cuadernos y se pusieron á estudiar y á escribir. Roberto no se había movido de su silla, apoyados los codos en la mesa y la cabeza entre las manos.

Mercedes, que se había levantado para indicar á la sirvienta la colocación de algunos objetos, volvió á su asiento. Miraba á Roberto y á sus hijos y trataba de ahogar los suspiros que pugnaban por salir á sus labios de lo profundo de su corazón.

Robertito acabó de escribir una plana y miró á su padre con intenciones de mostrársela; pero se contuvo... Podía molestarlo y no se atrevió. Merceditas notó su acción y, más decidida y menos temerosa, tomó el cuaderno, exa-

minó la plana y, después de aprobada con el gesto, se fué á Roberto y le tocó en el hombro.

Roberto, que no vivía en aquel mundo, se estremeció, como si despertara de una pesadilla.

—¿Papá?.., ¿papá?..—le dijo la niña;—mira qué linda plana ha hecho Robertito.

—¿Eh?.., ¿qué? .—preguntó Roberto volviendo en sí:—¡ah!, verdad—añadió, tomando el cuaderno que le entregaba su hija y mirando sin ver aquellos renglones;—Robertito progresa. ¡Muy bien!

—Cuando yo sea grande—dijo Robertito, conmovido de gozo por la aprobación de su padre y creyendo lisonjearlo, —quiero ser, como papá, corredor de Bolsa

Roberto se estremeció, no contestando al agasajo de su hijo; dejó el cuaderno sobre la mesa y volvió á su actitud de antes.

Mercedes seguía observándolo y, después de un momento:

—¿Me va á dar ahora el dinero para el mercado?—le dijo la sirvienta.

—No—le contestó Mercedes maquinalmente, —mañana. Roberto levantó la cabeza y le preguntó:

—Mercedes, ¿hay cerveza?

—No, Roberto.

—Traiga una botella—le dijo Roberto á la sirvienta, dándole un billete de Banco —¿Ese es el precio?..

—Sí, señor—contestó la sirvienta, tomando el billete y saliendo. A los pocos momentos volvió trayendo la bebida que Roberto le había encargado, poniendo la botella encima de la mesa y preguntándole:

—¿La destapo, señor?

Roberto asintió con el gesto, levantándose y poniendo dos vasos sobre la mesa.

—Toma Mercedes—le dijo, después de haber servido.

—Ya sabes, Roberto, que no me gusta.

—¿Qué mal te puede hacer? No has comido casi nada y la cerveza entonará tu estómago.

Mercedes lo miró conmovida: ¡hacia tantos años que

no se manifestaba tan solícito y cuidadoso con ella! Tomó el vaso y apuró la mitad del contenido. Roberto bebió también.

Robertito, mirando á su mamá, le dijo en voz baja:

—A mí me gusta la cerveza.

Mercedes le dió de su vaso.

—Pues á mí no—dijo Merceditas, haciendo muecas de asco;—¡tan amarga!

Roberto, sin fijarse en esos detalles, paseaba. Duró algunos instantes el silencio, que fué interrumpido por la sirvienta:

—¿Cierro la puerta, señora?—le preguntó á Mercedes.

Mercedes miró á Roberto.

—No—le dijo éste;—puede acostarse: la cerraré yo. Tiene un pasador que no anda muy bien y quiero arreglarlo.

La sirvienta, al retirarse por la puerta que conducía al segundo patio, le dijo á Mercedes en voz baja:

—¡Qué bueno está el patrón con los niños, qué bueno!.. ¿Verdad, señora?

Roberto seguía en sus paseos hasta que, deteniéndose, clavó la mirada en Mercedes, que tenía abrazado á su hijo cariñosamente. Los niños la miraban soñolientos.

—Acuéstalos, Mercedes—le dijo.

—¿Y las lecciones, papá?—le preguntó Robertito.

—Mañana—contestóle Roberto bruscamente.

Después cambió su fisonomía; se acercó á ellos y, besándolos, les dijo:

—A dormir, hijos míos..., á dormir...

Mercedes encendió una vela y llevó á Robertito á su dormitorio.

Poco después volvió por Merceditas.

Mientras tanto, Roberto seguía en sus paseos, hasta que se detuvo y apuró la cerveza que aún quedaba en la botella. Después salió por la puerta que daba al primer patio. Llegó á la de la calle. Eran las diez. Miró hacia las esquinas opuestas. El vigilante no estaba en ninguna de ellas. Roberto entró y cerró cuidadosamente. Cuando penetró

de nuevo en el comedor, un tinte lúgubre se pintaba en su fisonomía: movía las mandíbulas como si tratara de romper algo con los dientes. Cerró con pasadores y llaves las puertas que daban á los patios, apagó las luces del gas y así, á obscuras, continuó en sus paseos, reflexivo, nervioso, por todo el ancho del comedor. Después se dirigió á su dormitorio, en el que, Mercedes, ya en la cama, lo vió llegar al resplandor de la vela que, en la palmatoria, se hallaba colocada en la mesa de noche. No cambiaron ni una palabra, y Roberto, desnudándose pausada y lentamente, se acostó también.

Acercando sus labios á su oído, Mercedes le preguntó, con voz ahogada:

—¿En qué piensas, Roberto?

—Pienso—la contestó él, sin mirarla, pero con acento casi cariñoso—en que ya tengo hecho mi balance y en que mañana les presentaré la rendición de mis cuentas satisfactoriamente. Duerme tranquila, Mercedes.

Y apagó la luz.

XXVIII

Lentos, compasados, fatales, daba sus sonidos la péndula de un reloj... Suaves, distintas, entrecortadas, se oían las respiraciones de seres poseídos por el sueño. Sombras oscuras, vaguedades de luz opaca, penetradas á través de las junturas, reflejadas del astro de la noche. Monstruosos fantasmas que se creaban de un punto negro imperceptible, é iban creciendo, creciendo hasta perderse su altura en lo infinito para desvanecerse estallando sin ruido, reproduciéndose en miles y miles de visiones que se aumentaban, se unían confundidos, para volver á estallar como burbujas de un mar proceloso y turbulento. Paredes y techos que se movían, se alejaban, se dilataban en distancias inmensas; luego, volvían trepidantes, silenciosos, al compás de la péndula, como respondiendo al llamamiento de hálitos blandos, y se estrechaban, se conjuntaban como nubes esparcidas á las que el viento impeliera; se achicaban, como si sus cimientos se hundieran poco á poco; se amoldaban en pliegues y repliegues hasta el extremo de asemejar un nicho de lienzos blancos, tétricos y sombríos.

Un ruido áspero, pero casi imperceptible, hecho por la raspadura de un fósforo en la lija, produce una débil llamada de humo livido, amarillento rojo.

Roberto, reclinado en la almohada, busca con la diestra

la palmatoria que estaba en la mesita de noche. Enciende la vela, la toma y, sentándose en el lecho, contempla por largo tiempo, á Mercedes, que duerme como duermen las almas sin remordimiento. La morbidez de aquel cuerpo y de aquel seno, agitado apenas por una plenitud de vida, de salud material; el pálido color de su busto, resaltando entre los negros cabellos que, en encantado desorden, le caían por la cara y el pecho, mal velado por la tenue y blanquísima batista; aquellos párpados, cubriéndole el fondo de un sentimiento incomparable; aquellos brazos, que se enlazaron á su cuello, tantas y tantas veces, y aquellos labios entreabiertos que se unieron á los suyos con inefable dicha, bebiendo en ellos toda la sed de los deseos puros, le hicieron musitar:

— ¡Santa mujer!

Y después, colocando la luz sobre la mesita sin que Mercedes se despertara, se bajó del lecho, vistiéndose apresuradamente y sin el más leve ruido. No había en su fisonomía un solo músculo que se conmoviera. Pareciera una cabeza de autómeta si no fuera por los ojos que giraban de un lado para otro con distintas expresiones y con firmeza tenaz. Tomó de nuevo la palmatoria y dirigióse á la pieza contigua. Allí estaba su hija; aquella preciosa niña, trasunto de Mercedes. La linda cabecita reclinada sobre el blanco almohadón de plumas; las manos subidas y puestas en cruz sobre el pecho; los párpados apenas cerrados y dejando entrever el negro de sus castísimos ojos; sus labios sonrientes de candor, marcado en ellos el último dejo de alegría infantil con que la sorprendiera el sueño; todo ese conjunto precioso, interesante á la observación de un padre, lo hicieron detener por un momento, diciendo:

— ¡Qué ángel más divino!

Después siguió; atravesó el comedor y llegó al dormitorio de su hijo, de ese hijo por el que sintió, sin manifestarlo nunca, todo el amor, todo el orgullo, toda la esperanza paterna.

¡Oh, cuán hermoso dormía el pequeño Roberto, con su abecita reclinada hacia atrás y señalándose en su rostro

de nueve años, aquella gravedad de hombrecito con que su padre lo engriera esa tarde y esa noche! Roberto lo estuvo contemplando largo rato. Un suspiro..., un sollozo salió apagado de sus labios... ¡Quiso encontrar una lágrima en sus ojos; pero sus ojos estaban secos!

—¡Oh!—articuló como un lamento.—¿Por qué han de caer sobre ti, alma de mi alma, las culpas de tu padre?

Y se alejó del dormitorio de su hijo volviendo al comedor.

Allí se detuvo y, colocando la palmatoria sobre la mesa, cruzóse de brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho, que se agitaba en fuertes palpitaciones.

Poco á poco levantó las manos y, blandiéndolas con temblor convulsivo, dirigió la mirada, impregnada de terrible amenaza á algo invisible, pero que debieron ver sus ojos flotando en las penumbras. Después..., abrió el cajón donde él colocara la botella del alcohol y en el mismo vaso donde, momentos antes, bebiera la cerveza, echó hasta las heces de aquel maldecido líquido, que bebió..., ¡bebió como si lo arrojara á un pozo sin fondo! Colocó de nuevo el vaso sobre la mesa y quedó por un instante sin movimiento, fija la mirada en aquel «algo» invisible. Después, abrió la puerta que daba al segundo patio. Subió, sin hacer ruido, los escalones que conducían al cuarto de la única sirvienta y aplicó el oído al agujero de la cerradura. Bajó, volvió al comedor, cerrando, como lo estaba anteriormente, la puerta por donde entrara. Detúvose un momento, hasta que, movido por un resorte, volvió á colocar el cuello de la botella sobre el vaso; pero ni una gota cayó en él. Dudando, con la estupidez ansiosa del borracho, colocó la botella al trasluz de la vela y convencido, con su gesto, de que estaba vacía, la colocó en el mármol de la chimenea y se dejó caer en una silla. De sus labios salían palabras incoherentes:

—Mañana... tendrán mi rendición de cuentas... Me llamarán «ladrón...» Mercedes... «Los lazos que nos unen no se rompen sino con la muerte...» Tú lo has dicho...

Su rostro se amorataba. Un algo terrible debía pugnar

por salir á sus ojos...; jera sangre que inyectaba sus pupilas!.. Ya no hablaba: gesticulaba. Su mirada embrutecida quedó fija de repente, como si todos los recuerdos de su vida se agolparan á su cerebro, uno á uno ó en tropel, como los movimientos de la fiebre... Mercedes, pura, angelical, divina, adorando á otro hombre, bueno, noble, valiente... y él rompiendo aquellos lazos que la pudieron hacer feliz eternamente... Allá..., lejos..., entre el fragor de la batalla..., dos hombres que se batían... y el uno cae bajo el mortífero plomo, mientras el otro, al verlo caer, siente profundos remordimientos... Y suena en su conciencia la voz de un moribundo que le dice: «¡Hacedla feliz!..» Y pasan y pasan, como bullentes olas, los hechos de su vida..., aquellos momentos de inefable placer. ., ¡siempre turbados por el lejano recuerdo que se acerca, que se hace carne, debilitándolo, dominándolo, que lo entrega..., ¡cobarde!, al más humillante de los vicios, que lo convierte en otro hombre, ¡en la bestia alcoholizada, repugnante y asquerosa!, sin rastros siquiera de lo que fué; rebelde á toda noción noble y generosa; egoísta, receloso, brutal con aquella santa mujer y aquellos pobres niños!.. Todo el cúmulo de acontecimientos y de cambios en su modo de ser seguían agolpándose en su cerebro hasta que, más fija la mirada, con los ojos espantosamente abiertos y el oído atento, parecía como si siguiera viendo algo que lo asombrara, que repercutiera en él con sonidos terribles.

—Sí...—rompió en su garganta la voz ahogada por el fuego del alcohol,—¿me pides tú también cuentas de la felicidad de esa mujer?... ¡Tienes razón! ¡Ha llegado el momento de rendírselas á todo el mundo y tú que no eres de este mundo las recibirás en el otro!

Y tomando la palmatoria se dirigió á su dormitorio rápidamente y sin hacer el mínimo ruido, ¡como un espectro!, ¡como un fantasma!..

XXIX

Daba las diez de la mañana el reloj del Cabildo, el mismo que hoy se encuentra colocado en la torre de San Ignacio, y una mujer, con el semblante descompuesto, penetró en una casa de la calle de ***, gritando, entre las mayores angustias:

—¿Dónde está la señora?.. ¡Quiero ver á la señora!..

—¿Qué hay?.. ¿Qué hay?..—le preguntó una anciana presentándose á ella.

—¡Ay, señora, señora de mi vida!.. ¡Si usted supiera!.. ¡El espanto no me deja hablar!.. ¡Sangre..., sangre por todas partes!..

—Pero, ¿te has vuelto loca?.. ¡Habla, desgraciada, habla!..

—Viendo que era tarde y que el panadero y el lechero esperaban á que se levantase la señora, golpeé á la puerta del dormitorio y nadie me contestó... Volví á golpear dos ó tres veces más fuerte y tampoco me contestaron... Creyendo aquéllos, como yo, que algo extraordinario debía de ocurrir, rompimos un vidrio de la pieza del niño y levantamos los pasadores... Al abrir la puerta..., ¡ah..., señora, lo que vimos!.. ¡Robertito en su cama..., las manos contraídas..., los ojos fijos..., con gesto de dolor..., lleno de sangre..., muerto!

—¡Jesús!.. ¡Jesús!..—exclamó la anciana, que escuchaba, aterrorizada, las palabras incoherentes de la sirvienta

de su hija Mercedes. Y llena de congoja, dirigiéndose á otra de las suyas, la dijo:

—Despierta á los niños.., díles lo que pasa, que yo voy... ¡Jesús, Jesús!, ¿qué desgracia horrible habrá ocurrido?..

Y seguida de la sirvienta que le trajo tan inesperada cuanto horrible noticia salió, como se encontraba, con toda la rapidez que sus años la permitían y con tal aturdimiento que ni siquiera pudo pensar que más pronto llegaría tomando un carruaje.

La anciana atravesó calles y calles hasta que, jadeante, angustiada, llegó á la casa de su hija. La puerta estaba abierta. Miró, temerosa, hacia adentro: aquel silencio profundo y hasta el nublado cielo, la decía que esa siniestra tranquilidad era presagio de grandes males... ¡Penetra por fin! Las puertas de las habitaciones del primer patio estaban cerradas.

—¡Mercedes!..—gritó afligida la anciana, y el eco de su voz se perdió en el silencio.

Dirige atónita la mirada alrededor como preguntándoles á aquellos objetos inanimados... Empuja las puertas que no ceden... En el paroxismo de su dolor prorrumpe en un grito del alma:

—¡Hija mía!.. ¡Nietitos de mi corazón!..

¡Y sigue repercutiendo su voz en el silencio siniestro que augura la tempestad!

Apoyándose en la pared, con paso incierto, llega al segundo patio y al fin nota una puerta abierta: es la puerta del dormitorio de Robertito.

Penetra desolada y allí se escapa la última esperanza de la anciana, que no ha querido creer lo que le dijera la sirvienta: ¡la melancólica luz de la mañana nublada alumbraba el ensangrentado é inmóvil cuerpo del niño, que, tendido en el lecho, tenía atravesadas las sienes por dos heridas! Sus manecitas contraídas en la sábana y la expresión de espanto marcada en sus abiertos y cristalizados ojos y en la mueca de sus labios, decían que había visto venir la muerte.

La anciana lanzó un quejido; luego contempló, sin pestañear, aquel cadáver, acercándose... ¡Con qué palabras describir la sensación que experimentaría aquella desdichada abuela al tocar la frialdad de la muerte en el cuerpo ensangrentado de su querido nietito!.. ¡Oh, pero ese cuadro despiadado, no era para ella sino el principio de la tremenda tragedia que en aquella casa se había desarrollado! Sin que aquel inmenso dolor anonadara aún su espíritu, balbuceando maquinalmente los nombres de los queridos seres que buscara..., ¡el nombre de su querido Robertito, cuyo frío cadáver acababa de tocar!, se dirigió á las otras habitaciones seguida de la sirvienta... Siempre en el silencio, siempre en la obscuridad, atravesaron el comedor y llegaron á la pieza de Merceditas. La sirvienta abrió un postigo y un ¡ay! desgarrador salió de los labios de la pobre anciana: sobre el lecho se hallaba la hija mimada de su hija, ¡pero en qué estado! ¡Si la fisonomía del tierno infante demostraba que debió haber visto la muerte, implorando, con las ansias del espanto, á su asesino, la de la hermosa niña dibujaba, en la comisura de sus labios, la sonrisa candorosa de los ángeles que sólo han rozado, con sus alas, este mundo de castigos! Sus blancas manecitas estaban cruzadas sobre el pecho... En sus sienes se veían los coágulos de la sangre que bañaba su lecho... Con desgarradores acentos y enloquecida por el dolor, la anciana corrió á la habitación contigua.

—¡Mercedes!.. ¡Hija de mi alma!..—exclamaba.—¡Han asesinado á tus hijos..., á mis pobres nietitos!..—y al entrar vió á su querida y desgraciada hija que yacía en el lecho...

—¡Muertos!.. ¡¡Todos asesinados!!..—prorrumpió, tocando con sus manos la ensangrentada cabeza de Mercedes, y girando sus ojos con el furor de la vieja leona que al volver á su guarida sólo encuentra los despojos de sus cachorros, gritó, con toda la desesperación de su alma:

—Pero... ¿dónde está el monstruo que ha cometido crímenes tan espantosos?.. ¿Dónde está el bárbaro asesino que no lo ha fulminado la cólera de Dios?

E intuitivamente, su mirada, que hasta entonces no había visto sino el cadáver ensangrentado de su hija, se fijó en el de «aquel hombre» que yacía también en el lecho, junto á Mercedes, vestido de negro y manteniendo en su diestra el arma mortífera, con la que aun apuntaba á su cabeza... En los labios de aquel cadáver se esbozaba la huella de una sonrisa glacial, más fría que la muerte.

—¡¡El..., él es el asesino!!—gritó la anciana en una congoja infinita y, no pudiendo llorar, aunque las lágrimas ahogaban su corazón, lanzó un prolongado sollozo, semejante á una carcajada histérica, y cayó al suelo, como impulsada por golpe repentino.

Pocos momentos después, la justicia de los hombres tomaba la participación que le correspondía en esa horrible tragedia. Todo Buenos Aires se conmovió al tener conocimiento de ella, y más hondamente cuando no cupo duda alguna de quién era el único autor. Allí estaba el revólver de seis tiros, al que le faltaban cuatro balas... ¡Oh! ¡El atroz asesino no había errado una sola de aquellas mensajeras de la muerte! ¡las cuatro balas que faltaban habían destrozado cuatro vidas!

¡Cuántos comentarios se hicieron!

—Pero —se preguntaban,—¿qué poderoso impulso? ¿qué irresistible propósito le había inducido á ese salvaje crimen, llevado á cabo con toda premeditación? ¿Qué misterio terrible envolvía esa terrible tragedia?

—En la Bolsa—se decía,—O'Connor ha perdido sumas que no podía restituir. Debido á ello, sin duda, y llevado por la locura de la desesperación, ha procedido así.

—Pero es que los locos—se contestaba—no suelen tener tan maravillosa puntería ni premeditan con tanta frialdad sus crímenes.

—Dicen—se añadía—que encima de la mesa del comedor se hallaban un vaso y dos botellas vacías; que el vaso conservaba aún el aroma alcohólico que una de las botellas debía conservar, lo que hace presumir que una borrachera

espantosa, y siempre impulsado por la desesperación de la locura, lo llevaría á ese extremo.

—Pero es que al borracho—se argüía—le tiembla el pulso; se le nublan los ojos, y las cuatro balas que faltan al revólver han sido dirigidas con una precisión admirable, pues, según el dictamen médico, produjeron la muerte casi instantáneamente.

—Hay quien asegura que todo ha sido el resultado desesperante de un gran disgusto que tuvo con su antiguo patrono—agregó alguien.

—¿Y no ha dejado nada escrito?

—Así parece, aunque si lo ha dejado, la familia lo oculta, pues nada dicen los diarios á ese respecto.

Y después de tomarse hasta el último detalle para el atestado judicial de los hechos, se dió cumplimiento á los deberes piadosos de la Humanidad. La justicia de los hombres había cumplido con el suyo: no encontrando sobre quien descargar el peso de la vindicta pública, dejó que se cerrara en la tumba, con la impenetrabilidad del móvil, las víctimas y el verdugo... aun de sí mismo.

Y al día siguiente dos coches fúnebres condujeron á la última morada aquellos cuatro cadáveres. En uno iba sólo el del matador; en el otro, el de su mujer y sus hijitos. Así los separaba la muerte, y «el hombre que tuvo propósito de suicidarse, no fué cobarde dejando en la miseria á su mujer y á sus hijos.»

Y aquel hogar, despedazado por el infortunio; aquel amor que naciera con una mancha de sangre, sucumbieron, al fin, en un mar de sangre también.

EL CRIMEN LEGAL



ALGUNOS JUICIOS INÉDITOS

EN CARTAS AL AUTOR



Buenos Aires, Octubre 23 de 1913.

· · · · ·
El crimen legal es una novela de mucho mérito, llena de novedad é interés. La he leído en dos noches, apenas en tres horas, y deja una sensación simpática y triste para la víctima, más que del crimen, del error judicial irreparable. Difiero sólo en esta parte: el inocente, condenado y sacrificado en el patíbulo, no lo fué por culpa de la ley, sino de los jueces, que la aplicaron mal, por error ó por omisión de la defensa.

Deja, por lo demás, una saludable enseñanza este hermoso libro, que merece todo éxito y sin duda está destinado á la mayor circulación.

DR. ADOLFO DECOUD.

Buenos Aires, Noviembre 15 de 1913.

• • • • •
Tuve el íntimo placer de recibir su novela de usted, intitulada *El crimen legal*, con que comienza la publicación de la copiosa y notable serie de obras que figurarán en la Biblioteca que lleva su nombre, afamado ya, desde hace largo tiempo, en el mundo de la literatura, como en el del periodismo.

Su libro, pues, ha sido el encanto de las veladas de mi hogar, en las noches pasadas, leyéndolo con verdadero deleite, hasta sorprendernos las dos y más de la madrugada, sin decidirnos á cerrarlo.

Yo le admiro á usted, de cerca, en la línea de los grandes escritores de cualquier parte de la tierra.

Hay algunos que necesitan mirar á los literatos y á otros artistas, á infinitas distancias, con telescopio, para creerlos prominentes, como, con tanto acierto, dice nuestro común amigo, el ilustre anciano, Carlos Guido y Spano, lo que no pasa por mi mente, la cual recibe y conserva la ilusión de lo bello, aun después de haber estrechado, íntima y cariñosamente, la mano de un autor amigo.

Creí que no hubiera estudio de mayores honduras, en materia psicológica, después de haber leído *Pepa Larrica*, *El crimen de la noria* y otras; pero, ¡cuán grande no ha sido mi sorpresa, al conocer su nueva (1) producción *El crimen legal*! Todas las fuertes pasiones que dominan al hombre agreste de nuestras selvas y llanuras, usted las hace

(1) Para el distinguido escritor, como para otros, es nueva y, sin embargo, hace treinta y tantos años que vió la luz en el folletín de *La Patria Argentina*.

descubrir y otras ocultar, al lector, con un gesto, como en un movimiento de nuestros gauchos. No sabe uno, cuál le produce una sensación más fuerte en el ánimo, si la bravura y amor del indómito Pedro, hasta el final de su desgraciada existencia, ó el odio reconcentrado en la entraña de Diego Juan, con relámpagos de hidalguía; ó el feroz crimen del viejo Ciriaco, que da fin, con su propia mano, á la horrible agonía de su hija enamorada, matándola de un golpe, inconsciente, en el delirio de la bebida, para luego llorarla arrepentido, con arranques del más sublime amor de padre, mezclados á los impetus salvajes y rugidos de dolor de la fiera que pierde sus cachorros, ó las bocanadas de miasmas pútridos, saturados de alcohol, de la tétrica negra con sus harapos!..

Bajo la trama de un creciente interés, hace despertar usted, con su pluma maestra, la desconfianza que recae á intervalos en todos aquellos personajes sombríos, sin atinar, el lector, hasta en los últimos momentos, á descubrir, siguiendo el rastro, palmo á palmo del constante pesquísante, de hecho, al verdadero asesino.

.

RODOLFO DÍAZ OLAZARAL.



Buenos Aires, Noviembre 17 de 1913.

Prescindiendo de la tesis y convencido de que el gran argumento de los criminalistas, de que la pena de muerte es la verdaderamente ejemplar, no tiene mayor valor ni aun en el caso del castigo inmediato, he tomado su novela y la he leído de una sola vez, pudiendo así apreciar sus méritos que la colocan, para mí, entre aquellas obras que pintan costumbres y evocan paisajes con la penetrante intensidad de la verdad que hace vivir, para la imaginación, el alma de las cosas.

Yo no sé por qué la da tener más importancia para el lector inteligente de cualquier parte del globo, dentro del género á que pertenezcan, una novela rusa ó polaca ó de cualquier otro país, poco explorado por el novelista, que una novela argentina cuando en ella—igual que en aquellas que podrían servirnos como ejemplos clásicos y cuyos nombres y autores no le voy á citar,—se reúnen todas las condiciones necesarias para hacerla, además de interesante y dramática, real y sentida, llena de filosofía y amenidad á la vez.

Reune la suya, dentro de un bosquejo rápido y un animado conjunto de figuras—muchas dibujadas por completo y otras esbozadas en cuatro rasgos salientes,—un cuadro completo de la vida campesina—(no diré *campesina*, como han dado en decir impropriamente por todas partes), desarrollada en hechos y circunstancias de incierta apreciación que conmueven ó interesan, dentro del vago exotismo y misteriosa penumbra en que se producen y se desenlazan.

El fondo del cuadro y el paisaje circundante no pueden ser más evocadores, con algunos toques de energía de colorido que dan realce á sus más lejanas perspectivas. La psicología de los personajes dentro de este cuadro se revela con la misma nota exótica de los episodios y los paisajes, y el todo reúne la franqueza, la espontaneidad y la frescura que son siempre tan estimadas sincero y culto de estos tiempos.

Su novela me ha interesado y gustado mucho y así le ha pasado á los de mi casa que también la han leído.

.

SEGUNDO F. VILLAFANE.

*



ERRORES REMARCABLES

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
11	20	guardado	guardada
12	5	reflejada	reflejando
15	4	una	uno
15	16	tus	sus
25	16	madre y señalándole	madre señalándole
30	21	esa tienda de campaña	esu carpa
32	4	aquel joven sanguinario	aquel joven sanjua-
33	22	de tu herida	de su herida (nino
35	6	despues de contener	... y conteniendo
35	22	Biedmo	Biedma
37	8	á esa mujer... «eso»	á esa mujer... «esa»
39	17	¿Sabes que si pecara	¿Sabe que si se pecara
39	18	razón de llamarme	razón en llamarme
40	2	en su fisonomía	en mi fisonomía
43	6	de graves tormentos	de grandes tormentas
43	15	abiertas las arterias	abiertas las arterias
43	18	le	se
45	52-53	¿Acaso sois de esos pad- rinos que le andan bus- cando el cuerpo á las consecuencias propicias, siempre á labrar actos de mutuas satisfaccio- nes?	¿Acaso sois de esos pa- drinos que le andan su- cando el cuerpo á las consecuencias, propi- cios siempre á labrar actas de mútuas sa- tisfacciones?
50	38	Vengan cuartos	Vengan cuartas
51	15	y de allí á su modesto	y de allí á un modesto
56	17	á los que la esperaban	á los que se esperaban
58	32	interesado	interesada
61	18	su viejo	un viejo
61	30	¿Hasta cuánto	¿Hasta cuándo
64	14	el sentimiento, el dolor el ánimo; el remordi- miento	al sentimiento el do- lor, al ánimo el remor- dimiento

Biblioteca Rafael Barreda

PRIMERA SERIE

PUBLICADAS

El crimen legal.	Novela	1 tomo
Luchas de sombras	»	1 »

EN PREPARACIÓN

El tormento del delito	»	1 »
I. La capilla de Santa Felicitas	} Crónicas	1 »
II. El crimen de la noria		
III. El príncipe bandido		
¡Qué tiempos aquéllos	»	1 »
I. El robo de los dos millones	} »	1 »
II. Los caballeros de la noche		
III. Las tentativas de asesinato al presidente Sarmiento.		
PERIODISMO: Mis recuerdos íntimos de periodista viejo	»	1 »
I. El último caudillo entreviano	} »	1 »
II. La muerte de un valiente.		
III. Tatadios del Tandil		
Mis cuentos ó lo que sean	Cuentos	1 »
Mi teatro inédito y representado	Teatro	2 »

NOTA.—Las obras publicadas de esta Biblioteca se encuentran en venta en las principales librerías de la capital y provincias.—Administración: Rivadavia, 5147.